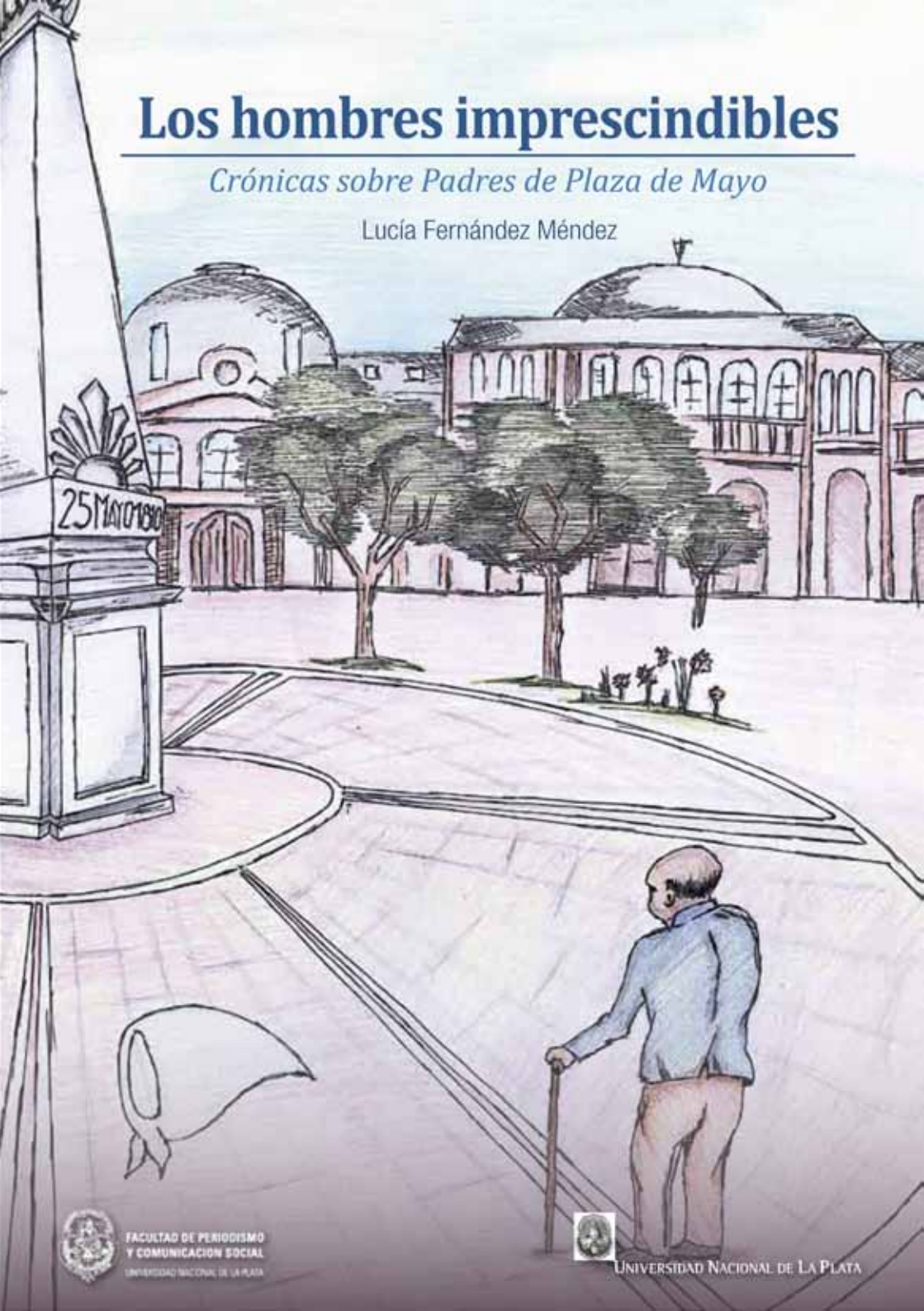


Los hombres imprescindibles

Crónicas sobre Padres de Plaza de Mayo

Lucía Fernández Méndez



FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACION SOCIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Los hombres imprescindibles

Crónicas sobre Padres de Plaza de Mayo

**Tesis de grado de la Licenciatura en Comunicación Social
con Orientación en Periodismo**

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata



**FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACION SOCIAL**
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Autora: Lucía Fernández Méndez

luciafmendez@hotmail.com

Directora: Lic. Rossana Viñas

Arte de tapa: *DCV Mariano Zaffiro*
Diagramación: *DCV Mariano Zaffiro*
DCV D'Elia Ana

Impreso en Entrecomillas Impresores
Calle 6 esq. 42 n° 502/506
www.entrecomillas.com.ar
presupuestos@entrecomillas.com.ar

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Decana

Dra. Florencia Saintout

Vicedecano

Lic. Cristian Scarpetta

Secretaria de Asuntos Académicos

Lic. Andrea Varela

Secretaria de Investigaciones Científicas

Lic. Paula González Ceuninck

Secretario de Extensión

Dr. Carlos Leavi

Secretario de Derechos Humanos

Lic. Jorge Jaunarena

Secretaria de Asuntos Administrativos

Lic. Ana Amelia Negrete

Secretario de Vinculación Tecnológica

Lic. Martín González Frígoli

Secretaria de Comunicación y Prensa

Lic. Eugenia Giusti

Secretaria de Integración con las Organizaciones de la Comunidad

Lic. Gabriela Wahnnon

Secretario de Posgrado

Lic. Pablo Bilyk

Secretario de Producción y Servicios

Lic. Santiago Albarracín

“Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos. Pero hay los que luchan toda la vida, esos son los imprescindibles”.

Bertolt Brecht

Índice

Prólogo de Joaquín Daglio	11
Introducción	17
¿Cuándo viene ese chico?	21
Juventud acumulada	51
Matar a la muerte	79
Lucha y vuelve	109
Cuatro generaciones, una misma lucha	139
Los muertos no cumplen años	161
Bibliografía	193

Prólogo

¿Por qué los Padres? ¿Qué importancia pueden tener sus testimonios hoy? ¿A quiénes les interesa escucharlos a más de treinta años de finalizada la última dictadura cívico-militar en la Argentina? ¿Qué agrega su palabra a lo ya dicho por Madres, Abuelas, Hijos y Nietos en cientos de entrevistas, libros, películas, etc.?

En una primera lectura distraída, todas estas preguntas bien podrían parecerse fragmentos del soliviantado discurso de quienes regularmente, a través de los foros de la versión digital de algunos diarios (a los que les conviene fomentar y mantener vivas manifestaciones aparentemente espontáneas con propensión a la memoria selectiva), expresan su contrariedad con respecto a la profundización de temáticas relacionadas con la última dictadura. Con afectado tono neutral – aunque no en todos los casos, claro -, postulan la imperiosa necesidad de ponerle fin a lo que consideran un capítulo cerrado en la historia de nuestro país, invitándonos a olvidar el pasado.

Por otro lado, estas mismas preguntas, leídas una tras otra, también podrían estimarse como el rutilante copete de alguna crónica que buscara atraer rápidamente al lector, introdu-

ciendo de manera efectista la novedad del contenido, como si obedeciera más a la lógica febril de un superficial mercado editorial que al legítimo interés que pudiera despertar el abordaje a la temática.

Sin embargo, si sorteamos esas primeras impresiones y despojamos a la serie de un supuesto tono crispado o una mezquina finalidad de la prensa sensacionalista, advertiremos que todas estas preguntas, tan crudas como puedan resultarnos así formuladas, son absolutamente necesarias: alcanza con leer las páginas del conmovedor libro de Lucía Fernández Méndez para comprender su alcance y significación.

Con rigor periodístico y agilidad narrativa, la autora escribe seis emotivas semblanzas en donde nos lleva a recorrer cronológicamente la vida de algunos de estos padres, evidenciando en muchos de sus pasajes la magnitud de estas preguntas esenciales que durante mucho tiempo estuvieron llamativamente postergadas. Componiendo una cuidada selección de relatos individuales, Lucía posibilita la construcción de un espacio común a partir del cual estos relatos dialogan, se enlazan y se ensamblan sin dejar de lado sus particularidades, como si fueran generando conexiones que los vinculan más allá de lo específico de cada uno. De esta manera comenzamos nosotros mismos, al repasar sus vidas y los puntos en común en la búsqueda de sus hijos, a reconocer lo imprescindible de estos relatos.

La pregunta por los Padres

Fue a partir del año 2003 (la fecha no puede resultarnos fortuita) que la pregunta comenzó a tomar forma y se convirtió en el motor de una serie de trabajos sobre los padres - quienes

desde entonces adquirieron cada vez mayor visibilidad -, y que van desde las extensas entrevistas que Gisela Gaeta hiciera a algunos de ellos para el sitio web de la asociación Madres de Plaza de Mayo – Línea Fundadora (2004/05), pasando por el sucinto informe de las historias de Julio Morresi y Bruno Palermo en el programa de televisión “Humanos en el camino” (2006), el oportuno libro de Néstor Vicente sobre Augusto Conte (2006), hasta los numerosos reportajes y homenajes que se sucedieron en 2010, luego de que la presidenta Dra. Cristina Fernández de Kirchner les otorgara a cuatro de los padres el premio “Azucena Villaflor” por su trayectoria y labor en defensa de los derechos humanos. También fueron el motor de la película documental “Padres de la Plaza – 10 recorridos posibles” que emprendimos en 2006 junto a mis compañeros Juan Vitale, Maxi Cerdá y Milena Vidal.

Vale decir, tuvieron que pasar veinte años de recuperada la democracia para que surgiera la pregunta por los padres. Veinte años en los que se escribieron, filmaron y publicaron enriquecedoras crónicas sobre las madres, sobre su rol en la lucha contra la dictadura y sobre la relevancia simbólica de sus pañuelos blancos. Como muy pertinentemente señala Fernández Méndez en la introducción a su libro, tanto historiadores como sociólogos, psicoanalistas, semiólogos y artistas de todo el mundo distinguieron y analizaron en detalle el suceso de las “Madres de Plaza de Mayo”, pero - salvo en algún caso excepcional - ninguno de estos merecidos panegíricos sugería la presencia de los padres. A lo sumo, se los mencionaba como “los esposos de las madres”.

Podemos interpretar que la pregunta había quedado suspendida (detenida y flotando) luego de que las leyes de Punto Final (1986) y de Obediencia Debida (1987) vinieran a interrumpir tres fundamentales años de una política de Estado que juzgó y condenó a la Juntas Militares y se había propuesto investigar a todos los responsables del secuestro, tortura, asesinato

y desaparición forzada de personas durante la dictadura. Una vez que el Congreso Nacional declarara en 2003 la nulidad de estas dos funestas leyes, la pregunta se desplegó en el marco de un Estado Nacional que retomaba el rumbo en la lucha por los derechos humanos, invitaba a continuar reflexionando sobre lo ocurrido durante el genocidio, y estimulaba a participar activamente en la construcción del “Nunca Más”. De esta manera, junto con la reapertura de los juicios por crímenes de lesa humanidad, se multiplicaron los actos de homenaje y los trabajos de investigación sobre la temática.

Las emblemáticas asociaciones que resistieron y continuaron luchando durante aquellos veinte años intermedios nuevamente ocupaban el lugar que les correspondía en nuestra sociedad. Madres, Abuelas, Hermanos, Hijos y Nietos componían el retrato de una familia fragmentada a partir de la desaparición¹. Y, curiosamente, en ese retrato faltaba el padre, como observa Lucía Fernández Méndez en otro de los párrafos de su capítulo introductorio.

Si el Estado es el Gran Padre o La Ley, eso ya entra a formar parte del heterodoxo campo de las interpretaciones, lo inobjetable es que fue con la recuperación de una sólida política de Estado en defensa de los derechos humanos y la derogación de aquel “punto final” que la pregunta sobre la figura del padre

¹ Sin embargo, y por paradójico que pueda presentársenos, una de las organizaciones más pujantes y no demasiado reconocida por la opinión pública, se constituyó tomando la figura de una gran familia. Me refiero a Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas, fundada en 1976. Ubicada a pocos metros del Congreso Nacional, fue la primera agrupación que, en plena dictadura, congregó a madres, padres y hermanos, pero también a compañeros y compañeras de desaparecidos y presos políticos (muchas veces injustamente ignorados) y a militantes sobrevivientes del terrorismo de Estado (la mayoría de ellos exiliados que pudieron unir sus voces ya con el regreso de la democracia). Para quienes quieran conocer la historia de esta significativa organización se puede consultar su página web institucional: <http://www.desaparecidos.org/familiares/>

comenzó a escribirse².

La figura del Padre

En el marco de una entrevista realizada hace algunos años, Marcos Weinstein compartió una definición precisa y reveladora sobre esta cuestión: “Creo que el rol de los padres aparece como desdibujado porque no fue dibujado, en realidad... Nadie se ocupó de dibujarlo durante los años”. Como sabemos, el verbo “dibujar” conoce diversos significados y la más inmediata de sus acepciones quizás sea la de “delinear una figura sobre una superficie determinada”, pero “dibujar” también sugiere la idea de “revelarse lo que estaba oculto, dejarse ver, manifestarse.”. En la frase de Marcos podemos descubrir la perfecta conjunción de estos dos conceptos que resultan claves para entender que si no hay pregunta no hay dibujo posible, que la pregunta es la condición indispensable para que algo comience a dibujarse.

Por eso mismo, cuando la autora de *Los hombres impres-*

² Es oportuno recordar que así como las Madres de Plaza de Mayo (independientemente de su escisión como organismo en 1986) reúnen simbólicamente a todas las madres de desaparecidos, lo mismo comenzó a suceder con los Padres. Por lo que es indispensable tener en cuenta que de la misma manera que existieron madres en diferentes puntos de nuestro país que por cuestiones geográficas no pudieron participar de las emblemáticas rondas en la porteña Plaza de Mayo, muchos padres tampoco formaron parte de la lucha que se desarrollara en el centro neurálgico de la capital y tuvieron que resistir a los militares desde sus propias localidades. Por otra parte, tampoco debemos pasar por alto a las madres y los padres que han decidido no formar parte de estas expresiones colectivas por no acordar con sus objetivos, o a aquellos otros miles de madres y padres que por diferentes contingencias no han podido hacerlo (basta pensar en la incalculable cantidad de familias pobres que no contaron con las posibilidades necesarias para dedicarse de lleno a la búsqueda de sus desaparecidos o para asistir regularmente a las marchas).

cindibles decide entrevistar a los padres, preguntarles sobre sus vivencias y escucharlos, es porque entiende la importancia – y la urgencia – de “instalar en la memoria colectiva a los padres como un polo de lucha contra la dictadura cívico-militar en aquellos años, y ahora, por Memoria, Verdad y Justicia”. Así como sus hijos tenían una profunda vinculación con la lucha popular, muchos de los padres “heredaron” esa convicción y trabajaron esforzadamente por una democracia más justa y más solidaria. Esa lucha, ese rol que menciona Marcos Weinstein, comenzó a dibujarse no hace muchos años atrás y afortunadamente continúa precisándose a través de trabajos sobre los padres que apuntan a profundizar aquellas preguntas cardinales que le dieron lugar y reconocimiento a un sujeto histórico que no podía permanecer ausente.

Al comienzo del primer capítulo Lucía retoma la pregunta por el hijo para organizar el relato de Bruno Palermo, la misma pregunta que la abuela de Norberto repetía una y otra vez, convocándolo: “¿cuándo vuelve ese chico?”. Esta decisión, lejos de resultar casual, trasluce la sensibilidad de esta joven periodista y autora platense que ve en lo trágico de esa pregunta la clave para comenzar a delinear las seis historias que integran el libro. Sabemos que toda historia está hecha de recuerdos que buscan revivir las propias experiencias. Y así como habrá quienes recomiendan no recordar, hay muchos otros que sostenemos que una de las maneras que tenemos de “hacer volver” a “esos chicos” es a través de la memoria colectiva.

Joaquín Daglio
Enero 2015

Joaquín Daglio nació en la Ciudad de Buenos Aires en 1975. Es realizador audiovisual, egresado de la carrera de Diseño de Imagen y Sonido de la Universidad de Buenos Aires (U.B.A.). Dirigió el documental “Padres de la Plaza - 10 recorridos posibles” (2009), del que también fue el responsable de la investigación y de las entrevistas.

Introducción

El dicho popular dice que “detrás de todo gran hombre, siempre hay una gran mujer”. Sin embargo, no sólo sería conveniente cambiarlo por uno que diga que en realidad esa mujer no está nunca atrás sino al lado, sino que además sería preciso revisar las historias particulares de grandes mujeres que tuvieron a su lado a grandes hombres, más allá de que ellos hayan quedado prácticamente en el anonimato.

Esto es lo que sucedió con las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo y sus esposos. La lucha de ellas, tan ardua como valiente, tan incansable como dificultosa, y su capacidad de organización para llevarla a cabo, hicieron que los dos organismos de derechos humanos que conformaron se hicieran conocidos y admirados en todo el mundo.

Fue y es tan importante la labor de aquellas mujeres, quienes pensaron e implementaron estrategias para realizar su búsqueda aun en plena aplicación del terrorismo de Estado, desafiando peligros y superando adversidades, que quedaron en un segundo plano, al menos en el relato construido en estos 31 años de democracia, los hombres que las acompañaban.

Así, pueden encontrarse infinidad de diarios, revistas, libros,

películas, obras de teatro y programas de radio y televisión que cuentan las historias de ambas organizaciones de derechos humanos, los procesos legales y personales de las restituciones de cada uno de los nietos recuperados, los aportes a la genética derivados de su búsqueda y la vida de alguna de ellas.

También existen numerosas producciones que narran la historia de desaparecidos, de ex-detenidos que sobrevivieron, de centros clandestinos y sus modos de funcionamiento, de los represores, del rol de los medios de comunicación durante esos años, de otros organismos de derechos humanos.

Pero muy poco se sabe de aquellos hombres que también perdieron a sus hijos, que sufrieron por su desaparición, que los buscaron todos y cada uno de los días desde que se los quitaron de su lado, que se ilusionaron con encontrarlos vivos, que acompañaron a sus mujeres a las rondas de Plaza de Mayo, que las contuvieron.

Hombres que, pese al drama que vivían, debieron seguir trabajando para llevar el pan a la mesa familiar; pan que sabía amargo, y mesa en la que a la hora de la cena, había una silla vacía. Hombres que comenzaban a intuir que ese asiento seguiría así de por vida, que lloraban en silencio, que intentaban proteger al resto de sus hijos para evitar que la tragedia fuera aún mayor, si es que podía serlo.

Tal vez el motivo por el que durante tantos años de democracia se haya hablado tan poco de “los padres de Plaza de Mayo” fue su decisión de no agruparse en un organismo, como lo hicieron no sólo las madres y abuelas, sino también los ex detenidos y los hijos de desaparecidos, una vez crecidos. Esta multiplicidad de agrupaciones de víctimas directas o indirectas de la última dictadura cívico-militar argentina, dio entonces la idea de que las voces de todas ellas estaban representadas, haciendo que incluso pocos se percataran de la invisibilidad de estos hombres.

La idea de contar la historia de algunos de ellos como modo

de realizar un humilde aporte a la construcción de la memoria colectiva surgió mientras buscaba material para comenzar a rastrear los antecedentes de otro posible tema de tesis. En la indagación realizada en la sección “Libros” de Google, apareció la tapa de uno titulado *Augusto Conte: padre de la plaza*, cuyo autor era Néstor Vicente. Me llamó la atención y me sirvió de disparador para pensar en todos aquellos otros padres que seguramente habían existido o existían, y que siempre habían permanecido en las sombras.

Con la lectura de esa obra descubrí la enorme valentía y entereza de un hombre que dio hasta su último aliento para intentar dar con el paradero de su hijo perdido a manos de los represores que ocuparon el poder entre 1976 y 1983 en Argentina. Pero por sobre todo, el recorrido por esas páginas ratificó el entusiasmo y el compromiso que sentía por emprender la tarea de rescatar del olvido los relatos de vida de los demás.

Al investigar sobre si existía algún otro trabajo hecho sobre el tema, hallé un documental audiovisual del año 2009, *Padres de Plaza de Mayo: diez recorridos posibles*, dirigido por Joaquín Daglio, egresado de la carrera de Diseño de Imagen y Sonido de la Universidad de Buenos Aires. A pesar de la excelencia del largometraje, la necesidad del libro persistía, por lo que encaré su realización.

Sin embargo, en marzo de 2014, cuatro meses después de que me aprobaran en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP el plan de tesis, se publicó *Padres de Plaza de Mayo. Memorias de una lucha silenciosa*, de Eva Eisenstaedt.

Al principio no fue fácil asumir que una de las principales fortalezas del proyecto, que era la originalidad, debía afrontar una prueba compleja como esa y lograr superarla. Pero las ganas que tenía de concretarlo, la convicción de que todavía quedaba mucho camino por recorrer para lograr instalar en la memoria colectiva a los padres como un polo de lucha contra la dictadura cívico-militar en aquellos años, y ahora, por me-

moria, verdad y justicia, pudieron más.

Hoy, con 31 años ininterrumpidos de democracia y a poco más de 11 años de la anulación de las leyes de Obediencia Debidada y Punto Final, parece ser el momento indicado para seguir contribuyendo a romper el silencio, para rendirles homenaje y para decirles que a ellos también, a los padres de la Plaza, el pueblo los abraza.

¿CUÁNDO VIENE ESE CHICO?

“Vengo a proponerles un sueño: reconstruir nuestra propia identidad como pueblo y como Nación; vengo a proponerles un sueño, que es la construcción de la verdad y la Justicia”³.

Néstor Kirchner

Abrir camino cantando a la vida⁴

Si las paredes del Club Atlético Huracán hablaran, seguramente podrían contar tantas cosas de tantas personas... Allí, por ejemplo, Bruno Palermo pasó gran parte de su vida y conoció a Lidia, su mujer.

Esos muros pintados de rojo y blanco, el 9 de julio de 1953 vieron nacer el amor entre los dos jóvenes. Fue en un baile, de esos que se hacían los fines de semana y feriados. Lidia había ido con su madre, tal como se estilaba en aquella época, y Bruno, con un amigo.

– Che, fijate esa piba: te está mirando. Sacala a bailar- le dijo a Bruno su compañero.

Él, al ver que era una linda muchacha, se acercó y siguió el consejo, dando comienzo así a su noviazgo.

El primer tiempo, Chiquín, su suegro, no los dejaba salir solos y recién luego de que fue a pedirle la mano de su hija, pudieron ir al cine sin nadie más. Al poco tiempo, el 3 de octubre de

³ Fragmento del discurso pronunciado por el ex presidente Néstor Kirchner, el 25 de mayo de 2003, día de su asunción, ante la Asamblea Legislativa.

⁴ Todos los subtítulos de este capítulo pertenecen a distintas canciones del cantautor uruguayo Daniel Viglietti, a quien Silvia y Norberto, los hijos de Bruno Palermo, escuchaban en la década del 70.

1953, dieron el sí en el Registro Civil.

Vivían en Parque Patricios, en la calle Rondeau al 3536, junto a los padres y los abuelos de Lidia. El espacio no era problema porque era una casa amplia, tipo “chorizo”, y había lugar de sobra para todos. Además, tenía dos patios y un fondo enorme, repleto de naranjos, limoneros y árboles floridos, que Bruno, con gran dedicación, se encargaba de cuidar. Varios gatos y tres gallineros colmados de gallinas y pollitos, completaban el paisaje de esa vivienda de sesenta y cuatro metros de largo.

Bruno tenía dos empleos: de lunes a viernes, trabajaba en el Banco Mercantil, en la sucursal ubicada en Santa Fe y Canning. Por aquellos años, el horario bancario era muy distinto al de la actualidad: el personal ingresaba a las 11.15 y se retiraba a las 19.15, mientras que la atención al público era de 12 a 16. Los fines de semana era árbitro de fútbol, actividad que hacía con mucho placer, ya que siempre había sido un gran aficionado al deporte.

Lidia era un ama de casa muy dedicada y laboriosa. Con ingredientes sencillos, cocinaba verdaderos manjares; también cosía, tejía y sabía bordar. Fue ella misma la que durante el embarazo de su primer hijo, Norberto, se encargó de confeccionar con amor y esmero todo el ajuar que lo cobijaría en sus primeros meses de vida.

Bruno y Lidia esperaban ansiosos la llegada de su primogénito al mundo; del mismo modo aguardaban el nacimiento de su primer nieto varón los padres de la feliz pareja, y los abuelos de la embarazada, que estrenarían título de bisabuelos.

El 3 de julio de 1954, en la Clínica Maternal Luna se oyó el primer llanto de Norbi, como lo llamaría cariñosamente su madre. Era un bebé precioso, de cabello rubio y ojos marrones, que llenó de alegría el hogar de la familia Palermo.

Entre mimos, risas y besos, Norberto crecía fuerte y sano, y conquistaba a todos con su simpatía. A los nueve meses, le mojaron la cabeza en la pila bautismal de la Parroquia San Bar-

tolomé Apóstol, a pocos metros de la casa. Allí, Lidia también concurría todos los domingos a misa.

Antes de que el niño cumpliera tres años, su hermana Silvia ya estaba en camino. Su llegada fue un nuevo motivo de felicidad para todos, menos para él, que se puso bastante celoso e intentaba demostrarlo siempre que podía.

Una vez, mientras Lidia amamantaba a la beba, Norberto se escapó de la casa y se fue solo, con su andar de paso cortito, hasta el kiosco de la esquina a comprar un chicle. ¡Qué susto se llevó su madre cuando descubrió la ausencia! Por fortuna, sólo quedó como una anécdota divertida.

En otra oportunidad, en una calurosa tarde de verano en que estaba en la puerta junto a su mamá, el enojo por el arribo de Silvia al hogar se tradujo en una pelea con la vecinita de la cuadra, a la que le pegó ante el asombro de Lidia. La mujer se enojó muchísimo por su mal comportamiento, lo reprendió y lo mandó a la cama sin postre. Al otro día, Norberto amaneció con unas líneas de fiebre y su madre lamentó mucho el haber reaccionado de forma tan exagerada frente a una escena habitual entre nenes.

De a poco, Norberto y Silvia comenzaron a hacerse amigos. Los celos se esfumaron y él, como hermano mayor, adoptó una actitud muy protectora. La iba a buscar al jardín de infantes y a la casa de sus amiguitas, y no permitía que ella estuviera presente en los partidos de fútbol que se armaban de vereda a vereda con los chicos del barrio. Cuando Silvia preguntaba por qué no podía quedarse, Beto le explicaba que una nena no debía escuchar las malas palabras que, en la euforia de la competencia deportiva, lanzaban al aire los varones.

Un portón de un lado, dos pulóveres viejos del otro y una pelota de goma era todo lo que Norberto y sus amigos necesitaban para pasar las tardes en las tranquilas calles de Parque Patricios, cuando ser niño, y no dejar de serlo, era más fácil. Las chicas sí podían sumarse a compartir las vueltas

en bici o las escondidas.

Gracias a los dos sueldos de los trabajos de Bruno y la buena administración que de ellos hacía Lidia, casi todos los años podían irse los cuatro juntos de vacaciones. Luego del descanso en familia del verano de 1960, en marzo Lidia le puso por primera vez a su hijo el guardapolvo blanco, todo almidonado: empezaba la primaria, y tenía que ir impecable.

En la calle Boedo 1935, en las aulas de la Escuela N° 23 “Provincia de Entre Ríos”, Norberto aprendió a leer y escribir, y a tantas otras cosas más. No era un alumno destacado, pero sus notas, igualmente, eran buenas. Era más bien tímido y muy educado, aunque de vez en cuando, se mandaba una pequeña macana que le valía que lo pusieran en penitencia.

En primer grado, por una de esas travesuras terminó en dirección. Allí lo encontró parado su mamá, con su portafolio de cuero marrón en la mano, cuando lo fue a buscar como todas las tardes. Se disgustó mucho al enterarse que el motivo del castigo era que le había pegado una patada al vecino de enfrente. Indignada, discó el número de teléfono del banco para contarle a Bruno lo que había sucedido. Él, con la tranquilidad con la que los hombres suelen afrontar este tipo de situaciones, le respondió:

– Lidia, no te preocupes tanto. Son cosas de chicos.

Vamos, estudiantes, por las calles y plazas

Una actividad que Norberto y Silvia disfrutaban mucho hacer juntos era llevar a pasear por el Parque Patricios a Trudy, la perra de su abuela paterna y su tía, que vivían a pocas cuadras de su casa. La bóxer sólo obedecía las órdenes de Norberto, a

quien le bastaba una mínima indicación, una sola palabra para que, cuando la sacaba sin correa, lo esperara en la esquina para cruzar la calle.

Una vez sobre el verde pasto del inmenso parque, Trudy corría de un lado al otro, libre y feliz. Cuando se cansaba, buscaba una zona con sombra para reposar, fuese debajo de un árbol o de un banco de plaza. Su larga lengua rosada colgando fuera de su boca y su pecho agitado, delataban el trajín que había tenido bajo el sol.

La historia de la hermosa familia que conformaron Bruno y Lidia no sólo comenzó en Huracán, sino que el club también fue un lugar fundamental durante toda su vida. Bruno tenía una platea en la cancha, así que salvo que se superpusiera el partido que él dirigía cada fin de semana con el del “Globo”, iba siempre a ocupar su butaca, a veces acompañado por Norberto. Los chicos, desde muy chiquitos, también tuvieron su carnet de socios y cuando en 1965 se inauguró la pileta, no había tarde de verano en la que Beto y Silvia no fueran a refrescarse en ella. Más allá de sus cortas edades, ambos ya sabían nadar; habían aprendido en la colonia de vacaciones del Parque Patricios.

Otro que era fanático de Huracán era Chiquín – el abuelo materno–, quien cada domingo que el equipo de sus amores ganaba, les compraba masitas a sus nietos para celebrar.

A los doce años, Norberto empezó la secundaria en la Escuela Nacional de Comercio N° 5, ubicada en Entre Ríos e Independencia. Para sorpresa y orgullo de su madre, en el primer año ocupó el Cuadro de Honor por obtener las mejores calificaciones de todas las divisiones. Sólo en quinto año se llevó algunas materias a marzo y, mientras para Lidia eso era un verdadero drama, él bromeaba con su hermana y le decía: “no las apruebo hasta los carnavales del 95”.

En la adolescencia, el vínculo entre Silvia y Norberto se hizo cada vez más fuerte. Realmente eran muy amigos y compinches: se contaban secretos, se cuidaban, compartían gustos

musicales y hasta la ideología. Adoraban escuchar los discos de los Beatles, Joan Manuel Serrat y Daniel Viglietti, y leer los libros del Che Guevara, a quien admiraban mucho.

En 1970, cuando Norberto estaba en cuarto año, comenzó a militar en el Frente de Lucha de los Secundarios, una agrupación de izquierda, con ideas marxistas-leninistas, afín al Ejército Revolucionario del Pueblo. Estaba tan entusiasmado con la experiencia, que le vivía hablando de su actividad política a su hermana. Tanto fue así, que en 1971, Silvia, que iba al Nacional Buenos Aires y tenía catorce años, también inició su militancia en la misma organización.

Luego de rendir bien las materias que se había llevado previas, en marzo de 1972, Norberto se recibió de Perito Mercantil. Más allá del deseo de sus padres de que estudiara para contador, él optó por anotarse en la carrera de Psicología, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, aunque también le gustaba Sociología. En ese nuevo ámbito, se unió a la versión universitaria del Frente de Lucha, aunque como se desarticuló al poco tiempo, a fines de 1973 pasó a formar parte del Ejército Revolucionario del Pueblo. A la par, trabajaba como cadete en la empresa Bunge y Born.

Cuando el 11 de septiembre de 1973 el presidente de Chile, Salvador Allende, fue derrocado y asesinado por las fuerzas armadas de su país, Norberto y Silvia, que creían que la revolución socialista era posible y habían vivido con entusiasmo el ascenso del mandatario trasandino, marcharon varios días en solidaridad al pueblo vecino.

Apenas unos días después, volvieron a salir a las calles, junto a su padre, por un motivo mucho más grato: Huracán, dos fechas antes de finalizar el torneo Metropolitano, se coronó campeón de la competencia con una campaña difícil de olvidar para los amantes del buen fútbol. La avenida Caseros se vistió de fiesta y, durante una semana entera, el vecindario quemero se inundó de cánticos, banderas y papelititos. La ale-

gría era color rojo y blanco. Beto y Bruno tuvieron asistencia perfecta los siete días.

A veces, padre e hijo también jugaban juntos algún partido en el club, y por un rato, parecían invertirse los roles: en más de una oportunidad, era Norberto quien debía interceder entre Bruno y algún contrincante, para evitar que se fuera a las manos.

– ¡No, papá! – exclamaba el joven, en medio del alboroto, mientras le sujetaba los brazos.

– ¡Pero dejame! – protestaba el hombre, tratando de zafarse.

Trabajo, deporte y estudio, se combinaban también con noviazgo. En 1973, Norberto entabló una relación con Miriam, una chica dos años menor que él, que en muy poco tiempo se hizo querer mucho por sus suegros y su cuñada.

Uniforme que te duele

En febrero de 1975, Norberto ingresó en el servicio militar obligatorio. La suerte no había estado de su lado y el número de orden que le había tocado en el sorteo no había sido lo suficientemente bajo como para poder quedar exceptuado de la colimba⁵.

El día 5 de ese mismo mes, también comenzó de forma oficial el llamado Operativo Independencia en la provincia de Tucumán. Lo que desde 1974 y hasta ese momento se hacía sólo de hecho, pasó a estar encuadrado dentro del accionar previsto y permitido por el decreto 261/75, que autorizaba al co-

⁵ Término utilizado en Argentina para designar a la instrucción militar obligatoria. Es un acrónimo formado por la primera sílaba de las tres actividades más habituales con las que debían cumplir los soldados: correr, limpiar y barrer.

mando General del Ejército a ejecutar las operaciones militares que fueran necesarias con el fin de “neutralizar y/o aniquilar el accionar de elementos subversivos” en esa zona.

En ese contexto de extrema violencia y persecución, en el que ya cientos de militantes políticos eran secuestrados, asesinados y detenidos, Norberto, integrante del Ejército Revolucionario del Pueblo, tuvo que cumplir con su deber cívico y fue destinado a la Escuela de Caballería de Campo de Mayo.

Los dos primeros meses de instrucción fueron muy duros. En ese lapso de tiempo, no salió ni una sola vez del cuartel, por lo que era su familia quien iba a visitarlo.

Pasada esa etapa inicial, ya podía salir algún que otro fin de semana para ir a su casa. En uno de esos primeros francos, Norberto al fin pudo contarle a sus padres, a su hermana y a su novia lo mal que los trataban los superiores. Uno de los ultrajes más comunes de los que eran víctimas consistía en hacerlos levantar de forma brusca, a medianoche, en pleno invierno, y ordenarles que así como estaban, semidesnudos, hicieran cuerpo a tierra al aire libre, en el barro.

Debido a su buen comportamiento y el respeto demostrado más allá de las humillaciones padecidas, el 20 de junio, día en que se juraba la bandera, Norberto fue nombrado soldado dragoneante. Desde ese momento, le encargaron la realización de tareas de oficina. También debía cumplir todas las órdenes de un teniente, al que incluso tenía que limpiarle las botas y cuidarle el caballo.

Por tener ese puesto, también lo obligaban a satisfacer pedidos de los oficiales que ponían de manifiesto, una vez más, lo retrógrados y miserables que eran esos hombres que se jactaban de pertenecer a instituciones portadoras de los más altos valores morales que pudieran existir. En más de una oportunidad, Norberto era enviado con el auto de alguno de ellos a buscar prostitutas a San Martín, con las que pasaban la noche en el casino.

En octubre, la proximidad del final de la conscripción se tradujo en un régimen de salidas más flexible. Todos los sábados y domingos el joven los pasaba en su casa, junto a Bruno, Lidia, Silvia y Miriam. Era el momento más esperado de la semana por todos: se extrañaba la presencia de Beto en el hogar, así como él añoraba la compañía de su familia, la comida rica de su madre, las charlas con su hermana, las idas a la cancha con su padre, las caricias de su novia.

Verlo llegar sano y salvo era un gran alivio, no sólo porque los preocupaban las penurias que pasaba en Campo de Mayo, sino también porque el clima en la calle cada vez se estaba poniendo “más denso”. Si algo faltaba para alimentar la escalada de violencia y represión institucional, era la asunción como Comandante en Jefe del Ejército de Jorge Rafael Videla. Quien hasta ese momento era un perfecto desconocido para la opinión pública, comenzó a acumular cada vez más poder y más atribuciones por delegación de la presidenta María Estela Martínez de Perón, quien a fines de agosto lo puso al frente de una de las tres fuerzas armadas del país.

El domingo 12 de octubre, luego de haber disfrutado ese día y el anterior en Parque Patricios, emprendió el regreso al cuartel. Cada vez faltaba menos para que esa etapa quedara atrás, así que con ese consuelo ya no resultaba tan penoso verlo cruzar el umbral de la puerta. Antes de despedirse, le dijo a su madre que solicitaría un permiso especial para el miércoles de esa semana, miércoles 15, para poder abrazarla en el día de su cumpleaños.

Cobardes, incapaces de sentir

El día en que Lidia cumplía 48 años de vida, había llegado. Entre besos, tirones de oreja y regalos comenzó aquel miércoles y quedó a la espera del saludo que le faltaba, que era el de Norbi.

Las horas pasaban y su hijo no llegaba, pero no estaba preocupada por ello. Supuso que no había obtenido el franco que le había comentado que pediría. Después de todo, era lo más probable: ¿podía confiar en que quienes maltrataban a tantos jóvenes, del modo en que lo hacían, mostrarían aunque sea una pizca de sensibilidad y lo autorizarían a salir para ir al cumpleaños de su madre?

Un rato después de que Bruno volvió del trabajo, se sentó a la mesa en honor a Lidia, junto con el resto de la familia. Luego de una rica cena, fue el momento de soplar las velitas y levantar los vasos para el brindis; el que estaba reservado para Norberto, por las dudas de que llegara tarde, permaneció quieto y vacío sobre el mantel.

El viernes 17 de octubre, en la mañana temprano, todos los habitantes de la casa dormían plácidamente. Así fue hasta que el teléfono sonó e hizo sobresaltarlos. Fue Bruno quien atendió. Eran las 7.30.

– Hola, ¿hablo con la casa del soldado Norberto Hugo Palermo?

– Sí, habla Bruno, su padre- respondió el hombre, soñoliento pero alerta.– ¿Qué pasa?

– Llamo de la Escuela de Caballería de Campo de Mayo para informarle que Norberto no se reincorporó al cuartel en la noche de ayer, como debió hacerlo al vencerse el permiso especial que le había sido otorgado el martes 14 a las 23.30. En caso de que no se presente a la brevedad, será considerado desertor.

Bruno colgó el tubo y como pudo, nervioso, confundido, le dijo a su mujer lo que había escuchado del otro lado. A ambos se les formó un nudo en la garganta; por más que ninguno de

los dos lo dijo, de inmediato, intuyeron que algo malo estaba pasando, aunque en ese instante, nunca imaginaron el inmenso horror que estaban por empezar a transitar.

Mientras Bruno se vestía rápido, Lidia fue a despertar a Silvia, que estaba durmiendo en su pieza junto a dos amigas que se habían quedado la noche anterior, porque ese día, día de la Lealtad Peronista, era feriado y no había que madrugar.

– Llamaron del cuartel porque el Beto no se presentó – dijo la madre a su hija, tratando de no interrumpir el sueño de las otras muchachas.

Silvia no demoró más que unos segundos en tener el mismo presentimiento que sus padres y no dudó en despabilar a sus compañeras para pedirles que se fueran. Algo terrible estaba pasando y lo mejor era que se refugiaran en sus casas, donde estarían más seguras.

Antes de salir junto a su padre a comenzar con las averiguaciones, se fue de una corrida hasta un teléfono público – ¿y si el de su casa estaba intervenido?- a avisarle a Miriam, quien se sumó de lleno a la búsqueda de su novio.

Ese día empezaron a recorrer hospitales y comisarías cercanas al cuartel. Pensaron que tal vez, a poco de salir, le podría haber pasado algo y estar herido o perdido, sin haber podido dar aviso de esa situación. Sin embargo, no hallaron ningún dato útil. También fueron a visitar a compañeros de militancia de él, para preguntarles si lo habían visto, si sabían algo, pero nadie se había encontrado con él en aquellos últimos dos días. Nadie lo vio fuera del cuartel tomando el micro o caminando por la calle, por lo que existe la posibilidad de que nunca haya salido del predio.

En la mañana del sábado 18, Bruno fue con Silvia al cuartel. Por aquella época, todavía los dejaban entrar, por más que después no les prestaban demasiada atención, les mentían con descaro o hasta les tomaban el pelo. Luego de marzo de 1976, directamente no había manera de acercarse a la guar-

nición, porque ruta 8 estaba cortada.

Los colimbas con los que pudieron hablar tenían mucho miedo y casi no pudieron aportarles información. Sólo lograron saber, por lo que comentaron unos soldados que estaban de guardia la noche del 14 de octubre, que Norberto no quería retirarse a las 23.30 horas, como le ordenaron sus superiores. Él quería esperar hasta la mañana siguiente, ya que era consciente de lo peligrosa que estaba la calle para un militante. A pesar de su pedido, los militares de mayor rango le insistieron para que se fuera, argumentando que el permiso ya estaba firmado y que por eso no podía permanecer en el cuartel.

En una de las tantas veces que fueron a Campo de Mayo, los atendió el mayor Flores, que con cinismo les decía al hombre y a su hija:

– Quédense tranquilos: el pibe estará con una negrita, por ahí, por el Tigre. Seguro.

– No, él no le haría eso a la mamá. ¿Qué negrita ni qué Tigre? No se iría con nadie, sabiendo que nosotros lo estamos buscando – debían explicar pasmados ante tanta impudicia.

– Bueno, yo los voy a ayudar. Ustedes tráiganme el listado con todos los amigos de él, sus direcciones y teléfonos, y nosotros vamos a hacer la búsqueda.

Con gran lucidez, aun en medio de la desesperación, jamás entregaron ni un solo nombre, a pesar de que uno de los hermanos de Bruno creía, de buena fe, que había que dárselos.

Noches de ojos sin sueño, sueños de noche sin ojos

El martes 21 de octubre, Bruno y Silvia habían acordado encontrarse con Miriam, en la calle, para emprender una nueva

jornada de búsqueda. A esa cita, la novia de Norberto acudió con el diario La Opinión bajo el brazo. Ni bien se saludó con su cuñada y su suegro, lo desplegó y les mostró que había una noticia en la que se afirmaba que había aparecido el cuerpo de un joven en Bella Vista.

Decidieron que irían tras el rastro de ese cadáver, para verificar si era el de Norberto. Por más que deseaban con todo su corazón que no fuera el de él, debían afrontar esa situación y tratar de mitigar la incertidumbre que tenían en su interior. Fuera lo que fuera lo que había pasado con Beto, precisaban saberlo.

La primera dificultad con la que se toparon Bruno y las dos jóvenes fue averiguar dónde estaba la morgue a la que habían sido derivados esos restos. Armados únicamente con su paciencia y su perseverancia, recorrieron varias comisarías hasta que lograron saber que estaban en la del cementerio de San Miguel.

Una vez que llegaron a la necrópolis, el encargado le pidió a Bruno que lo siguiera, que él le mostraría el cuerpo por el que estaba preguntando. Con su brazo, el trabajador hizo un gesto indicándoles a las chicas que se detuvieran ahí:

– No, ustedes no entren.

Al cabo de unos pocos segundos, luego de ver a uno de los difuntos, Bruno salió de la habitación y les pidió a las dos que entraran. Sacaron coraje y avanzaron a paso firme hacia el interior de la sala que les había sido negada momentos antes.

El empleado abrió una heladera y deslizó una primera camilla. Con mucha impresión por lo que estaban viendo y algo de alivio, descubrieron que quien se encontraba sobre ella no era Norberto. Era un muchacho de pelo castaño oscuro y largo, que en nada se parecía a quienes ellos estaban buscando.

El encargado regresó al fallecido al lugar donde estaba y abrió otra heladera. De ella extrajo otro cadáver. Al frío habitual del ambiente, necesario para conservar los despojos

de los desafortunados que recalaban en el lugar, se le sumó el que les corrió por la espalda y el alma al ver el estado de quien ahora yacía frente a sus ojos. Estaba mutilado, lleno de escoriaciones y muy quemado, incluso en la zona del rostro. En medio de un silencio tenso, que dijo más que mil palabras, los tres miraron con detenimiento al joven, víctima de semejante salvajismo, y luego cruzaron sus miradas. Pese al brutal estado del cuerpo, para su desgracia, les pareció reconocer allí tendido, tieso y helado, a Norberto. No podían asegurarlo; no tenían la seguridad de que fuera él, pero tampoco de que no lo fuera.

Conmocionados, por recomendación del empleado de la morgue, fueron a la comisaría de Bella Vista, ya que era la que atendía en el caso y poseía el informe del médico forense.

Cuando llegaron a la dependencia policial, los atendió el subcomisario Julio Insúa, quien a la consulta de Bruno respondió:

– No, el informe del forense acá no lo tengo. Acá no está, está en el juzgado de San Martín. Pero quédese tranquilo: ese era un cuerpo que estaba tirado ahí hacía 20 días, comido por las ratas. Era una persona de entre 28 o 30 años, en muy mal estado de nutrición, un indigente. No es su hijo, para nada. Igual, como tenía las manos cortadas, las mandamos a La Plata para que hagan el estudio de las huellas dactilares. Llámenos en quince días que le vamos a dar la información.

Devastados, sin una sola certeza y con mil dudas, volvieron a la casa, donde desde hacía horas esperaba, ansiosa y angustiada, Lidia. Bruno quería resguardarla lo más que pudiera de todo ese horror: ya bastante estaba sufriendo su esposa por la ausencia de su hijo, como para exponerla a semejantes experiencias. Más que nunca, él se propuso apuntalarla, ser su sostén y tratar de brindarle calma dentro del drama que estaban viviendo.

Por si fuera poco, Josefa, la madre de Lidia, que ya padecía

arterioesclerosis antes de que se llevaran a su nieto, terminó por descompensarse por completo. Creía que su hija era su madre, no reconocía a nadie y, de tanto en tanto, preguntaba:

– ¿Cuándo viene ese chico?

Un hombre convencido vale por mil

Gracias al respaldo de sus compañeros del banco, Bruno pudo faltar los primeros quince o veinte días posteriores al llamado que los anotició de la desaparición de Norberto. De todos modos, cuando se reincorporó, también le posibilitaban llegar más tarde las veces que necesitara hacerlo para encargarse de la investigación sobre el paradero de su hijo, o salir en medio de la jornada laboral.

Al día siguiente de la primer visita a la morgue, fueron de nuevo a la comisaría de Bella Vista, esta vez en compañía de un hermano menor de Bruno, al que le decían Coco. Allí, una vez más, el subcomisario Insúa desplegó sus argumentos frente a la familia, para convencerla de que en verdad el muerto que ellos habían visto era de un desconocido. También les insistió para que aguardaran el resultado de las pericias dactilares.

Durante meses, Bruno llamó con regularidad a la delegación policial. Cada vez que lo hacía, el oficial principal Borro no hacía más que dilatar la espera con mentiras:

–No, no, todavía no vinieron los resultados de los estudios sobre las manos. Llame dentro de una semana.

En la casa, el panorama era cada vez más duro: Lidia, en muy poco tiempo, había adelgazado diez o quince kilos y se había enfermado de Párkinson, una patología extraña en una persona de 48 años, como era ella. A la depresión que tenía a cuestas, la gran delgadez que había alcanzado y los temblores típicos del trastorno neurológico que sufría, se le sumaba el abandono de su hermana, su cuñado y sus sobrinos que, en vez de apegarse a ella y brindarle contención, se esfumaron cuando desapareció Norberto.

Lidia trataba de justificar las ausencias voluntarias de su familia con el miedo que tal vez sentirían por las circunstancias dadas, pero la verdad, era que la soledad en la que la dejaron sus parientes era lo último que precisaba en ese momento. Por fortuna, los hermanos de Bruno y una vecina, que la visitaba todas las tardes, se comportaron de forma muy solidaria.

Mientras, las gestiones de Bruno para dar con su hijo, vivo o muerto, no cesaban. En una oportunidad, fue a la casa de Rodolfo Feroglio, el Director de la Escuela de Caballería de Campo de Mayo, a quien conocía porque era cliente del Banco Mercantil. Decidió ir porque no sólo era la máxima autoridad del regimiento donde hacía el servicio militar su hijo, sino también porque había visto en el diario una foto en la que se lo veía al lado de Videla. Quizás no tendría otra entrevista con alguien de tanta jerarquía en el ámbito militar y debía aprovecharla.

Al domicilio de la calle Santa Fe, que quedaba a cuatro cuerdas de la entidad bancaria, fue acompañado por su hermano Coco; lo hacía sentir más seguro. Cuando estuvo frente a frente con el coronel en su despacho, una empleada doméstica trajo un carrito con bebidas y habanos, que el anfitrión ofreció a su huésped.

– Señor, ¿desea tomar algo o disfrutar un puro? – preguntó con desfachatez.

– No, coronel, yo no vengo a beber ni fumar nada. Yo vine a preguntarle qué han hecho con mi hijo – contestó tajante el

empleado bancario.- Usted tiene que saber, es el director de Campo de Mayo.

– No, lamentablemente no sé nada.

– ¿Cómo? ¿Usted no estuvo ayer al lado del general Videla en Campo de Mayo? ¿No se enteró? ¿No le dijo nada?

– No, no. Nada – mintió sin mover un músculo de la cara.

Bruno, por su trabajo en el banco, también conocía al coronel Macci, ex embajador argentino en los Estados Unidos. Por intervención de él, consiguió una cita en el Comando en Jefe del Ejército, en Avenida Paseo Colón, con el secretario del general Jorge Rafael Videla. Asistió con Silvia y, aunque iban recomendados, debieron esperar varias horas en la puerta de su oficina.

La puerta se abrió y el hombre por el que estaban aguardando miró en repetidas ocasiones a un extremo y al otro del pasillo, para corroborar que no lo viera nadie recibir esa visita. Alguien que hubiera contemplado la escena desde afuera, hubiera pensado que, por todos los recaudos que tomó el colaborador del ya genocida, les iba a brindar valiosa información confidencial. Sin embargo, nada de eso sucedió y de su boca sólo salieron evasivas y negaciones. Al despedirlos, les sugirió que fueran a ver al General Ramón Camps.

– Si yo lo voy a ver a Camps, seguro que también desaparezco – se atrevió a responder Bruno, mientras se cerraba detrás de él la pesada puerta.

Los combates de la vida son tantos

El sábado 28 de febrero de 1976, primer día del último carnaval que habría en muchos años, Bruno y Silvia fueron a la

comisaría de Bella Vista para averiguar si había novedades sobre las huellas dactilares. En la dependencia policial, no había ningún oficial de cargo jerárquico; era feriado, y ninguno iba a sacrificar su paseo o su descanso por cumplir con su deber.

Los atendió un cabo raso, que evidentemente no estaba al tanto de la historia de Norberto ni de la estrategia de ocultamiento de información que sus superiores llevaban a cabo ante su familia. Cuando le consultaron por el informe forense que el subcomisario Insúa les había negado tener, se los dio enseguida, por ingenuidad o torpeza.

– Sí, espere que ya se los doy. Sí, ¿cómo que no está? Acá está – dijo con cierto orgullo, mientras abría un bibliorato.

– A ver, ¿me dejás buscar? – pidió Silvia.

Hojearon el contenido de la carpeta, y encontraron el informe confeccionado y firmado por el médico policial Guillermo Berger. Lo empezaron a leer y en ese mismo instante, entendieron por qué se los habían escondido tanto tiempo.

Nada de lo que Insúa les había contado sobre el difunto que ellos habían visto en la morgue era cierto. La autopsia decía que era de una persona de 20 a 25 años, de tez blanca; que hacía una semana que había fallecido y que estaba en muy buen estado de nutrición. Todo coincidía con las características de Norberto y con su fecha probable de muerte. La descripción de las heridas, las quemaduras y las mutilaciones era congruente con las que presentaba el cuerpo que habían observado meses atrás.

El golpe emocional que eso representó para ambos, tanto por el dolor que les generaba pensar que Beto podría haber sido víctima de ese trato atroz como por la indignación de haber sido engañados de forma tan vil, no impidió que actuaran con gran lucidez y determinación.

– Prestanos una máquina de escribir, por favor – solicitó Silvia al cabo que les había facilitado el escrito.

El policía se las dio y Bruno, que escribía a muy buen ritmo,

tipeó todo el informe para llevárselo con él. Sabía que sería clave en los próximos pasos a seguir y que si no aprovechaba ese momento, jamás volvería a tener frente a él esa documentación.

Ya en conocimiento del informe forense, regresaron al cementerio de San Miguel para pedir ver de vuelta el cuerpo. Sin embargo, eso no fue posible, ya que les dijeron que el cuerpo había sido trasladado por la Policía Bonaerense a La Plata.

Ni bien terminaron los feriados de carnaval, fueron al juzgado de San Martín, que era el que tenía el caso. Gracias a la constancia de Bruno y Silvia, al patrocinio de un abogado que les había recomendado Miriam, y la colaboración de otro letrado que era funcionario judicial en aquellos tribunales, Roberto Bergalli, consiguieron dos exhumaciones: una, a muy pocos días del golpe del 24 de marzo y la otra, en abril. Las dos fueron en vano, porque en ambos casos desenterraron los restos de personas fallecidas hacía varias décadas.

Poco tiempo después, Bergalli, el único empleado que había demostrado una real y profunda preocupación por ayudarlos, fue detenido en su domicilio por una patota y mantenido cautivo seis meses en la cárcel de Devoto. El abogado sugerido por Miriam, también desapareció, así como el hijo del director del cementerio de San Miguel y el del gerente de la sucursal del Banco Mercantil donde trabajaba Bruno, de apellido Sobel.

Al ver ese panorama, los padres de Miriam decidieron irse junto a su hija a vivir a Barcelona; temían por ella y querían preservarla.

Bruno, consciente de todos los peligros, no retrocedió ni una sola vez en su lucha por conocer la verdad y continuó yendo a los tribunales. A partir de mayo o junio, Silvia ya no lo acompañó allí; tenía mucho miedo y hacía bien en tenerlo: en 1976, ella tenía 18 años, militaba en la Juventud Peronista y era hermana de un desaparecido.

El hombre subía las escaleras, recorría cada recoveco, hablaba con quien fuera necesario. Ya se había acostumbrado a que lo trataran con antipatía y le faltaran el respeto, pero una

vez lo que escuchó ya fue demasiado:

– Mire, quédese en su casa porque los van a matar a todos. A usted, todavía le quedó algo. Si sigue viniendo, le van a poner una bomba en su casa y van a volar.

En los pasillos del juzgado no era en el único lugar en el que los atendían mal o se burlaban de ellos. También debieron tolerar situaciones absurdas y grotescas, como recibir una carta firmada por el Coronel Enrique Pausanías Michelini, en la que se comunicaba que como Norberto Hugo Palermo era considerado desertor, su familia debía abonar 902.800 pesos de entonces, en concepto de gastos por el uniforme. Bruno jamás contestó esa misiva ni abonó el monto solicitado. Lo único que le faltaba era darle dinero a los asesinos de su hijo.

En la sede del grupo Bunge y Born, empleador de Beto hasta el momento en que ingresó en el servicio militar obligatorio, no se quedaron atrás con las ofensas. El día en que Bruno y Silvia fueron a cobrar el último sueldo que había quedado sin liquidar, los trataron como si fueran terroristas: los llevaron a una oficina y cerraron todas las puertas del edificio. Con seguridad, a los victimarios de los 26 trabajadores de la empresa desaparecidos a partir de julio de 1976, no los trataban así.

El día en que Bruno estuvo sentado enfrente del monseñor Emilio Graselli, que se desempeñaba como secretario del vicario castrense Adolfo Tortolo, todavía no habían pasado ni dos meses de la desaparición de Norberto.

En su despacho de la capilla Stella Maris, en Retiro, el capellán, al igual que más adelante haría cientos de veces más ante otros familiares de detenidos entre 1976 y 1983, sacó de un cajón su célebre libretita negra. Hurgó en ella y luego, mirándolo a los ojos, sentenció:

-No busque más a su hijo; está muerto.

Se fue mucho de amor sin repartir

El jueves 30 de abril de 1977, las madres de jóvenes secuestrados comenzaron a marchar alrededor de la Pirámide de Plaza de Mayo, escribiendo así la primera página de una larga historia de amor y coraje.

Lidia, que ya estaba enferma de Parkinson, se sumó a las rondas junto a su cuñada, la hermana de Bruno. Fuera de su casa, era uno de los pocos lugares –sino el único-, donde se sentía contenida y comprendida. Poder compartir el dolor por la pérdida del hijo con otras mujeres que estaban atravesando la misma situación, era, en alguna medida, terapéutico. Sólo ellas, con la sensibilidad femenina y maternal, podían entender la dimensión de su padecimiento.

Bruno, también iba a la plaza, gracias a que en el Banco le permitían a él y a Sobel, el gerente al que también le habían secuestrado el hijo, retirarse un rato. Su presencia allí tenía doble finalidad: hacer visible el drama que tantas familias argentinas estaban viviendo y, por supuesto, cuidar a Lidia y a su hermana para que no les pasara nada.

De todos modos, la vigilancia debía hacerla a la distancia, como los demás maridos que iban con la misma intención: la policía montada a caballo les prohibía traspasar el vallado que conducía al centro de la plaza, donde las madres rondaban. Los pobres animales, gobernados por el salvajismo de los uniformados, podían abandonar su habitual mansedumbre y convertirse en verdaderas fieras.

Algunos hombres las observaban desde la Catedral, otros desde las recovas de la calle Hipólito Yrigoyen. Para mitigar los nervios y el mal trago que experimentaban a diario, no faltaban las discusiones sobre fútbol. Asimismo, cada uno ponía al tanto a los demás sobre las circunstancias de su caso, y se emocionaban resaltando las virtudes de sus hijos. Todos

parecían cortados por la misma tijera: solidarios, comprometidos, generosos, inteligentes, honestos, sensibles. Así eran a los que no dejaron ser.

En marzo de 1977, desapareció Carlos Vivas, de 21 años, quien hasta 1968 había vivido a dos casas de distancia de la de la familia Palermo. Él y Blanca, su hermana mayor, compartieron mucho tiempo junto a Norberto y Silvia; jugaban en la vereda los cuatro, y luego Lidia les preparaba la chocolatada bien fría en las tardes de verano. En diciembre del año anterior, también se habían llevado a Nora Frizman, la mejor amiga de Silvia, cuyos padres, Marcos y Bella, habían sido dos de los fundadores de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) en 1975.

Luego de la desaparición de Norberto, ellos fueron quienes pusieron en contacto a Bruno con Augusto Conte, cuyo hijo había desaparecido en julio de 1976, también mientras hacía el servicio militar obligatorio. Además, Augusto era abogado y fundador del Centro de Estudios Legales y Sociales, por lo que podría ayudarlo en su investigación y guiarlo en los aspectos técnicos. Desde ese momento, los dos padres tuvieron un trato fluido, de mucha cordialidad y solidaridad.

De hecho, cuando Augusto fue candidato a diputado nacional por el Partido Demócrata Cristiano en las elecciones de 1983, Bruno colaboró todo lo que pudo en la campaña e instó a toda la familia, incluida su madre, de 90 años, a votar por él. ¿Cómo no hacerlo? Además de la gran calidad como persona y de la amistad que los unía, su plataforma era indiscutible. Por lo menos lo era para todos aquellos que habían vivido en carne propia los crímenes del terrorismo de Estado.

Uno de los volantes que intentaba atraer electores, se titulaba “Derechos Humanos al Parlamento”. Era un texto extenso, impreso en hojas oficio, que en una parte rezaba:

Augusto Conte constituye un claro ejemplo de conducta y com-

promiso existencial con los derechos humanos. Su persona y su trayectoria representan esas banderas claras que enarbolan los movimientos de derechos humanos en la Argentina del miedo y de la incertidumbre. La lucha por esos derechos deberá seguir los caminos que la Constitución señala. El Parlamento es uno de ellos. Por eso, con independencia y sin renunciar a nuestras diversas opciones partidarias o ideológicas, votaremos y pedimos que voten por Augusto Conte como diputado nacional por la Capital Federal del Partido Demócrata Cristiano ⁶.

Con la esperanza dentro de un sobre y la alegría en el alma por el inminente retorno a la democracia, el 30 de octubre de 1983 Bruno fue a votar por quien tenía como eslóganes “Elegir el derecho a la vida” y “Vivir sin ser interrumpido”. Algo tan simple, pero tan valioso. Algo que no debería tener que elegirse en un comicio, sino estar garantizado siempre. Sin embargo, hacer de esa prerrogativa el eje de su propuesta, en aquellos años, no era absurdo. Hacía tanto tiempo que Argentina se había malacostumbrado a vivir de golpe en golpe, en democracias frágiles e inestables, o pseudo-democracias, que hacer del derecho a la vida el punto fuerte de una campaña, era todo un acierto, más después del genocidio de aquellos últimos años.

Gracias a los 73.965 votantes porteños que depositaron su confianza en Augusto Conte, el abogado, padre de un desaparecido, obtuvo su banca en la Cámara de Diputados de la Nación. Si bien dependería del acompañamiento de los legisladores de los demás partidos para llevar a cabo sus proyectos, la expectativa de Bruno y de todos los que metieron en la urna su boleta, era enorme. Sabían de la capacidad intelectual, de la entrega, del coraje y los valores morales de Augusto, y eso para ellos bastaba.

⁶ Vicente, N. (2006). *Augusto Conte: Padre de la Plaza*. Buenos Aires: Galerna. 2006.

De todas maneras, todo lo vivido había dejado una huella muy profunda en la familia Palermo y el alivio por el fin de la dictadura, se combinaba con otros sentimientos que impedían poder experimentar con mayor felicidad el momento que se avecinaba.

Por un lado, no sabían cuánto duraría la democracia que se iniciaría en poco más de un mes. El miedo estaba latente y los militares, con seguridad, permanecerían al acecho. Ya habían demostrado ser capaces de cualquier aberración, por lo que el pánico de que pudieran hacerlas nuevamente, no era infundado. Por otro, convivir con la figura de la desaparición, hacía todo más difícil.

Bruno no podía evitar, al igual que el resto de la familia, buscar la cara de Norberto entre la gente, darse vuelta para mirar a algún colimba en la calle o ilusionarse con alguna vez escuchar la llave en la puerta y verlo aparecer⁷.

Cuántas veces pasaba por la puerta del colegio donde su hijo había hecho la secundaria, se detenía frente al edificio e imaginaba verlo salir después de clases. Hoy, todavía lo sigue haciendo.

Además, la contradicción que le producía ver a Beto en sus sueños, también laceraba su ánimo. Cuando lo tenía enfrente y conversaba con él, en el plano onírico pensaba: “¿cómo que mi hijo está desaparecido, si está acá conmigo?”. El vacío que dejaba el despertar, hacía que ese día ya empezara cargado con más angustia de la habitual.

También otros dos motivos más hacían que la alegría fuera

⁷ Néstor Vicente, en su libro *Augusto Conte: padre de la plaza*, recuerda que Augusto, en la revista “El Porteño”, en 1983 escribió: “¿Se concibió acaso la fuente inmensa de dolor y de esperanza siempre frustrada y a la vez sin término que las desapariciones y sus secuelas generaban en el ámbito familiar? Es el asomarse a la ventana mirando a la esquina por donde debería avanzar la figura esperada; la nuca que se sigue en la búsqueda del rostro anhelado; la liturgia del cuarto que se conserva y el ropero que no se toca; de la puerta que no se abre y el timbre que no suena; la mesa cotidiana que no se integra y el festejo anual vacío. El goce que se rechaza porque no se comparte y el sueño que sorprende trayendo la imagen viva y querida del ausente”.

difícil de recuperar. Lidia continuaba muy enferma y deprimida, y Miriam, que había regresado en 1981 a la Argentina, tenía cáncer de pulmón, con tan sólo 26 años. La desaparición de Norberto había sido un verdadero terremoto y sus réplicas todavía seguían haciendo tanto daño como el primer día.

El desenlace de ambas enfermedades fue fatal. Lidia, en 1984, no toleró más levantarse cada mañana sin Norbi y se suicidó. La decisión de poner fin a esa situación, a su esposo lo tomó por sorpresa. Sabía de la inmensa tristeza que la aquejaba, además del Parkinson, pero siempre la había escuchado hablar del futuro, ese que soñaban pasar en Mar del Plata, en el departamento que él compraría cuando se jubilara.

En el caso de Miriam, las operaciones y los costosos tratamientos a los que se sometió no sirvieron para salvarla y, tras cuatro años de lucha, falleció en marzo de 1985. Bruno, quien, de no haber mediado tanta tragedia, debería haber sido su suegro legalmente, tiene los mejores recuerdos de ella y lamenta todo lo que la afectó la desaparición de Beto.

De la derrota, crear primavera

La muerte de Lidia fue un baldazo de agua fría para Bruno y Silvia, que no sólo debieron intentar procesar una pérdida más, sino también aprender a pelear con ese triste legado que dejan a sus seres queridos quienes se suicidan: la sensación de culpa por no haber hecho lo suficiente para evitar que eso ocurriera.

Como un modo de aferrarse a la vida, que tan castigada había estado en el último tiempo, Bruno formó una nueva pareja

con una mujer más joven, con quien a sus 62 años tuvo un hijo varón, Jorge, y a los 66, una nena, Giuliana. Luego, la relación no prosperó y él, luego de batallar para poder lograrlo, consiguió que los chicos se quedaran viviendo con él.

Tras cuatro décadas de servicio como empleado bancario, Bruno se jubiló en 1986, año en el que nació Jorge. Una etapa se cerraba y otra, en apariencia opuesta, estaba comenzando. Jamás hubiera imaginado que asistiría al nacimiento de hijos suyos casi a la par del de sus nietos, y sin embargo fue la mejor sorpresa que podría haber recibido después de todo lo sufrido.

La Plaza de Mayo lo vio caminar sobre sus baldosas durante más de treinta años, con el cartel con la cara de su hijo colgado en el pecho. La cita de los jueves, alrededor de la pirámide, era impostergable para él, y la primera vez que faltó desde que había empezado a ir, fue una vez que estuvo internado.

Fue durante tanto tiempo a esa histórica plaza que, aun coqueto como era, los últimos años no pudo evitar ir con arrugas en su rostro y un porte no tan erguido como estaba acostumbrado a tener. Así como Huracán lo había visto crecer, la Plaza de Mayo lo vio envejecer.

Ante la imposibilidad de llevarle una flor al cementerio, estar ahí era el mejor homenaje que podía brindarle a Norberto. Tal como había jurado en alguna oportunidad, mientras pudo hacerlo, allí estuvo.

Uno de los tantos días que fue a Plaza de Mayo, vivió un momento que jamás olvidará: el presidente Néstor Kirchner, luego de la ronda, hizo pasar a la Casa Rosada a las madres y familiares que habían participado de ella. Ese hombre, que había asumido en 2003 con el menor porcentaje de votos que lo haya hecho cualquier mandatario electo por voluntad popular, y que había prometido no dejar sus convicciones en la puerta de entrada de la Casa de Gobierno, cumplía con creces su compromiso. Lo hacía con pequeños gestos como ese, así como también con medidas trascendentales como la derogación de las leyes de la

impunidad, que abrieron paso a los juicios contra los genocidas.

Tantos años de lucha desinteresada y honesta, tuvieron otro merecido reconocimiento cuando en 2010, de manos de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner, recibió junto a Marcos Weinstein, Julio Morresi y Emilio Mignone –fallecido en 1998- el premio “Azucena Villaflor”, en honor a la trayectoria en defensa de los derechos humanos.

Está claro: nada ni nadie le devolverá a Bruno su hijo, ni el tiempo que no pudieron compartir, ni los abrazos que no se dieron. Pero de a poco, a casi cuarenta años del día en que su vida cambió para siempre, la verdad y la justicia que tanto buscó, empiezan a florecer⁸.

Mientras las causas judiciales y las investigaciones siguen su curso, para mantener viva la memoria ya se colocaron tres baldosas en homenaje a Norberto. La primera, se instaló en la puerta de la escuela primaria N° 23 “Provincia de Entre Ríos”, el 14

⁸ En abril de 2014, en la causa de “Campo de Mayo” en la que Silvia Palermo se presentó como querellante en 2008, declararon algunos colimbas que pertenecían al mismo escuadrón que Norberto y aportaron algunos datos nuevos para la familia. Contaron que en los días posteriores a la desaparición de su compañero, en el cuartel “los bailaron” más que de costumbre. También recordaron que ingresó un auto o una camioneta a un sector del predio en el que no era habitual ver circular ningún tipo de rodado y que la versión que acompañó a ese hecho, al que calificaron de “extraño”, fue que en la zona donde estacionó el vehículo se estaba enterrando un cuerpo.

Esa afirmación coincidiría con una denuncia anónima hecha por alguien en 2005, en la que se aseveraba que había un soldado de apellido Palermo enterrado en Campo de Mayo, y sería congruente con lo que un vecino de Bruno le confió en aquella época a él: un familiar suyo trabajaba como jardinero en Campo de Mayo, y le dijo que sabía que por la fecha en la que había desaparecido Norberto, a la noche, habían fusilado a un conscripto en la Plaza de Armas por traidor a la patria.

Por último, uno de los testigos que cumplía tareas en la misma oficina que el hijo de Bruno, en su declaración de abril de 2014, deslizó la posibilidad de que un sargento del cuartel haya abierto un cajón del escritorio en que trabajaba Norberto y haya descubierto volantes y panfletos de la militancia del joven en el ERP.

En 2011, padre e hija prestaron declaración testimonial en la causa por los crímenes de lesa humanidad cometidos en Campo de Mayo, ante el juzgado de San Martín.

de octubre de 2007, día en que se cumplían 32 años de la noche en que desapareció. La segunda, en el trigésimo séptimo aniversario, en la entrada de la Escuela Nacional de Comercio N° 5, donde Beto se graduó como Perito Mercantil. La última, el 4 de octubre de 2014, en la vereda de su casa en Rondeau 3536, donde convirtió sus primeros goles, donde hizo sus primeras travesuras; entre las demás baldosas que un día pisó al irse, pero no al volver porque simplemente no hubo vuelta, ni respuesta feliz a la pregunta “¿cuándo vuelve ese chico?”.

JUVENTUD ACUMULADA

“La unidad nos da la fuerza, la solidaridad la cohesión”.

Juan Domingo Perón

La vida no regala nada, es conveniente luchar⁹

Según la leyenda, un hilo rojo invisible conecta a aquellas personas que están destinadas a encontrarse a pesar de la distancia, del tiempo o cualquier otra circunstancia adversa. De acuerdo a la creencia, ese hilo puede tensarse o enredarse, pero jamás cortarse.

Una historia testigo, que muestra que el mito puede ser cierto, es la de los padres de Julio Morresi. Su papá era italiano, de la zona de Lemarque, más precisamente del municipio de Macerata; su mamá, de la misma región, pero de la localidad de Ancona.

Ambos se habían venido a vivir a la Argentina en la década de 1890, a la ciudad de Mar del Plata. Lo hicieron por separado, no se conocían. Un día, el hilo rojo que los unía se aflojó: los dos, sin saberlo, andaban cerca. Los extremos del piolín en determinado momento se encontraron y, a partir de ese instante, no se separaron más.

⁹ Todos los subtítulos de este capítulo son versos de canciones pertenecientes al cantautor argentino Víctor Heredia, quien en junio de 1976 sufrió la desaparición de su hermana, María Cristina Cournou.

Con los años, formaron una numerosa familia: tuvieron siete hijos, de los cuales Julio fue el cuarto en llegar a su humilde hogar. Nació el 9 de julio de 1930, en “La Feliz”¹⁰. Don Morresi era un verdadero artesano del calzado, capacitado para la confección de zapatos finos. Como consecuencia de la Gran Depresión y la escasez de trabajo, junto a su mujer decidió irse a vivir a Capital Federal, al barrio de Parque Patricios.

La crisis económica afectaba a todo el mundo y al país entero, por lo que el cambio de residencia no les aseguraba un porvenir mejor. Sin embargo, como es sabido que Dios está en todos lados pero atiende en Buenos Aires, tal vez la metrópolis les ofreciera mayores posibilidades para subsistir.

Gracias a su talento, lo tomaron en una fábrica de zapatos masculinos, mientras su mujer también salía a trabajar por hora en casas de familia para poder aportar algunos pesos extra. Más tarde, tras sufrir durante un largo período la explotación, el hombre abandonó ese empleo y se puso un pequeño taller de compostura, donde él era su propio jefe.

A pesar de las limitaciones y los sacrificios, la infancia de Julio y sus hermanos fue muy feliz. Siempre encontraban algo con qué jugar y entretenerse. Una de las salidas preferidas de los nenes era ir al Parque Patricios, donde no necesitaban más que el sol brillante sobre sus cabezas y la frescura del pasto debajo de sus pies para divertirse. La libertad y la alegría que allí sentían, no las opacaba nada, ni siquiera la imposibilidad de ver la función del circo que se ofrecía una vez por semana en el lugar.

Se hacía más mala sangre el padre, por no poder darles ese gusto a sus hijos, que los propios chicos, que podían disfrutar el momento sin gastar un solo centavo.

– Chicos, vamos a ir al parque, pero por favor, no me pidan

¹⁰ Con ese sobrenombre se conoce a la ciudad costera de Mar del Plata, ubicada al sudeste de la provincia de Buenos Aires. Es la localidad cabecera del partido de General Pueyrredón.

nada de los juegos o golosinas – les recordaba antes de salir, para evitarse el disgusto de romperles la ilusión en pleno paseo.

Lamentablemente, el dinero escaseaba y todo lo que se gastara de más en la recreación, después faltaría en la mesa o en la ropa.

Para colaborar con la situación de su casa, a sus escasos 9 años, cuando todavía ni había dejado los pantalones cortos, Julio, por voluntad propia, comenzó a trabajar. Lo hacía de mañana, antes de ir a la escuela. Se encargaba del reparto a domicilio de una carnicería, que también tenía verdulería en el mismo local. A la tarde, cuando volvía del colegio, dejaba la mochila y se iba a levantar el pedido para el día siguiente.

En efectivo no le pagaban mucho, pero lo mejor era que parte de la retribución era un buen trozo de carne, fruta y verdura. Cuando su mamá lo veía llegar con la mercadería, se alegraba por la rica comida que iba a poder prepararles con esos ingredientes tan preciados.

En 1942, a los doce años, Julio terminó la primaria. A la hora de resolver si continuar estudiando o dedicarse de lleno al trabajo, el niño optó por lo segundo. Su deseo era cursar la secundaria, pero sabía cuánta falta hacía otro ingreso monetario en su hogar. No había mucho que pensar: estaba dispuesto a sacrificar su educación con tal de mejorar la calidad de vida de su familia.

El director del colegio al que iba, cuando se enteró de la elección, buscó a la madre del muchacho y le preguntó asombrado:

– ¿Cómo que Julio va a dejar la escuela, si es muy capaz en el estudio?

– Es que él no quiere estudiar, piensa seguir trabajando – explicó la mujer, sin muchos rodeos.

Quiero sólo lo nuestro, lo que es justo y debido

Julio inició su vida como obrero y fue pasando de empleo en empleo. La estabilidad laboral o los derechos de los trabajadores todavía eran una utopía.

Entró como cadete en una fábrica de calzados. Allí, fue una de las primeras veces que experimentó el rigor al que los patrones sometían a las personas que tenían a su cargo, a las que trataban como si no fueran seres humanos.

Para evitar tener problemas y no correr el riesgo de ser despedido, en una oportunidad Julio fue descompuesto a cumplir con su labor. Lejos de preocuparse por él o su salud, uno de los jefes se acercó fastidiado y le dijo:

- Julio, ¿por qué perdés tanto tiempo yendo al baño?
- Es que estoy descompuesto, señor. No me siento bien.
- Bueno, ya está; pero que sea la última vez. A partir de ahora no vas más al baño.

Aún con molestias estomacales, más la bronca por la actitud miserable de su superior, el adolescente, al que por las circunstancias le había tocado madurar de golpe, volvió a su casa. Cuando le comentó lo sucedido a su mamá, de forma contundente sentenció:

- Ahí vos no vas más.

Ese no había sido el único abuso de poder del que había sido víctima: también lo hacían trabajar más horas de las acordadas, y jamás le daban un peso extra en recompensa. Ya era rutina que al filo del cierre de la jornada le encargaran algún mandado, que nunca le insumía menos de dos horas realizarlo. Sabía muy bien cuándo ingresaba pero nunca cuándo saldría.

Más tarde, lo tomaron en una panadería, ubicada en la esquina de Chiclana y Urquiza, en Parque Patricios, barrio donde vivía desde antes de tener uso de razón. Justamente estaba ahí cuando, sin saberlo, asistió a un acontecimiento que jamás olvidaría.

El 17 de octubre de 1945, Julio estaba dentro del local, seguro deleitándose con el aroma de los productos recién horneados. A la distancia, algo se escuchaba. No se sabía bien qué era, pero cada vez se sentía más cercano.

El joven empleado salió a la puerta para ver de qué se trataba y vio que por la avenida Chiclana, una manifestación enorme de gente avanzaba hacia el centro. Con la proximidad de la columna, los sonidos que conformaban el bullicio se hicieron más audibles y fáciles de identificar.

– ¡Perón sí, otro no! ¡Queremos a Perón, queremos a Perón! – decían las letras de los cánticos entonados por la masa obrera.

El pueblo, de manera espontánea, había salido a la calle a reclamar la libertad de Juan Domingo Perón, quien luego de ser obligado a renunciar a todos sus cargos gubernamentales, había sido encarcelado en la Isla Martín García.

Pedían por ese hombre que desde la Secretaría de Trabajo y Previsión que él mismo había solicitado crear, les hablaba por primera vez de sus derechos y los convertía en realidad; por ese hombre que cuando había sido nombrado vicepresidente de la Nación, no se había olvidado de ellos.

¿Cómo no iban a manifestarse para exigir su liberación y su restitución si había sido el único que había tomado nota de sus penurias y que implementaba medidas tendientes a dignificarlos? Julio vio a toda esa gente enardecida, fervorosa, y se sumó a la marcha, sin saber que estaba formando parte de un suceso que cambiaría para siempre la historia del país.

“Camino una cuadra y me vuelvo”, pensó, por lo que no creyó necesario avisarle nada a su compañero de trabajo. Pero se entusiasmó tanto al ver que por cada fábrica que pasaban la gente salía y se incorporaba al grupo, que cuando quiso acordar estaba en Plaza de Mayo, a la que todavía no conocía.

La movilización inicial, que abarcaba el largo de dos cuadras de la ancha avenida Chiclana, terminó extendiéndose por veinte. Una multitud proveniente de Boedo, Parque Patricios y ale-

daños, engrosó el gigantesco número de obreros que llegaban desde distintas localidades.

Cuando regresó a la noche, exultante por la experiencia vivida y por haber logrado el objetivo, el cadete que se había quedado solo en el negocio estaba que trinaba.

– ¿Dónde te habías metido? ¡Te busqué por todos lados! – inquirió indignado.

Julio, radiante, le contó todo lo que había visto y oído, y cómo había llegado tan lejos.

– Eso no lo hagas más, ¡o por lo menos, avisá!

Esa jornada, que marcó un antes y un después en la política argentina, fue también determinante en la vida del joven trabajador. Con sólo quince años, se embanderó detrás de ese movimiento que había comenzado a gestarse con la justicia social como meta.

Siempre tuve una bandera con los colores de la primavera

De cara a las elecciones de febrero de 1946, Julio, junto a hermanos y amigos, salía a las calles a pintar en las paredes leyendas en apoyo a la fórmula del Partido Laborista, compuesta por Juan Domingo Perón y Hortensio Quijano. Era una forma de demostrar el respaldo a la dupla, ya que por la edad que tenía todavía no estaba habilitado para sufragar.

Esos fueron los últimos comicios presidenciales en los que sólo pudieron ir a las urnas los hombres. El triunfo del binomio Perón–Quijano fue contundente: casi el 53 % de los votantes los había elegido.

Bajo el primer mandato de Perón como Jefe de Estado,

en el año 1951, la familia Morresi pudo abrir una pequeña fábrica de calzados propia. En ella ponían todo su empeño el padre y los cuatro hijos varones, quienes de a poco fueron incorporando obreros, hasta llegar a tener quince en el momento de máximo esplendor.

Como eran personas de buen corazón, ellos no aplicaron la misma dureza que habían sufrido en carne propia en sus distintos empleos. Si los trabajadores debían llegar un rato más tarde por alguna cuestión personal, no había problema; lo mismo si en cierta ocasión estaban descompuestos o enfermos. No querían convertirse en el estilo de patronos a los que ellos repudiaban.

Ese mismo año, Julio salió sorteado para hacer el Servicio Militar Obligatorio. Los números no estuvieron de su lado y le tocó cumplir con su deber cívico en la Marina. Mientras fue colimba¹¹, empezó a conocer el imaginario de una de las instituciones que más tarde sería responsable de uno de los períodos más negros de la historia nacional y latinoamericana.

Le tocó, por ejemplo, vivenciar el levantamiento del general Benjamín Menéndez en Puerto Belgrano, donde vio a los oficiales y los guardias apostados en los buques con armas largas en las manos, preparados para matar si era necesario. Resulta evidente que la vocación homicida mostrada luego en la década del 70 no había surgido de un día para el otro.

Luego de la Revolución Libertadora de 1955, Julio se sumó a la resistencia peronista; en compañía de otros jóvenes, por las noches salía a enmendar los grafitis formados por una “C” encimada a una “V”, que significaban “Cristo vence”. Con un carbón en la mano cada uno, porque no tenían plata para comprar pintura blanca o cal, convertían la “C” en una “P”: “Perón vuelve”.

A raíz de esa actitud, en más de una oportunidad participó de

¹¹ Término utilizado en Argentina para designar a los soldados jóvenes que cumplían la instrucción militar obligatoria. Es un acrónimo formado por la primera sílaba de las tres actividades más habituales con las que debían cumplir: correr, limpiar y barrer.

algunos altercados con los integrantes de la Acción Católica, autores de los mensajes, que se enojaban por las modificaciones. En una ocasión, doce muchachos de la organización religiosa fueron a increpar a los peronistas por los tachones.

Ante el talante pendenciero de quienes debieran haber puesto la otra mejilla y tratar bien a su prójimo, los defensores del presidente derrocado les preguntaron:

– ¿Por qué vienen a pintar esto acá? ¿Por qué no lo hacen por el barrio de ustedes?

– Porque queremos venir acá- respondieron desafiantes.

– Bueno, muy bien: mientras ustedes no cambien de postura, nosotros vamos a seguir haciendo lo mismo.

El tono del intercambio verbal fue subiendo rápidamente de tono y el primer empujón no tardó en llegar; si eran honestos, el domingo deberían confesarlo ante el cura. El grupo al que pertenecía Julio estaba en inferioridad numérica, pero tenían un as en la manga: entre los seis o siete que eran, había uno muy alto y corpulento, al que le decían “Babi”. Frente a la provocación, el joven reaccionó y le aplicó una trompada a uno de sus rivales, que lo hizo aterrizar.

Los compañeros del agredido no se quedaron atrás y se lanzaron a responder con golpes de puño. Como los jugadores de fútbol que suelen calificarse de “distintos” porque siempre tienen una jugada más en la galera, Babi siempre tenía una sorpresa guardada para defenderse y defender a sus amigos: tomó una de las latas de pintura que esa vez, con sacrificio, habían podido hacer con cal y la vació sobre uno de los contrincantes.

Fuera de todos los pronósticos, el pibe, en vez de enfurecerse, se largó a llorar.

–¿Y ahora qué le digo a mi mamá?

–Y bueno, decile que donde estaban pintando, en Parque Patricios, en vez de llover agua llovía cal y que te enchastraste todo – contestó Babi con ironía.

A la escena le puso otro poco de adrenalina la llegada de

un auto con policías vestidos de civil, quienes les habían dado el aviso a los de la Acción Católica sobre la presencia de los muchachos peronistas. Se bajaron del coche, uno de ellos empuñando un arma de fuego, pero antes de que pudiera usarla, Babi le propinó una patada a su portador y el revólver fue a parar debajo del vehículo.

Ese fue el momento en el que Julio y sus compañeros decidieron emprender la retirada, no por cobardes, sino porque estaban en desigualdad de condiciones. Lo que comenzó siendo una riña callejera a mano limpia, con reglas claras, por la deslealtad del otro bando se estaba convirtiendo en algo oscuro y pesado.

Tus ganas de intentar, tus ojos de soñar

Julio, por aquellos años, estuvo de novio con Irma, con quien se casó en 1957. Tan sólo un año más tarde, el 21 de mayo de 1958, llegó al hogar el primer bebé del feliz matrimonio. ¡Con cuánta alegría y ansiedad lo esperaban los dos!

Su papá, ni bien supo del embarazo de su esposa, deseó con todas sus fuerzas que fuera un varón. En realidad, lo principal para él era que fuera sano, pero estaba ilusionado con la posibilidad de tener un nene. Se imaginaba cuando ya pudiera llevarlo a pelotear al Parque Patricios o cuando compartieran la pasión por Huracán.

A modo de reaseguro de que el bebé por lo menos tuviera algún sello de su fanatismo por “El Globo”, lo bautizó Norberto en homenaje al famoso jugador del club, Norberto “Tucho” Méndez, de quien admirador y que en esos días, mostraba sus últimos firuletes antes del retiro.

Para agigantar su felicidad, en 1962 nació otro “machito”, al que llamaron Claudio. De pequeños, los hermanos disfrutaban mucho de jugar al fútbol, y de hecho, lo hacían muy bien. Julio los había anotado en el club Bristol, que era del barrio, y los dos daban que hablar: Norberto era un cinco muy aguerrido y Claudio, un gran goleador. El día que debutó, con tan sólo nueve años, metió cuatro goles.

Norberto también se destacaba como alumno en el colegio. Su gran capacidad de estudio lo llevó a finalizar la primaria con notas altísimas, medallas y cuadro de honor. Sus padres estaban orgullosos de sus logros, pero lo que más los reconfortaba era la bondad y la nobleza que demostraba en cada gesto.

A muy corta edad, un día volvió de la escuela con dos chicos que vivían en la calle. Los había visto sentados en la vereda, tiritando de frío, y se había conmovido. A uno de ellos, le regaló el pullover que llevaba puesto y los invitó a ambos a ir con él a su casa a comer algo; suponía que también les haría falta un buen plato de comida caliente.

Cuando llegó Julio del trabajo, encontró a su hijo y a los dos visitantes sentados a la mesa, comiendo. Sin preguntar nada, los saludó cálidamente e Irma, por lo bajo, le explicó la situación.

Al irse los chicos, que habían devorado hasta el último bocado de su ración, Norberto, preocupado, le dijo a su padre:

– Papá, ¿no te enojaste, no?

– No, más vale que no, hijo – lo tranquilizó, mientras le daba una palmada en el hombro.

– ¿Sabés por qué los traje? Estaban muertos de hambre y de frío. Me saqué mi abrigo, total yo tengo dos, y se lo di a uno. También los quise convidar con algo rico. ¿Y cómo iban a comer en la cocina, parados, si son iguales a nosotros?

Julio, sin proponérselo, con su ejemplo y su militancia había sembrado en su hijo la inquietud por los desprotegidos, la solidaridad y la generosidad. A pesar de que jamás lo instó a ser peronista, el joven creció viendo el proceder de su padre y eso

fue más que suficiente para templar su carácter.

Toda esa vocación de servicio se potenció cuando en el año 1974, con dieciséis años, comenzó a militar en la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), una organización de alcance nacional, alineada con el justicialismo. Junto a varios compañeros de la escuela N° 1 Bernardino Rivadavia, ubicada en la Avenida San Juan al 1545, acudían a la Villa Zavaleta, también conocida como 21-24, a brindar ayuda escolar a los niños y a alfabetizar a los adultos.

Después de la primera vez que pisó el asentamiento, volvió consternado por cómo vivían sus habitantes y fue a raíz de esa experiencia que sintió la necesidad de realizar aquel trabajo social en la zona. Para alegrar a los más chiquitos y transmitirle valores morales al mismo tiempo, realizaba funciones de títeres o se disfrazaba de payaso.

Fue en esa etapa de su vida que lo fueron a buscar para ficharlo para las inferiores de Huracán y él, con total convicción, renunció a esa oportunidad por la que cualquier otro chico de su edad hubiera dado la vida.

– Les agradezco que me hayan tenido en cuenta; el fútbol es mi pasión, pero ahora estoy haciendo cosas más importantes – argumentó con gran madurez y seriedad.

Hay más piedras en el camino que las que podrías contar

En 1975, con diecisiete años, Norberto egresó del secundario. Al igual que en la primaria, lo hizo con excelentes calificaciones en todas las materias, menos en su preferida: para no ser tildado de 'traga', decidió llevarse Historia a diciembre.

Ante las advertencias de su padre, que se preocupaba mucho por el panorama cada vez más riesgoso para los militantes populares, él trataba de calmarlo; más, luego de las amenazas que había recibido por repartir volantes en la calle.

– Tranquilo, viejo. No pasa nada.

Pero la realidad era que pasaba de todo: la Triple A estaba actuando sin ningún tipo de reparo, las detenciones ilegales eran algo de todos los días y las torturas también.

En los primeros meses de 1976, Norberto inició el curso de ingreso de la carrera de Historia, en la Universidad de Buenos Aires, por lo que dividía su tiempo entre el estudio, la militancia y un pequeño trabajo.

El viernes 23 de abril se despidió muy temprano de sus padres, que todavía estaban en la cama.

– Mami, viejo, no se preocupen si hoy llego tarde, porque después del laburo tengo el cumpleaños de un amigo – les avisó antes de irse.

El día transcurrió con absoluta normalidad y al momento de la cena, a eso de las nueve de la noche, sonó el teléfono. Creyeron que tal vez era Norberto, que llamaba para avisar que había llegado bien a la casa donde se realizaría el festejo. Sin embargo, resultó ser todo lo contrario: era el cumpleañosero, inquieto, preguntando por su amigo, porque aún lo estaban esperando.

– Es raro: él no es de llegar tarde a ningún lado – dijo el muchacho del otro lado del tubo.

– ¡Uh! No sé qué le puede haber pasado... – respondió Julio, turbado.

Media hora después, el teléfono volvió a sonar. Nervioso, atendió enseguida, casi sin dejar completar el primer “ring”.

– Hola, ¿hablo con el papá del “Rata”?

– Sí, el mismo.

– Soy un compañero de militancia de él. A Norberto tiene que haberle pasado algo, porque hace rato que tendría que haber-

nos traído unas cosas y no llegó nunca. Él siempre cumple.

La desesperación cundió en cuestión de segundos. Este llamado no hacía más que confirmar que algo no estaba bien. Lo primero que pensó Julio fue que lo habrían detenido por hacer alguna pintada en la calle, algo menor, por lo que empezó a llamar a las comisarías. En ninguna sabían nada. También le pidió ayuda a un subcomisario, padre de compañero de colegio de Norberto, pero no hubo caso.

Irma y su esposo se sentaron en la puerta a esperarlo. Tenían tantas ganas de verlo llegar sano y salvo, que querían ahorrarse ese minuto que pudiera tardar en caminar la cuadra y abrir la puerta.

Pasó la noche entera y no tuvieron ni una sola noticia de su hijo. El sábado, Julio recorrió la ciudad de punta a punta, esperando encontrarlo en algún lado, pero parecía que se lo había tragado la tierra.

Buscaron en los hospitales, por las dudas de que alguien lo hubiera golpeado y estuviera internado, con pérdida de memoria; no lo hallaron. Cuando fueron a la comisaría 32 de Parque Patricios a hacer la denuncia, tuvieron la primera muestra de las humillaciones, las mentiras y los maltratos que de manera sistemática recibirían cuando fueran a hacer averiguaciones a distintos lugares.

El oficial que los atendió en la dependencia policial de la calle Caseros, ante el asombro de Julio e Irma, caratuló el caso como “fuga de hogar”.

– ¿Cómo “fuga de hogar”, si mi hijo vivía feliz en casa? – reprochó irritado.

– Tiene 17 años; se habrá entusiasmado con alguna negrita y se fue – deslizó con descaro el efectivo.

Era, calcado, el discurso que le habían dado a Bruno Palermo cuando había ido a reclamar por su hijo, también desaparecido y vecino de Parque Patricios, a Campo de Mayo.

Ese mismo sábado, al otro día de la desaparición de su her-

mano y a cinco de cumplir catorce años, Claudio debutó en las inferiores de Huracán. Ni su papá ni su mamá pudieron ir a verlo, tal como hacían siempre, porque estaban moviendo cielo y tierra para encontrar a Norberto. Esa vez lo acompañó uno de sus tíos, quien para aliviarle la angustia y para que pudiera disfrutar del logro, antes de comenzar el partido se acercó al alambrado y le dijo que Norberto había llamado, que estaba bien.

Escudados en su Dios, crucificaron la paz

El padre y los hermanos de Julio le dijeron que no se hiciera problema por el trabajo, que cuando tuviera que faltar, lo hiciera, porque lo más importante era continuar con las investigaciones.

En la Iglesia Stella Maris, donde funcionaba la vicaría castrense, se convirtió en una de las tantas víctimas de la hipocresía de Monseñor Emilio Graselli. El día que fue a probar suerte con él, un soldado que estaba en la puerta con una ametralladora le preguntó a qué iba:

– Vengo a ver al Monseñor Graselli.

– Bueno, vaya por este corredor hasta donde está ese otro compañero. Golpee la puerta y ahí lo van a atender.

Recorrió el pasillo, tocó con sus nudillos la madera y en el umbral apareció un hombre de civil que, una vez más, lo interrogó sobre el motivo de su presencia allí.

– Vengo a ver al Monseñor Graselli – repitió Julio, a la par que acotó – para saber algo de mi hijo.

– Mire: usted está detrás de ese señor y esa señora, así que espere.

Cuando le tocó su turno, un cura de unos 45 años, vestido

con la sotana negra de fajina, lo atendió y le hizo un sinfín de preguntas sobre su caso.

– ¿17 años y militante de la UES? Yo he averiguado muchos casos de jóvenes que los pudieron recuperar y que están viviendo nuevamente en sus hogares.

Julio se ilusionó mucho con esa respuesta; era el primer dato positivo que escuchaba desde que había desaparecido Norberto.

Graselli, que anotaba todas las respuestas de quien tenía sentado enfrente, mutó del modo interrogativo al imperativo sólo en unos segundos:

– Para facilitar el estudio que yo tengo que hacer, usted deme el nombre de todos los compañeros de él, porque de esa forma podemos averiguar bien dónde está su hijo.

Ante el requerimiento, Julio pensó “¿y éste para que me pregunta eso?”. Era de corazón puro y bondadoso, pero eso no quería decir que fuera tonto. Previo a poder contestarle, se le cayó de la mano un crucifijo que llevaba con él. Al agacharse a recogerlo, vio debajo del escritorio un grabador en funcionamiento.

– No Padre, no sé los nombres.

– ¿Cómo? ¿No era tan amigo de su hijo, usted? Esto va a dificultar lo que yo pueda averiguar.

– Lo único que yo sé es que a uno le decían “el Negro” y a otro “el Japonés” – fingió con lucidez el hombre.

Se fue del templo ubicado en Retiro con un sinsabor difícil de explicar. Quienes proclamaban el amor al prójimo, el respeto a la vida y la solidaridad, eran cómplices de los genocidas y represores.

Esa no fue la única experiencia nefasta con el clero. Un obispo muy importante, al que había accedido gracias a un amigo, lo recibió junto a su esposa.

Como si fuera una oración que le indicaban luego de pasar por el confesionario, debió repetir otra vez los datos de su hijo y el día de su secuestro.

– ¿17 años? Esto se está poniendo cada vez más difícil, más duro. Se están llevando cada vez más jóvenes – le comentó el

sacerdote a su asistente, haciéndose el desentendido. – Cuando sepamos algo, te lo vamos a comunicar. Mientras, lo que podés ir haciendo es rezar.

– Escúcheme, Padre: yo soy católico. No voy a la Iglesia, pero rezo y creo en Dios. ¿A usted le parece que rezando puedo saber algo de mi hijo? ¿No le parece que ustedes son los que tienen posibilidad de saber lo que pasó con ellos, ya que están tan cerca de los militares? – cuestionó Julio, harto de tantas mentiras.

Fue lo mismo que si no hubiera dicho nada, porque el prelado volvió a decir:

– Bueno, si sabemos algo, te lo vamos a comunicar.

Es el día de hoy que está esperando que alguien lo llame de parte de él, con algún dato certero.

No me dejes nunca caer

Las noches, que antes le brindaban un descanso reparador tras la larga jornada de trabajo en la fábrica, ahora se hacían eternas. No había forma de pegar un ojo en esas circunstancias: no podían dormir pensando cómo estaría Norberto. Si hacía frío, rogaban por que estuviera abrigado y le dieran bien de comer. Los días calurosos se preguntaban si tendría agua para beber.

El dolor que Julio e Irma sentían por la ausencia de su primogénito, los unió más como pareja y puso en evidencia la solidez del amor que se tenían. Sin dudas, era el momento más duro que les había tocado vivir y decidieron afrontarlo juntos, uno al lado del otro, como habían hecho también con los más gratos.

Julio, en su interior, sentía culpa por lo que le estaba pasando

a Norberto. Creía que era su responsabilidad que se hubiera hecho peronista, que de tan chico haya tenido semejante inclinación a luchar por la justicia social. Nunca le había indicado qué ideología elegir y ni siquiera le había sugerido que militara. El único evento al que lo había llevado con él, porque se suponía que sería una verdadera fiesta popular, fue al retorno de Perón, a Ezeiza.

Él no podía evitar sentirse así, y sin embargo, Irma jamás le reprochó nada. Sabía muy bien a quiénes les debía que la pieza de su hijo estuviera vacía, a la espera de que un día volviera a dormir en ella.

En el interior de las puertas de su ropero, Norberto había escrito una estrofa de un poema y una frase, como si fuera plenamente consciente de su destino, como si quisiera transmitirles calma a sus padres para cuando él no estuviera.

La primera decía:

*La vida no es la vida que vivimos,
La vida es el honor, es el recuerdo
Por ello muertos hay que viven en el mundo
Y hombres que en el mundo viven muertos*¹².

La otra rezaba:

Es preferible morir de dolor que de vergüenza.

¹² Estrofa de un poema de Antonio Muñoz Feijoó (1851-1890), nacido en Popayán, México.

Haciendo abuso de autoridad, se llevan hasta la integridad

La búsqueda que Julio, en un principio, había emprendido solo, para preservar a su mujer de cualquier peligro, luego la siguió junto a ella. Las horas en las que Irma esperaba el regreso de su marido, deseando con todas sus fuerzas que hubiera encontrado alguna pista, se hacían interminables y no ayudaban en nada a la depresión en la que había caído. Por eso decidió que su lugar en esta pelea era al lado de él, en la calle.

A los hospitales y las iglesias, sumaron las visitas a cuarteles y manicomios. En la desesperación por hallar a su hijo, no había hipótesis que se descartara: pensaron que podría haber enloquecido a causa de las torturas y haber sido encerrado en un centro de salud mental.

Al llegar a la puerta, las recepcionistas les decían de forma tajante:

– Acá solamente hay locos. ¿Cómo va a haber detenidos en este lugar?

A veces, los dejaban pasar y cuando entraban, buscaban entre la cara de los internados la de Norberto, pero nunca la hallaron.

Entre tanta gente que conocieron en esas largas mañanas y tardes que dedicaban a la indagación, alguien les recomendó que fueran a la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos; otra persona les sugirió que se acercaran a Plaza de Mayo, porque ahí, desde hacía algún tiempo, se juntaban las madres de jóvenes desaparecidos para reclamar información sobre su paradero y su aparición con vida.

Allá fueron Julio e Irma, que estaban dispuestos a dar hasta el último hálito con tal de recuperar a su hijo. Por su seguridad, no tardaron en adaptarse a las reglas de juego que la policía montada a caballo les imponía a la fuerza.

Una de las pocas veces –sino la única– que un grupo de padres pudo traspasar el vallado para acompañar en la ronda a

sus esposas, se vivieron momentos de gran tensión. Los uniformados los provocaban insultando a las mujeres, para buscar su reacción y tener algún motivo para detenerlos.

Julio, por más que suponía cuál era la artimaña y que se había propuesto no entrar en el oscuro juego, no pudo contenerse al oír un agravio dirigido a Irma y salió en su defensa. Estaba a punto de encarar al que había proferido aquellas palabras, pero su compañera lo detuvo y lo salvó de que fuera llevado a prisión – en el mejor de los casos-.

– Ustedes son unos calentones. A partir de ahora, cuando vengan, quédense allá en la recova a esperarnos- les ordenaron las valientes madres para evitar problemas.

Así hicieron. De todos modos, aunque hubieran pretendido volver a intentar franquear las barreras, tampoco hubieran podido hacerlo porque las fuerzas policiales les denegaron por completo el acceso. “Sólo mujeres” era la consigna.

Además de acudir cada jueves a la plaza, otro espacio de contención fundamental para Julio e Irma fue el organismo “Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas”, donde sus integrantes comprendieron más que nunca que, de verdad, la unión hacía la fuerza.

Sin pensarlo ni buscarlo, las duras circunstancias que vivían los habían puesto a transitar el mismo camino y ahora eran ellos los que elegían juntarse, apuntalarse y acompañarse en esa batalla por sus seres queridos.

Dentro de la entidad, con el tiempo Julio se convirtió en uno de los referentes indiscutibles. Con su carácter sereno y su ternura, acogía a quienes se acercaban a buscar colaboración para iniciar o continuar su pesquisa. Lo mismo sucedía con los demás integrantes que ya llevaban varios meses participando de ese espacio de reunión e intercambio, que guiaban a los más nuevos.

Mientras las víctimas se organizaban sin el más mínimo ánimo de venganza, la maldad de los victimarios parecía no tener

límite. Por un lado, Julio recibía llamados intimidatorios, con los que pretendían ponerle fin a sus intensas gestiones.

– Usted, con lo que está haciendo, va a perjudicar a su hijo
– decía la voz anónima que intentaba invertir la culpabilidad de los hechos.

Por el otro, cada vez que probaba suerte al entrevistarse con algún militar, gracias a contactos de gente amiga, salía destruido anímicamente. Una de las peores respuestas que debió escuchar se la dio un coronel:

– Haga de cuenta que su hijo está enfermo de cáncer. Hay dos opciones: o está con un buen médico o con un carnicero. Ruegue que no esté con el carnicero.

Hay cierta gente que – ya se sabe – saca provecho de la ocasión

Ya tres años habían pasado en la casa de la familia Morresi. Claudio, casi tenía la edad que Norberto al desaparecer y estaba cursando el último año del secundario. Sus padres lo cuidaban más que nunca, y las pocas alegrías que habían vivido en ese último período se las debían sólo a él.

Un día de 1979, sonó el teléfono y Julio fue a atender, por las dudas de que se tratara de una nueva serie de amenazas. Para su sorpresa, una voz femenina le trajo buenas noticias: lo llamaba de parte de un tal Capitán García y le aseguró tener información sobre su hijo.

En una de las citas que arreglaron en un bar de Caballito, la mujer, a la que Julio idolatraba, les dijo:

– En el lugar donde está el suboficial encargado de esta in-

vestigación, hay un chico con todas las características de su hijo. Pareciera que está ahí, junto con el hijo de un general. Quédese tranquilo que no está en un sitio feo ni lo maltratan. Sólo lo hacen trabajar para que se entretenga, y hasta le dan de comer. Él, de noche, cuando le llevan la cena, pide que se la cambien por manzanas verdes.

En el mismo instante en que el matrimonio escuchó ese comentario, el corazón les estalló de felicidad; sin dudas, era Norberto, no necesitaban otra confirmación. Él, cuando estudiaba de noche, le pedía manzanas verdes a su madre, quien se las lavaba para que pudiera comerlas con sus enormes paletas.

El próximo llamado telefónico, luego de semejante satisfacción, no fue nada prometedor.

– La situación se está poniendo complicada. Parece que los van a trasladar, y el traslado significa la muerte.

– ¿Cómo? ¿Ahora que los encontraron los van a matar? – cuestionó desesperado.

– Usted no se preocupe: el general va a tratar de hacer algo. Todo lo que realice él por su hijo, nosotros le vamos a pedir que lo haga por Norberto.

– ¡Por favor, haga lo que sea!- suplicó con la voz temblorosa.

– Por lo pronto, va a haber que hacerle los documentos por las dudas de que intenten sacarlo del país. Vamos a tener que tramitarle pasaporte y documento clandestinos y eso cuesta plata.

– No importa. ¡Se trata de la vida de mi hijo!

– Bueno, denos mil o dos mil pesos para hacer eso.

Julio y su esposa no sólo le llevaron más plata de la que pedía, por si necesitaba más, sino que también le alcanzaron de obsequio un par de zapatos finos, confeccionados por él mismo, y una cartera haciendo juego.

A los tres días, el timbre del teléfono se oyó otra vez.

– Las cosas, de a poco, se están poniendo más claras: lo van a sacar de Argentina, junto con el hijo del general. Los van a llevar a Suiza. Como es un lugar donde hace mucho frío, van a

tener que darnos ropa de abrigo para dársela a él y dinero para el viaje, porque con lo que el general puso, no alcanza. Todo lo que usted pueda conseguir de plata, tráigala para salvar a su hijo. La única forma de hacerlo es sacándolo en ese vuelo.

Como buen equipo que era, la pareja se dividió las tareas: Irma se puso a tejer día y noche pulóveres, bufandas y gorros para que Norberto no pasara frío en el exilio, y Julio se dedicó a juntar todo el dinero posible. Reunió los ahorros de años, con los que pensaba comprarse la primera casa propia; las alhajas de su mujer; cheques firmados por sus hermanos. En total, logró sumar cincuenta mil dólares o un poco más tal vez, y se los llevó a la intermediaria.

– Ya con esto, el día martes o miércoles lo sacan del país-severó, mientras contaba los billetes.

– ¿Ya lo sacan? ¿Yo no lo puedo ver?

– Sí, lo va a poder ver, pero después. Hágase un pasaporte para irse a Suiza, así se encuentra con él allá. Usted véngase martes o miércoles, que yo le voy a traer algo escrito por su hijo, algo dedicado a ustedes, para que sepan que es él el que se está yendo al extranjero.

Con gran expectativa y felicidad por haber podido hacer algo por Norberto, Julio acudió a la cita. Tocó el timbre y esperó a que bajara alguien, pero eso no sucedió. Impaciente, llamó al domicilio del portero.

– Escúcheme, ¿la señora del cuarto piso está?

– No, yo no sé nada; no sé nada.

– Pero yo le estoy preguntando si está o no está, nada más.

– Yo no sé nada. Lo único que sé es que se mudó de acá.

– ¿Cómo que se mudó?

– Sí, este fin de semana se fue, pero no sé adónde, así que no me comprometa.

Muy decepcionado, Julio se dio cuenta de que habían jugado con su dolor y el de su esposa, el más profundo que puede sentirse en la vida, como es el que genera la pérdida de un hijo.

Más tarde, con los años, comprobó que el grado de cinismo de los estafadores, y el de odio de los militares, no podía haber sido mayor: Norberto había sido detenido a las 10.30 del mismo 23 de abril de 1976 y asesinado horas más tarde, de seis disparos en la cabeza, efectuados a muy corta distancia. Junto con él estaba un compañero, Luis María Roberto, de 34 años de edad, que también fue ultimado junto con el adolescente, en unos descampados pertenecientes al Banco Hipotecario, en Villa Recondo. Efectivos de las tres fuerzas armadas y la Policía Federal los capturaron en la intersección de las calles Perito Moreno y Directorio, cuando iban a bordo de un auto transportando un paquete con ejemplares de la revista Evita Montonera, que debían entregar en la parroquia de la villa Zavaleta.

Además del espanto de saber que su hijo había muerto así, de una forma tan cruel, comprendió cuánto le habían mentido durante tanto tiempo muchas de las personas a las que había recurrido con el anhelo de averiguar algo. Lo único que lo consoló al conocer estas circunstancias fue que casi no hubo tiempo para torturas.

En la injusticia, la luz del amor para enterrar el dolor

El retorno a la democracia encontró a Julio y a Irma aún con esperanzas. En 1983 todavía no conocían la información sobre el asesinato de su hijo y a pesar del chantaje del que habían sido víctimas, se ilusionaban con la posibilidad de que Norberto estuviera con vida en Suiza y regresara al país. La mención al gusto del chico por las manzanas verdes era lo que los mantenía expectantes, pero en realidad los embusteros habían obte-

nido ese dato infiltrándose en las reuniones de los organismos de derechos humanos y las marchas.

La incertidumbre se acabó en 1989, con el llamado de Maco Somigliana, uno de los integrantes del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF). Quería darles la noticia de que era muy probable que hubieran localizado los restos de Norberto, gracias a los datos hallados en una carpeta que, entre tantas otras, el cuerpo del Ejército 1 había llevado a los tribunales.

Julio, Irma y Claudio presenciaron la exhumación de los huesos en el cementerio de General Villegas. Parados al costado de la excavación, los tres siguieron de cerca el proceso que con cucharines y pinceles, llevaron a cabo los profesionales.

Un impulso de tirarse a abrazar los restos de Norberto se apoderó de Julio, pero su esposa y su hijo menor lo detuvieron. Luego de hacer los estudios correspondientes, pudo determinarse que en un 100% esos eran los despojos del cuerpo del joven de diecisiete años, y se los entregaron en una caja a la familia para que pudiera inhumarlos como correspondía.

Fue muy duro el impacto de recibir en un recipiente tan pequeño los huesos de alguien tan vivaz y lleno de alegría, pero sirvió para poner fin a las quimeras de volver a verlo con vida.

En el cementerio de Flores, en el marco de una misa oficiada por el Padre Luis Farinello y con la presencia de más de mil personas que quisieron acompañar a la familia Morresi, la urna con los restos de Norberto fue depositada en su destino final. Allí puede ir Julio, periódicamente, a hacer uso del triste privilegio de saber dónde está su hijo, ese que hoy debiera tener 56 años y muchos años por vivir por delante.

Nada sé de la muerte, me interesa la vida

Ochenta y cuatro años de vida parecen no ser impedimento para Julio a la hora de seguir luchando. Es dueño de una vitalidad asombrosa y de un buen humor contagioso, que supo conservar a pesar de los golpes recibidos.

Con gran ímpetu, participa de cuanta marcha o evento por los derechos humanos hay, y cada martes es de los primeros en llegar a la sede de Familiares, ubicada en Riobamba 34, enfrente a uno de los laterales del Congreso, para organizar la reunión semanal con los demás integrantes.

Colmado de satisfacción y muy emocionado, asiste a cada homenaje que se realiza en memoria de Norberto, como el bautismo de un aula del Colegio Bernardino Rivadavia con el nombre de su hijo; o la colocación de una baldosa en la vereda de la casa en que vivían en 1976, sita en Garro al 3173. También, desde el 21 de mayo de 2013, fecha en que el joven militante de la UES hubiera cumplido 56 años, una escuela vespertina de reingreso, del barrio de Parque Patricios, lleva por nombre “Norberto Morresi”, como resultado de la elección de toda la comunidad educativa.

Asimismo, tiene en su haber varias distinciones a su trayectoria como defensor de los derechos humanos, como la que en 2009 le entregó la Legislatura Porteña, como personalidad destacada, o el premio “Azucena Villaflor” que en 2010 recibió de manos de la Presidenta, junto a Marcos Weinstein y Bruno Palermo.

Su hijo Claudio, que llegó a jugar en la primera división de Huracán, River y Vélez, hasta febrero de 2014 fue Secretario de Deportes de la Nación, mes en el que renunció para hacerse cargo del Observatorio Nacional del Deporte y Actividad Física. Gracias a él tiene tres nietos, a los cuales adora y disfruta ver crecer: Facundo, de 28 años; María Paz, de 26; y Martina, de 15.

Entre los tres suman 69 años, quince menos que los que tie-

ne su abuelo, quien siempre bromea respecto a su edad: “yo no tengo 84 años; tengo cuatro pibes de 21 adentro mío. Tengo mucha juventud acumulada, que es la me impulsa a seguir”.

MATAR A LA MUERTE

“La desaparición es algo más que sus inventores no imaginaron. Es la capacidad de construir sobre el dolor la energía indomable, la energía del compromiso que se proyecta en la vida que queda”.

*Augusto Conte Mac Donell*¹³

Queda tan lejos volverme a ver en el espejo de la niñez¹⁴

Llegó al mundo el 11 de diciembre de 1927. Su primer llanto se oyó en la ciudad de Buenos Aires, distante unos 1729 kilómetros de San Pablo, la metrópolis que muchos años después sería la única testigo de sus lágrimas en uno de los momentos más difíciles de su vida.

Lo bautizaron con el mismo nombre de su papá: Rafael José. Su mamá se llamaba Fernanda Basavilbaso López; era una mujer con cierta afición al dramatismo, con “vocación de mártir”, como le diría su propio hijo más adelante.

Rafael José fue el primero de los seis hijos que tuvo la pareja. A él le siguieron Fernanda María, Rosa María, Helena María, Carlos José y Sofía Celina.

En 1934, el matrimonio tuvo que decidir dónde educar a su primogénito y resolvió anotararlo en el Germania Schule, un colegio alemán. Su papá fue siempre un acérrimo aliadófilo, pero como veía que la figura de Adolf Hitler crecía día a día, creyó que en algún momento el idioma germánico dominaría el mundo. Por eso decidió inscribir a Rafael en una escuela en la que

¹³ Ídem nota 6.

¹⁴ Todos los subtítulos de este capítulo fueron hechos con versos de la cantautora María Elena Walsh.

se enseñaba la lengua del país teutón.

Por aquella época, vivían en la esquina de Pacheco de Melo y Ayacucho, en la casa de la abuela materna del pequeño Rafael. Desde allí, el niño escuchaba sonar la armónica del afilador de cuchillos, la campanilla del lechero y el grito del hombre que pasaba buscando envases para comprar:

– ¡Botellas vacías! ¡Compro botellas vacías! – se oía por las calles porteñas, en los años de la Década Infame.

Tampoco faltaban las voces de los canillitas con sus habituales repertorios de noticias frescas, o la percusión del triángulo metálico del vendedor de barquillos¹⁵, que llegaba al barrio con su típica ruleta. Los chicos primero le pagaban, y luego la hacían girar para ver cuántos dulces les correspondían según el diseño del azar. La mayoría de las veces salía el número 1, que era el que más abundaba, pero también había posibilidades de acertar en el 2, el 3 o el 4. Los comerciantes del rubro, para evitar romperle la ilusión a su clientela infantil, habían eliminado el cero como opción.

A muy corta edad, se despertaron en Rafa las pasiones que lo marcarían para siempre: la escritura y la naturaleza, en especial el mar. La primera de ellas, inevitablemente, vino de la mano con una honda vocación de lector que desarrolló y profundizó a lo largo de toda su vida.

Tres autores que lo supieron cautivar y que leyó una y otra vez, deteniéndose más en las formas que en los contenidos, fueron Jorge Luis Borges, William Faulkner y Joseph Conrad. Se fijaba en cada punto y en cada coma, en el vocabulario, en las repeticiones y la cadencia de las palabras. Recorría las páginas de sus obras por el disfrute que eso le causaba, pero también como una forma de aprender del estilo de los literatos

¹⁵ Los barquillos son golosinas, hechas con masa rígida, sin levadura, habitualmente en forma de cono o triángulo.

a los que tanto admiraba. Soñaba con escribir como ellos, con alcanzar el reconocimiento público y poder vivir de esa actividad, pero la realidad no era tan sencilla. Debió elegir el camino tradicional para alguien de clase media alta: una carrera universitaria, como lo era la abogacía¹⁶.

Cursó todas las materias en la Universidad de Buenos Aires y obtuvo el título con tan sólo 23 años. En Mar del Plata, por aquella época, conoció a Matilde Herrera, una amiga de sus hermanas menores. Se sintió cautivado por su dulzura y su suavidad. Era una mujer melancólica y muy inteligente. También era bonita, pero lo que más lo seducía de ella era el plano intelectual. No era para menos: tocaba el piano, leía mucho y escribía muy bien. La atracción fue mutua y pronto iniciaron un noviazgo que duró dos años, período luego del cual se casaron en 1952.

Te doy eternamente el amor de hoy

Para la luna de miel, se la rebuscaron como pudieron ya que ninguno de los dos contaba con mucho dinero en ese entonces. Empezaron un viaje en un barco de la Flota Mercante del Estado, que partía por un mes, con sólo doce pasajeros a bordo y sin rumbo fijo; adónde hubiera carga, la nave se dirigiría.

Al primer lugar al que arribaron fue a las Islas Canarias; luego llegaron a Haifa, Israel, donde estaba vigente un armisticio. Conocieron también Belén, Nazaret, Venecia y París. En esta última ciudad, Matilde se hizo un test de embarazo con un cu-

¹⁶ A pesar de eso, en febrero de 1950, el escritor Eduardo Mallea seleccionó un poema de Rafael, "Poema de sangre y noche", para publicarlo en el suplemento literario de La Nación.

rioso método utilizado en la época¹⁷.

En la capital francesa, se enteraron que iban a ser padres por primera vez, aunque no fue a una cigüeña a la que le encargaron el bebé. El 3 de febrero de 1953, tras un parto bastante complicado, Matilde pudo tener en brazos a una hermosa nena, a la que llamaron Valeria. Tenía ojos oscuros y piel muy blanca.

Quince meses más tarde, a las 11.30 del 30 de mayo de 1954, nació José. Sus ojos verdes ocupaban un gran espacio de su pequeño rostro. Con el tiempo, esa desproporción entre el tamaño de la cara y los ojos se fue acomodando, y se convirtió en un bebé bellissimo, de esos que parecen de película.

Por último, el 27 de julio de 1956, Matilde dio a luz a Martín, a quien su hermano recibió con total naturalidad y sin ningún tipo de berrinche ni de celos.

Rafael era militante de la Unión Cívica Radical Intransigente, la facción del tradicional partido político comandada por Arturo Frondizi. El líder lo tenía muy bien conceptuado, por lo que lo colocó al frente de la Comisión de Abogados que se encargaba de visitar a los presos políticos peronistas en la cárcel de Villa Devoto.

Luego del triunfo de Arturo Frondizi en las elecciones presidenciales de 1958, Rafael fue designado como director de YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales), puesto en el que se mantuvo hasta 1962, año en el que decidió renunciar.

El motivo de la dimisión fue la anulación de los resultados de las elecciones provinciales del 18 de marzo en las diez gobernaciones en las que había triunfado el peronismo, que por estar proscripto se había presentado bajo el nombre de Unión Popular. En Buenos Aires, había ganado con contundencia la

¹⁷ Se trataba del test de la rana, utilizado hasta los años 60. Consistía en inyectarle la orina de la paciente al animal, debajo de la piel, y si ponía huevos 24 horas después, el resultado era positivo.

fórmula Andrés Framini-Marcos Anglada, pero por la medida antidemocrática y traicionera del líder de la UCRI, que había ganado los comicios de 1958 gracias a los votos peronistas, nunca pudieron asumir.

Rafael apoyaba el programa desarrollista impulsado por Frondizi y Rogelio Frigerio, pero no podía tolerar esa determinación, ya que él había luchado para que el peronismo se reincorporara. A partir de ese momento, comenzó a trabajar en grandes empresas de dos grupos económicos, siempre en cargos jerárquicos.

Tres años antes de desvincularse de la política, también lo había hecho de su esposa. La relación había entrado en un franco desgaste en el último tiempo, aunque él sentía que en realidad ninguno de los dos había sido feliz al lado del otro. Con el dolor del fracaso amoroso, tomó sus cosas y se fue al departamento de un amigo. Matilde se quedó con los chicos en la casa de Cerviño y Libertador; luego se mudó a un departamento más chico, ubicado en Pueyrredón y Mansilla.

Durante el lapso que permaneció sin estar en pareja, Rafael se convirtió en un hombre ermitaño y solitario. Pero ese estado no duró demasiado, porque al poco tiempo conoció a Annelie Keller, con quien se casó y tuvo tres hijos más: Marina, que nació en 1961; Iván, en 1964; y Sebastián, en 1967.

Annelie era una mujer muy hermosa y simpática, con una cierta dosis de locura. Con ella tenía una atracción distinta de la que sentía por Matilde, aunque la convivencia era muy difícil, casi imposible. Esa circunstancia afectaba de forma notoria el ánimo de Rafael, quien comprobaba día a día lo difícil que resultaba alcanzar una tranquilidad y felicidad duradera.

A la mamá de sus primeros tres hijos, le pasaba la mensualidad correspondiente, además de pagarle las cuotas de un colegio privado de barrio norte. Tal como había hecho su padre con él, apostó a que la escuela pudiera formarlos desde chicos en un idioma, en este caso el inglés, que empezaba a cobrar una relevancia cada vez mayor.

Sin embargo, sólo fueron a esa institución los primeros años, ya que Matilde, con la aprobación de ellos, decidió que irían a un colegio público. Por más que Rafael absorbía con comodidad los gastos de la educación, había un abismo entre la modalidad de vida de sus compañeros y la de ellos. El uniforme, el equipo de gimnasia y los demás materiales eran demasiado caros para sus posibilidades.

Libertades siderales desde tan temprana edad

Desde muy pequeños Valeria, José y Martín mostraron una gran inteligencia y sensibilidad. Martín, por ejemplo, a los tres años sorprendió con una pregunta casi filosófica a su padre:

– Papá, cuando el tiempo deje de ser, ¿nosotros vamos a estar?

Rafael lo miró sorprendido y ensayó una respuesta a ese interrogante tan complejo, digno de un pensador griego. En realidad, trató de zafar de la situación como pudo: lo había descolocado un cuestionamiento tan profundo, que contenía en su núcleo un problema de ser y tiempo, proveniente de alguien de tan corta edad.

José, a los ocho años, el día del golpe militar contra el presidente José María Guido, luego de escuchar las noticias en la radio, miró a su madre en silencio unos segundos y con una inocencia conmovedora, le dijo:

– Mamá, ¿por qué los hombres no se quieren?

Tanto por los contactos y amistades de su padre, como las de su madre, los tres hermanos se acostumbraron a deambular por el living de su casa entre políticos, como Frondizi, Frigerio o José Liceaga. Tránsito -la mujer que los cuidaba mientras Matilde trabajaba-, les hablaba de Perón y Evita, y cuando

iban de visita a la agencia de publicidad donde su mamá se desempeñaba como redactora, se codeaban con las figuras más importantes de la cultura de la época.

Tampoco faltaban las cenas con amigos de Matilde en el departamento en el que vivían; en las sobremesas los adultos se quedaban conversando sobre política y los chicos, sentados en el suelo, escuchando. Así, Valeria se hizo muy amiga de Claudia, la hija de Paco Urondo, y de Mini, hija de David Viñas. José, de Diego Conti, hijo de Oski, el dibujante.

En ese clima se criaron, por lo que no tardaron en cambiar las canciones infantiles de María Elena Walsh, por los Beatles, o los cuentos de la misma autora por las obras de Federico García Lorca, Antonio Machado o las noticias internacionales de los diarios.

Alternaban entre la casa materna y la paterna sin ningún problema, aunque pasaban mucho más tiempo en la primera. Se llevaban muy bien con sus hermanos, productos del segundo matrimonio de Rafael, y los querían mucho, pero su hogar era el otro.

Corría el año 1967; con el permiso y el beneplácito de su ex esposo, Matilde organizó clases de marxismo para sus hijos en su casa. El encargado de dictarlas era Ismael Viñas, el hermano de David, que lideraba el Movimiento de Liberación Nacional. Valeria, que tenía catorce años, se incorporó como militante a esa organización, mientras que José, de trece, se involucró con el Partido Comunista Revolucionario.

Su padre también les hablaba sobre Marx y Lenin, y estaba orgulloso de que sus hijos tuvieran esas inquietudes. Mucho más tarde, Rafael descubriría que José, a esa edad, le había robado de su biblioteca personal la obra completa del líder ruso.

– José, es muy difícil que el marxismo pueda desarrollar riqueza. El mismo Lenin habló de la posibilidad de una revolución democrático-burguesa, es decir, hecha por los burgueses, quienes deberían generar riqueza para después distribuirla. El capitalismo puede ser progresista.

– ¡Nunca puede ser progresista el capitalismo, papá! Es egoísta. Produce para él, para la minoría, y nunca distribuye. Sos un iluso si pensás que eso es posible¹⁸.

En las vacaciones de invierno de 1967, Rafa, que trabajaba como gerente de la aerolínea Austral, invitó a Martín y José a ir de paseo a Roma; Valeria no quiso ir. Tenía un carácter muy fuerte y para ella no había grises: consideraba el viaje como un lujo inaceptable para una militante de izquierda.

Por la forma de ser de la muchacha, a su padre le costaba vincularse con ella. Era reacia al trato con él, porque lo consideraba lisa y llanamente un oligarca, tanto por su formación como por el nivel de vida que había alcanzado con su labor en el ámbito empresarial.

Los chicos crecieron e iniciaron su militancia en un contexto de constante represión y prohibiciones. El pelo largo en los varones, circular después de las diez de la noche o la participación en cualquier tipo de asociación juvenil, eran algunos de los motivos por los que podían terminar en la comisaría en cualquier momento. Gases lacrimógenos y corridas en la vía pública era algo de todos los días. Bajo el gobierno de facto de Onganía, y más tarde con los de Levingston y Lanusse, la policía actuaba a sus anchas, haciendo uso y abuso de su poder.

Tuvimos hijos que nos criticaron

La década del 70 encontró a Rafael en una profunda crisis matrimonial con Annelie. Tras siete años ininterrumpidos de

¹⁸ Daglio, J. (2009) *Padres de la Plaza: 10 recorridos posibles*. Buenos Aires: Senda.

matrimonio, entraron en una sucesión de peleas y reconciliaciones. El puntapié inicial lo había dado él al confesar algunas infidelidades; esperaba ser perdonado y poder comenzar una nueva etapa de la relación. Pero a partir de allí, todo se resquebrajó entre ellos y se tornó muy complicado, a pesar de los constantes esfuerzos de Rafael por reconstruir la pareja.

Por otra parte, la frecuencia con la que en esa época veía a Valeria, José y Martín disminuyó notablemente. No sólo sus obligaciones laborales, sus problemas personales y su rol de padre con los otros tres chicos le demandaban mucho tiempo y energía, sino que también sus hijos mayores dedicaban cada vez más rato a la militancia, amigos y noviazgos.

Además, las diferencias de criterios sobre la política y algunos malentendidos contribuyeron a espaciar los encuentros o el diálogo por otros medios. La última vez que Rafael pudo reunirse con todos sus hijos a la vez, los tres del primer matrimonio y los tres del segundo, fue un domingo soleado de la primavera de 1973.

Fue en una quinta que había comprado en Tigre, hacía varios años ya. Al día de campo en familia, también concurrieron los novios de los mayores. Valeria fue con su compañero Ricardo Daniel Waisberg, a quien apodaban Pepe; José, con Electra Lareu, alias Pinky; y Martín, con María Cristina López Guerra.

En ese entonces, las primeras dos parejas ya militaban en el Partido Revolucionario de los Trabajadores; la tercera, se sumaría luego.

Algo poco usual sucedió esa tarde: mientras Valeria caminaba junto a su papá sobre el verde césped, le pasó el brazo por la cintura. Feliz por recibir ese gesto de cariño por parte de su hija, Rafa colocó el suyo por encima del hombro de la joven y aprovechó el clima de intimidad que se había creado para dialogar. Entre los temas que se tocaron estuvieron los motivos de las prolongadas ausencias de ella y sus hermanos. Luego, él le preguntó:

– ¿Cómo se llama tu compañero?

– Pepe – respondió a secas.

– Sí, ya sé que es Pepe. Pero tendrá apellido, ¿no?

– Nosotros no nos llamamos por el apellido, papá. Nos llamamos por el sobrenombre. Él es Pepe y yo soy Vale. Punto.

– Es que yo me formé en una época donde a la gente se la presentaba con el nombre completo. ¿Por qué no me lo das?

¿Cuál es la razón? ¿Tenés miedo de que yo te delate? ¿Qué estás pensando?

– No, no, es una costumbre nada más.

Para preservar el feliz momento de cualquier tipo de enojo u ofensa, Rafael no insistió con el asunto, aunque le fue imposible evitar menear la cabeza en señal de desaprobación. Valeria percibió su malestar y para conformarlo, a regañadientes, deslizó:

– Waisberg.

Ni bien oyó el apellido, gracias a sus conocimientos del idioma alemán, Rafael tomó nota en su mente de que, traducido al español, el apellido significaba “montaña blanca”. “Pepe Montaña Blanca” pensó, y siguió avanzando a paso lento por el predio, abrazado a su hija. Sin saberlo, ese dato, unos años más tarde, le serviría para una de las misiones más importantes de toda su vida.

Más o menos por la misma época, tan sólo un tiempo después de aquella reunión familiar, Rafael tomó un café con José, a solas, en el Bar Otto, ubicado en la Avenida Libertador.

En esa oportunidad, el padre intentó convencer a su hijo de que disminuyera el grado de su compromiso político o, al menos, de que tomara mayores recaudos en su actividad, ya que la violencia y la persecución hacia la juventud militante era cada vez más intensa.

– Hijo, yo entiendo tu convicción y no pido que la abandones, sólo te pido que reflexiones y te cuides. Espartaco, que era un gran guerrero, siempre decía que la primera condición para luchar es estar vivo, ¿sabías?

Lo mismo le planteaba su madre al enterarse de las bajas que ya comenzaban a haber aun en plena democracia. “Hay que desensillar hasta que aclare”¹⁹, les decía parafraseando a Perón, pero ningún argumento surtía el efecto deseado.

En aquella charla entre Rafael y José se produjo un malentendido que recién tendría sus repercusiones años más tarde, bajo plena aplicación del terrorismo de Estado. Para ver si de un modo más crudo y directo persuadía al joven, le explicó:

– En la lógica militar, la tortura es una de las principales herramientas. Si algún día te detienen, con tal de que confieses, te van a torturar. Así lo hacía el ejército francés en Argelia.

Lejos de restringir su participación en el partido, al año siguiente, en 1974, José pasó a formar parte del Ejército Revolucionario del Pueblo, el brazo armado del PRT. Rafael, unos meses antes, el día de su cumpleaños número 46, había empezado a escribir una especie de diario íntimo, al que bautizó “Cuaderno para ser feliz”. En él relataba las vicisitudes cotidianas, sus angustias, sus intentos por combatirlas. Años más tarde, en él escribiría las páginas más dolorosas de toda su vida.

Siempre nos separaron los que dominan

Ese mismo año, al otro día del velorio del profesor Silvio Frondizi, fundador de Praxis y Movimiento de Izquierda Revolucionaria, que había sido asesinado por la Triple A, la policía cayó a la casa de José y Electra, en el barrio de San Justo. Ambos, por seguridad, la noche anterior habían dormido en el centro. Ella

¹⁹ Herrera, M. (1987). *José*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto.

se había ido directo a la fábrica, porque entraba a trabajar a las seis de la mañana. Él, antes de ir a su empleo, había decidido pasar por su humilde vivienda.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta, escuchó que desde adentro alguien gritó “¡Alto!”. Entendió de inmediato que debía huir y comenzó a correr a gran velocidad. Mientras, a través de las persianas, los efectivos de seguridad disparaban. En medio de su escape, se cayó y perdió el saco con los documentos, pero pudo levantarse, llegar hasta la ruta y tomar el primer colectivo que pasó.

Desde aquel día, José y Electra pasaron a vivir en la clandestinidad, circunstancia que preocupaba mucho a su familia, y que impedía verse todo lo que deseaban. Sin embargo, él se las ingeniaba para, de una forma u otra, comunicarse con ellos y pautar citas con mucho cuidado.

Su característico humor no desaparecía ni siquiera en las peores circunstancias, y lo dejaba translucir, por ejemplo, en los remitentes de las cartas que enviaba a sus padres. Un primer sobre que le llegó a Matilde luego de que José iniciara su vida clandestina, decía: “Fortunato Fugatinni. Libertad 1537. Capital Federal”. Días más tarde, Rafael recibía una misiva de parte de él, supuestamente enviada por un tal Armando L.A. Guerra.

Ese mensaje de José, en el que le explicaba algunas cuestiones respecto a su actividad, lo dejó un poco más tranquilo. En él, el joven militante del ERP-PRT exponía los motivos por los cuales su actitud y la de sus compañeros no eran suicidas, tal como su padre le había dicho que la consideraba:

Yo sé que vos no vas a cambiar la forma de pensar, pero hay una cosa que me dijiste la última vez y a mí me dolió mucho, y es eso de que somos como los ‘bonzos’. Por favor papá, no pienses eso. Está bien que no estés de acuerdo, pero el hecho de recordar que vos pensás que me estoy como suicidando, me duele muchísimo. Querido viejo, eso no es así. Los

bonzos creen en la muerte como una herramienta de protesta, y creen en un mundo extraterrenal. Nosotros todo lo que hacemos lo hacemos por la vida, y por la vida han encontrado la muerte muchos compañeros. Pero es un sentido de vida distinto al del sistema burgués. No es la vida de una persona, la vida por durar, la vida por hacerla individualmente más rica y ambiciosa. Es la vida en un sentido mucho más pleno y profundo, es la vida digna de toda la humanidad colectivamente realizada. Es ese amor a la vida, intenso e inquietante, el que estimula todos nuestros actos²⁰.

Como fruto de ese amor a la vida y la gran confianza en el futuro, el 14 de septiembre de 1975 nació Antonio, hijo de José y Electra, y primer nieto de Rafael. Más tarde, el 6 de febrero de 1976, Valeria dio a luz a Tania. La llegada de los bebés a la familia, entre tanto tensión y peligro, fue uno de los pocos motivos de alegría por aquellos días.

Valen más dos temores que una esperanza

Para la fecha en que nacieron sus nietos, Rafael ya no vivía en Buenos Aires. Varias razones lo habían llevado a refugiarse en San Pablo, Brasil, desde los últimos meses de 1975. La principal, era el naufragio de su matrimonio con Annelie; los reiterados intentos por sacarlo a flote no habían dado resultado y albergaba la ilusión de que tal vez, luego de un período de distancia sentimental y geográfica, pudieran volver a vivir juntos, con sus tres hijos, en un nuevo escenario.

²⁰ Ídem nota 19.

Por otra parte, también lo inquietaba la posibilidad de que lo secuestrara alguna organización de izquierda, como ya había sucedido con el Director General de Fiat Concord, Oberdan Guillermo Sallustro, secuestrado y asesinado en 1972 por el ERP. Rafael, que en esa época trabajaba en una empresa cerealera norteamericana, no se sentía seguro quedándose en la Argentina, por lo que pidió el traslado al país vecino.

Además, no quería correr el riesgo de que lo usaran como carnada para capturar a sus hijos y creyó que lo mejor que podía hacer era irse. De ese modo, también podría brindarles un lugar para el exilio, en el caso de que ellos decidieran cruzar la frontera. Esa chance fue una verdadera utopía: ninguno de los tres quiso hacer uso de esa opción.

El proyecto de reparar su situación con Annelie en tierras brasileras, también fracasó. La mujer y sus hijos sólo fueron de visita en algunas oportunidades, pero jamás consideraron seriamente la alternativa de ir a instalarse con él allí. El comportamiento ambiguo de su segunda esposa lo desconcertaba: a veces, creía estar cerca de la reconciliación definitiva y otras, la veía tan lejana como su ciudad natal.

Entre altibajos anímicos, trabajo, algunas amistades, paseos marinos y escritura, pasaba sus días. El 2 de agosto de 1976, de madrugada, sonó el teléfono de la habitación del hotel de Ribeirão Preto donde estaba alojado.

Somnoliento, levantó el tubo y escuchó a Matilde con la voz cargada de angustia.

– Se llevaron a Martín. Me enteré esta noche. A él, a María Cristina y al hijito que esperaban. Por favor, volvé y ayudame a buscarlo – alcanzó a decir antes de dejar brotar su llanto, que fue acompañado por el de su ex marido, a miles de kilómetros de distancia.

Se lo habían llevado el 26 de julio, un día antes de que cumpliera veinte años, pero su familia tardó en ponerse al tanto porque todos los compañeros más cercanos de militancia ha-

bían caído en la misma fecha, por lo que nadie había podido avisarles con mayor rapidez.

Diez hombres armados, vestidos de civil, los habían esperado en el patio de su casa, ubicada en el partido de Tres de Febrero. Cuando ellos ingresaron, fueron apresados, encapuchados y subidos a un Ford Falcon verde, sin patente, que partió a gran velocidad.

– Al que habla, le pasa lo mismo – gritaron los secuestradores antes de partir.

Más tarde, un camión del ejército se detuvo en la puerta y varios uniformados saquearon la vivienda. Tiempo después, cuando Rafael fue a revisarla, descubrió un panorama desolador: los muebles estaban destrozados; el suelo, tapizado de libros, ropa, papeles y retazos de géneros; los colchones, abiertos a cuchillazos.

Martín, el mismo día en que había sido secuestrado, había alcanzado a enviarle a su padre una carta en la que le comunicaba que su tercer nieto estaba en camino:

Tomate un vaso de vino, viene una noticia gorda: ¡VOY A SER PAPÁ! Como dice el refrán, no hay dos sin tres. Vale te dio a Tania y José, a Antonio. Te daré el nombre de tu tercer nieto cuando lo hayamos decidido. Compartiremos, aunque sea desde lejos, esta linda noticia. La semana pasada, el análisis confirmó el embarazo de Cristina. Tendrá un mes y medio, así que llegaría para mediados de marzo²¹.

Según pudo saber luego, en el trayecto hacia el correo, Martín y Cristina se habían cruzado con José. La joven pareja iba feliz con el sobre que depositarían en el buzón para darle la buena nueva al padre y suegro.

²¹ Beláustegui, R. (2008) *El eco de tus pasos*. Buenos Aires: Sin editar.

De los tres hermanos militantes, Martín había sido el último en sumarse al PRT-ERP. Rafael atribuía su incorporación a la actividad política a una muestra de solidaridad para con Valeria y José. Sin embargo, en el último plenario de escuadra²² antes de su detención, había sido nombrado abanderado y mejor compañero.

Martín escuchaba rock nacional y tocaba la guitarra, tal vez intentando imitar en los ratos libres a alguno de sus ídolos. Trabajaba como operario en la empresa de comunicaciones Motorola y era aficionado a la electrónica. El recorrido desde su casa hasta su empleo lo hacía en una moto. Luego Rafael se enteró que la había vendido junto a la guitarra, para donar la plata al partido.

El más chico de los Beláustegui Herrera era dulce y sereno. Con su gran equilibrio emocional y su capacidad para la reflexión, en muchas ocasiones había aconsejado a su padre, quien siempre parafraseaba a Martín Fierro y le decía: “Hijo que da consejos, más que hijo es un amigo”. Al desaparecer Martín, se cerró para su papá una de las pocas posibilidades de diálogo.

Tal vez esa conexión existente entre ambos a pesar de la distancia, hizo que el día del cumpleaños de Martín, sin conocer aún lo que le había sucedido, Rafael escribiera un poema titulado “Angustia”²³.

²² La escuadra era la unidad de organización más pequeña del PRT-ERP.

²³ “En San Pablo/alguien en soledad/voluntaria/no deseada/gira iracundo los brazos/trata de asir afectos/en figuras de humo /cierra las manos y aferra/nada”. Fragmento de “La Angustia”.

Porque el silencio es cruel, peligroso el viaje

Haciendo caso omiso al pedido de Annelie de que se quedara en Brasil, y en respuesta al deseo de Matilde, al día siguiente del llamado se embarcó en un avión hacia Buenos Aires. Entendía el miedo de su segunda mujer, quien creía que era peligroso para Marina, Iván y Sebastián que él volviera al país, pero era tan padre de ellos como de Martín, Valeria y José. No sólo correspondía que se ocupara de hacer las gestiones que requería la situación, sino que sentía la necesidad de hacerlo por el amor que les tenía.

Mientras surcaba los aires, recordó la última vez que había visto a Martín. Había sido en una clínica de Tigre, cuando había ido a visitar a Annelie, sometida a una intervención quirúrgica menor.

– Te acompaño hasta la puerta – le dijo Rafael a su hijo, cuando el joven había anunciado que se iba.

– No, está bien. Quedate viejo. Voy a caminar hasta la estación.

Desde la ventana del sanatorio lo vio avanzar por la Avenida Cazón con su andar tranquilo, hasta que dobló en una esquina. Nunca más lo volvió a ver.

Durante casi una semana estuvo en Capital Federal, haciendo todo lo posible por obtener algún dato sobre el paradero de Martín. En carácter de abogado y de padre, presentó un hábeas corpus. Visitó cuarteles y ministerios, se contactó con integrantes de la jerarquía eclesiástica y militar. Un coronel con el que se entrevistó, encubriendo su cinismo con una metáfora, le dijo:

– Su hijo ha emprendido un largo viaje.

Volvió a San Pablo con la convicción de que lo habían asesinado, al igual que a su nuera. Recién años más tarde, supo que no necesariamente los mataban de forma inmediata a la captura, y que a las embarazadas las ultimaban luego de hacerlas parir, por lo que su nieto debía haber nacido en cautiverio.

Días después de su regreso a Brasil, escribió el poema “Recuerdo de Martín”. En esa etapa, el cuaderno en el que desde 1973 relataba sus pesares, sus reflexiones, sus alegrías y contradicciones, se convirtió en un espacio fundamental de catarsis. A partir de la desaparición de Martín, durante medio año no tuvo ni un solo llamado de Valeria, ni una carta ni telegrama de José. Tampoco Annelie se comunicó por ningún medio, ni se ocupó de hacerle llegar algunas líneas de sus hijos. La falta total de contacto con familiares y amigos le agregaba más dramatismo a sus días.

“Ni la más mínima brisa llega del sur para templar mi solitaria estadía en la tierra extranjera”, apuntó en esas hojas que de su propósito original no tenían nada.

Una epístola de José, fechada el 5 de octubre de 1976, llegó a sus manos para romper, de una vez por todas, el silencio que tanto lo afligía. En ella le manifestaba su alegría por su viaje a Buenos Aires en el que había realizado trámites y averiguaciones por Martín. Pero por otro lado, con vehemencia y honestidad, le revelaba el motivo de su alejamiento.

Viejo, cómo me retuerce el corazón el recuerdo de aquella charla en un bar de la Avenida Libertador, creo que fue hace más de tres años, cuando como justificando la tortura me dijiste: ‘es la única manera de que hablen’. No sé si fueron esos los términos, no sé, o no quiero saber si lo dijiste, pero me pesa el espíritu de una conversación en la que vos te aferrabas a aspectos extraños, técnicos, despojados de todo contenido humano. Y me golpea hoy la conciencia, es cierto. Me resta preguntarte ¿Fue una actitud ligera, producto de una discusión picante? ¿O era tu convicción? ¿Cómo has evolucionado, o no, en eso? ¿Cómo repercutió en vos la desaparición de Martín, desde ese punto de vista? Lo más probable es que hayas echado un telón sobre esto y que el mecanismo superficial de tu vida ‘ejecutiva’ te permita separar lo inseparable, aquello que va tan unido

como la materia con el espacio y el tiempo. Quizás sea duro que te hable así, pero es que yo tengo la convicción de que tenés un gigante humano oprimido en el pecho, porque, a la vez, recuerdo toda tu ternura y tu cariño hacia nosotros. (...) Una vez dijiste que, llegado el momento, estaríamos en trincheras enfrentadas. ¿Será posible que vos veas las cosas así y que yo no quiera comprenderlas, para no verte ‘del otro lado del río de sangre que separa a los argentinos’, como dijera nuestro Comandante? Si pensaras que es así, querido viejo, yo no podría soportar una relación falsa. Yo creo que los campos socialmente están definidos, pero también que, individualmente, a lo largo del proceso, como hojas marchitas de un árbol seco, se van a ir desprendiendo ‘personas’ dispuestas a renacer en una tierra fértil. ¡Te quiero uno de esos! La historia nos demuestra que es así. Y yo ahora, solamente te pido que honestamente unas el dolor por la muerte de tu hijo, un verdadero revolucionario, con el repudio a esos métodos deplorables. No te pido proselitismo, sino una actitud moral²⁴.

Rafael lamentó mucho que su hijo malinterpretara sus palabras y lo creyera capaz de semejantes valores; más aún con los años, porque no tuvo tiempo de esclarecerlo. A pesar del tono general del mensaje, la ternura y el cariño del saludo final sirvió como aliciente.

²⁴ Ídem nota 21.

Porque me duele si me quedo, pero me muero si me voy

El 20 de mayo de 1977 Rafael llegó a Buenos Aires una vez más. Ese día, Valeria y José deberían llamar a la quinta de Tigre, donde vivían Annelie y los chicos, para confirmar su arribo. Sin embargo, el teléfono no sonó, situación que inquietó a su padre. Recién al otro día, sábado 21, se comunicó José con él, advirtiéndole que algo raro debía haber pasado con su hermana, porque no tenía noticias de ella hacía varios días.

– Nada bueno podemos esperar, papá. Ya es casi seguro que la petisa está sufriendo complicaciones. Empezá a movilizarte-pidió el joven, con la voz quebrada por la desesperación.

– ¿Qué hago? ¿Por dónde empiezo? ¡Ni siquiera sé dónde viven! ¿Podés orientarme?

– Tratá de hablar con la madre de Pepe, el compañero de Valeria; quizás sepa algo. No la conozco; sólo sé que vive en un departamento a unas tres cuadras de Las Heras y Pueyrredón.

Con esas imprecisas referencias geográficas y el recuerdo del apellido de Pepe, que por milagro había logrado sacarle con tirabuzón a Valeria hacía cuatro años, Rafael inició su búsqueda en las guías telefónicas. Encontró una familia Waisberg, que vivía en Bulnes al 2235.

– Hola, ¿podría hablar con la mamá de Pepe?

– ¿Y usted quién es?- replicó desconfiada Reina, su consuegra.

– Yo soy el papá de Valeria.

– ¿Y cómo sé yo que eso es cierto?

– Tiene una hijita llamada Tania.

– ¿Usted sabe dónde está Matilde?

– Está en París.

– Entonces no hay duda, usted es el abuelo de Tania. La nena está conmigo; me la entregaron hace unos días. No me pregunte nada por teléfono, venga ya mismo a mi casa. Algo tremendo ha pasado.

Abatido y en compañía de un vecino –lo que no hacía más que reconfirmar el abismo que existía entre Annelie y él-, tocó el timbre de la casa de la abuela paterna de su nieta. La puerta se abrió y pudo ver a una mujer de unos sesenta años, quien se asombró por el parecido de Rafael con su nuera. Detrás de ella, Tania, con sus enormes ojos celestes y su pelo enrulado y rubio, ensayaba sus primeros pasos de la mano de una empleada.

Mientras él tenía en su regazo a la nena, la señora le contó que el día 13 de mayo la habían llamado del Hospital de San Antonio de Padua. Le habían dicho que pasara a retirar a su nieta, que estaba allí con un cartel colgado del cuello, que decía su nombre y el número telefónico al que debían llamar para entregarla.

Cuando la mujer fue a buscarla junto al hermano de Pepe, el personal del Hospital de San Antonio de Padua la derivó a la comisaría que estaba a la vuelta, en la misma manzana. Ahí estaba Tania, quien según los efectivos policiales, había sido abandonada en la vía pública. Ante la pregunta sobre qué sabían de los padres de la criatura, los uniformados se hicieron los desentendidos.

En verdad, Valeria, embarazada de dos meses, Ricardo y la niña, habían sido secuestrados el 13 de mayo de 1977 en su domicilio, ubicado en el mismo barrio que el nosocomio y la comisaría mencionados.

Siempre el dolor parece recién nacido

Rafael movió cielo y tierra para hallar información que lo condujera a la pareja. Junto a Reina, regresó al hospital y a la dependencia policial, pero no sirvió de nada. No escucharon nin-

gún dato distinto al que le habían dado 9 días atrás a la mujer.

Los vecinos del lugar tampoco pudieron aportar mucho: algunos tenían miedo; otros, mucha voluntad pero pocas certezas. Sólo trascendidos y versiones confusas, producto de un gran “teléfono descompuesto”, fue lo que obtuvieron.

A la par que continuaba su pesquisa y mantenía comunicaciones telefónicas bajo los máximos recaudos con José, intentaba convencerlo de que se fuera del país. El muchacho, esta vez, prometió que lo pensaría.

Esos días de finales de mayo y principios de junio fueron una verdadera locura. Era demasiada tensión y angustia junta; mantener la cabeza fría y lúcida para no cometer ningún error que pudiera agravar aún más las cosas, era una misión casi imposible.

El objetivo era doble: buscar a Valeria y Ricardo, y salvar a José, Electra y Antonito. Julio Lareu, papá de Electra, y Bobby Aizenberg, pareja de Matilde desde 1968, que estaba en Buenos Aires temporalmente, colaboraron en todo lo que pudieron.

Gracias a contactos de un amigo, consiguió entrevistarse con un capitán en los cuarteles de Palermo. No sólo -como era de esperar- no colaboró en nada, sino que además acusó a los compañeros de militancia de la joven como responsables de su secuestro.

– Sería mejor que preguntara entre los amigos de su hija.

– No entiendo: desapareció y la Policía entregó a mi nieta.

¿Qué tienen que ver los amigos?

– ¿Usted no conoce que hay justicia sumaria entre ellos? ¿No sabe que van a otros países mandados por la organización, y entregan a compañeros a los hijos que no pueden llevar?

Apretando los dientes y conteniendo la ira que le generaba semejante provocación, se retiró sin decir todo lo que hubiera querido.

Además de seguir recorriendo más hospitales y comisarías, iglesias, cuarteles y salas de primeros auxilios, comenzó a tocar timbres en casas, a preguntar en comercios de la zona. Na-

die podía decirle algo concreto sobre lo que había ocurrido con su hija. Por lo menos quería saber si la habían secuestrado con vida o había muerto en un enfrentamiento armado, tal como un abogado joven, sobrino de Ítalo Luder, le había dicho.

También presentó el habeas corpus correspondiente, que sería respondido de forma negativa algunos meses después.

En la Morgue de Buenos Aires, cuyo patio estaba repleto de ambulancias y camiones militares, pudo acceder al listado de muertos ingresados a partir del 13 de mayo. Ese atroz privilegio fue posible porque el hombre de la mesa de entradas tenía una profunda admiración por el tío abuelo de Rafael, Eduardo Beláustegui, médico legista. Como forma de expresar su gratitud, le facilitó los libros de actas.

– Vea si figura su hija y anote los N.N de su edad aproximada. Después le explico – le dijo el empleado.

Revisó la nómina compuesta por una gran cantidad de cadáveres NN. La mayoría habían sido remitidos por el Consejo Superior de Guerra N° 1. ¿Causas de las muertes? Edema pulmonar o perforaciones de balas; nunca menos de tres, casi siempre por la espalda. Tampoco faltaban calcinados. No encontró los nombres de Valeria ni de Ricardo anotados, pero siguió la sugerencia del trabajador del lugar, quien también le recomendó que llevara información precisa sobre tratamientos dentales de Valeria y todas las radiografías que tuviera. Tal vez así, si era alguna de las personas que estaban allí, podrían identificarla.

Tantas veces te mataron, tantas resucitarás

Tras las intensas e infructuosas gestiones llevadas a cabo para dar con el paradero de su hija, viva o muerta, Rafael partió hacia San Pablo en los primeros días de junio. Allí esperaría a José,

quien le había prometido que se guarecería en Brasil y que estaba gestionando los documentos necesarios.

El 5 de julio a la medianoche, para poner fin a un aparente período de calma, recibió un llamado desde Buenos Aires. Era Annelie.

– Apareció Antonito – le comunicó sin rodeos.

– ¿Qué pasó? – preguntó aletargado.

– Rafa, llamaron de una comisaría. Atendió Marina. Le dijeron que tenían a Antonito. Al parecer, lo llevó una pareja que lo recibió, bajo amenazas, para ocultarlo un tiempo. Como se venció el plazo y nadie lo fue a buscar, lo entregaron a la Policía.

– Bueno, vamos a hacer esto: vos avisales a Julio y Carmen, los abuelos maternos. Yo arreglo las cosas acá en el trabajo y ni bien pueda, salgo para allá.

El 8 de julio partió hacia Capital Federal, dejando un sobre en la portería del edificio donde vivía. “Para mis sobrinos”, decía en el lugar del destinatario. El Plan Cóndor²⁵ obligaba a tomar precauciones también en los países vecinos.

San Pablo, 8 de julio de 1977

Queridos:

Hoy en vuelo de las 19.30 salgo para Buenos Aires.

No sé si ustedes vendrán de visita para las vacaciones, como me prometieron. Yo viajé porque tengo algunos problemas allí y quiero visitar a mi nieta, que está con la abuela, y a mi nieto que está con el abuelo Augusto, según supe.

Pueden quedarse aquí, o ir a un hotel, como prefieran. Usen mi teléfono para hacer las llamadas que necesiten.

Dejé a mi amigo Janusz Krasowski instrucciones para que los

²⁵ Operación de coordinación represiva entre las dictaduras militares del Cono Sur –Argentina, Chile, Brasil, Uruguay, Bolivia y Paraguay – y el gobierno de Estados Unidos, entre 1970 y 1980.

atienda como si fuera yo mismo. Vive en Sao Carlos do Pinhal 345, apto 1001 (a dos cuadras de de aqui), teléfono 288-4464. Él me llamará a Buenos Aires, si hiciera falta, y les entregará el dinero que necesiten. Le dije que ustedes eran mis sobrinos más queridos y que los trate como si fueran mis hijos hasta mi regreso, lo que haré en el primer avión cuando Janusz me avise. Les prometo que haremos de inmediato un viajecito a Bahía, como habíamos previsto.

Un beso muy grande,

Papá

A Ezeiza lo fue a buscar Julio Lareu, quien le adelantó que Carmen y él ya tenían a Antonito en su casa. Por tercera vez en menos de un año, Rafael encaraba la búsqueda de otro hijo desaparecido.

En virtud de sus averiguaciones, pudo saber que a José y Electra, cuyos nombres de guerra eran Julián y Lila, se los habían llevado el 30 de mayo, día en que el joven cumplía 23 años. Los levantaron de un departamento ubicado en la calle Sánchez de Bustamante al 2173, donde estaban refugiados desde el 15 de mayo, luego de que les allanaran su hogar. Allí vivía Carlos Brazzola, un ex compañero de militancia de José, y Diana Trifiletti, su mujer.

Seis hombres de las “fuerzas conjuntas” subieron al piso 13 con Carlos, a quien habían abordado en su negocio y lo habían obligado a conducirlos hasta su casa. Otros tres efectivos quedaron abajo, a la espera de novedades.

La puerta del domicilio se abrió y el grupo de tareas irrumpió al grito de “¡Arriba las manos! ¡Vamos, contra la pared!”. La pareja cumplió las órdenes; también Carlos. Diana y sus hijos no estaban en ese momento.

Les ataron las manos por detrás de la espalda y los interrogaron en ambientes separados: al recién llegado de la calle, en

su dormitorio; a los huéspedes, en el living. Mientras, Antonito lloraba a mares en la cocina.

Cuando llegó Diana con los dos niños, los captores les cambiaron las sogas por esposas, los destabizaron y emprendieron el camino hacia abajo. La única adulta que no fue detenida ilegalmente fue Diana, quien aterrada preguntó qué hacer con Toni.

– Quedate con el pibe. Cuando vuelva tu marido, él te va a decir qué hacer – le respondieron los secuestradores.

Una vez ya en la calle, antes de perderse en el interior de un Ford Falcon, José alcanzó a gritar el apellido de su compañera:

– ¡Lareu! ¡Lareu! ¡Nos secuestran!

De un último empujón, lo metieron en el coche, que aceleró de forma abrupta, produciendo un chirrido insoportable.

Porque esperando a solas poco se alcanza

Luego de la desaparición de José y Electra, Rafael decidió radicarse definitivamente en la Argentina. Ya bastante duro era sobrellevar tamaña tragedia, como para intentar hacerlo en soledad.

Con la misma intensidad con que buscó a Martín y Valeria, lo hizo con José. Los resultados fueron tan magros como en los dos casos anteriores, en especial los que dependían de instituciones oficiales o eclesiásticas. Recién en 1978 lograron saber algo.

Matilde estaba exiliada en París desde agosto de 1976, y se encargaba de gestionar apoyos internacionales y de dar a conocer las constantes y sistemáticas violaciones a los derechos humanos que ocurrían en la Argentina. En marzo de 1978, viajó junto a otro grupo de familiares de desaparecidos a dar una

entrevista a la televisión italiana, en Roma. En la delegación, estaba Ana María Careaga, una joven de 17 años, que no sólo había perdido a su madre en los secuestros de la Iglesia de la Santa Cruz, sino que además había estado detenida en el centro clandestino de detención conocido como “Club El Atlético”, ubicado en Paseo Colón entre Cochabamba y San Juan.

Matilde le consultó, como hacían tantas otras personas, si había visto a José Beláustegui y a su compañera, y ella aseguró que sí. De hecho, sabía los nombres de guerra de ambos, y las descripciones que hizo de ellos eran coincidentes con las características físicas de los dos.

Por pedido de su ex esposa, Rafael viajó primero a París, donde ella le comunicó las novedades, y luego fue a Suecia a entrevistarse con Ana María. La muchacha vivía en un pueblo cercano a Estocolmo, en calidad de refugiada política, junto a su pareja.

De boca de ella pudieron saber que hasta el 30 de septiembre de 1977, fecha en que había sido liberada, Julián y Lila, cuatro meses después de su secuestro, aún estaban con vida. Esa era la buena noticia, que se veía opacada por el conocimiento de las terribles condiciones a las que eran sometidos los prisioneros en aquel lugar.

Más tarde, a principios de 1980, Rafa consiguió una nueva cita con otros dos ex detenidos de “El Atlético”, con quienes dialogó en el aeropuerto de Sevilla. Sus apellidos eran Cid de la Paz y González. Además de obtener más detalles de las torturas y sometimientos en ese centro clandestino, escuchó lo que nunca hubiera querido: José y Electra habían sido trasladados el 17 de noviembre de 1977, junto a otras quince personas. La palabra “traslado”, en la jerga genocida, era equivalente a “muerte”. El método podía variar según el sitio de cautiverio o la fuerza de la que dependiera la víctima, pero algo era seguro: del traslado no se volvía.

Posterior a la desaparición de su tercer hijo, en un vuelo hacia Córdoba, se encontró de casualidad a Emilio Massera, uno

de los máximos responsables del terrorismo de Estado. Juntó todo el coraje que pudo y se le sentó al lado:

– Almirante, no voy a desperdiciar esta oportunidad para hablar con usted. Yo soy padre de tres chicos desaparecidos. ¿Qué me puede decir?

– Quédese tranquilo. Los tenemos en una granja, los estamos cuidando y les estamos tratando de hacer ver la verdad. Cuando todo esto pase, se los vamos a devolver- contestó inmutable el represor.

Si el diablo no interfiere, tengo cuerda para rato

Los primeros años luego del retorno a la democracia hallaron a Rafael en pareja otra vez. En esta oportunidad estaba con una mujer 28 años menor que él, llamada Adriana, con quien se casó a fines de la década del 80. Al lado de ella, siguió transitando el duro camino de un duelo inconcluso e inconcluible, como era el de sus hijos, a quienes todavía no pudo dar sepultura.

Desde aquella época, su sangre, así como la de sus nietos Tania y Antonio, la de los otros abuelos y sus otros hijos, forman parte del banco de datos genéticos conformado en el Hospital Durand. El bebé de Cristina y Martín se estima que nació en febrero o marzo de 1977, y no se sabe si es mujer o varón; el de Valeria y Ricardo, según el testimonio de una enfermera del Hospital Militar de Campo de Mayo, es varón y nació en diciembre de ese mismo año. Ambos siguen siendo buscados.

El 27 de junio de 1998, a sus 71 años, se convirtió en padre por séptima y última vez. Una hermosa beba, a quien bautizó Martina – la versión femenina del nombre de su primer hijo des-

aparecido –, llegó a su vida y a la de su tercera esposa, para colmarlo de amor y ternura.

Al mismo tiempo, logró cumplir dos cuentas pendientes; por fin pudo dejar de representar para comenzar a ser. Lejos de la vida empresarial, se dio el gran gusto de tener su propia embarcación, a la que bautizó “El Huayra”, y de dedicarse a la escritura.

En 2000, junto al entonces intendente de Mar del Plata, Elio Aprile, publicó el libro *Sonetos Compartidos*, compuesto por poemas escritos a cuatro manos. En 2005, se editó *El instante propicio*, integrado por varios cuentos de su autoría; en 2007, salió a la luz la nouvelle *La mujer del violoncello* y, finalmente, en 2010, *El abuelo de mármol*.

De un modo casi terapéutico, hace unos pocos años, escribió *El eco de tus pasos*, obra en la que cuenta la historia de su vida y de sus hijos, apelando a las viejas anotaciones de sus cuadernos. No fue publicado por ningún sello editorial, pero puede leerse online. Con esas páginas no sólo cumplió con una necesidad personal, sino también con una obligación moral que sentía dentro suyo: la de dar testimonio sobre la vida y los ideales de sus hijos, sobre el horror del que fueron víctimas ellos y toda su familia, ese que nunca más debe repetirse.

Hoy, a los 87 años, no le tiene miedo a su propia muerte. Sólo espera que llegue lo más tarde posible y proceda rápido.

En cuanto a la figura de la desaparición, está seguro que más allá del dolor que generó, sucedió con ella algo imprevisto por sus ideólogos. Su fin último era matar a la muerte, negarla, pero no tuvieron en cuenta que lo único que puede derivarse del fin de la muerte es la vida. Por este motivo, los desaparecidos nacieron a la vida eterna, no la de la metafísica o la religión, sino a esa a la que despiertan los héroes silenciosos de la patria.

LUCHA Y VUELVE

“La Liberación de la Patria no es tarea de una sola generación sino de varias, por eso hay que ir haciendo el trasvasamiento generacional”.

Juan Domingo Perón

Llena de piedras la senda²⁶

Al igual que su nombre, la historia de vida de este hombre parece salida de una novela, de esas que apasionan y que conmueven a la vez. De esas que dejan al lector con la boca abierta, que le movilizan hasta la última fibra de su cuerpo; a las que nadie puede serle indiferente y que se leen de corrido, porque es imposible escapar del magnetismo que provocan.

Sin embargo, por desgracia, nada de lo que le pasó a Teobaldo fue ficción. Por supuesto que hay capítulos muy felices en medio de esta trama, de esos que dan un respiro y un nuevo impulso tanto a los protagonistas como a los lectores, pero pese a esas páginas, es ineludible quedar al margen del dolor que provocan los demás hechos del relato.

Su madre, que era una modista muy buena, nacida en Castilla la Vieja, España, eligió llamar Teobaldo a su cuarto hijo varón,

²⁶ Todos los subtítulos del capítulo pertenecen a distintas canciones del cantautor argentino Héctor Roberto Chavero Aramburu, más conocido como Atahualpa Yupanqui.

que era el primero de su segundo matrimonio, porque durante su embarazo leyó *Romeo y Julieta*. En la obra de Shakespeare, el primo de la protagonista se llamaba así y, desde que la mujer que estaba en la dulce espera vio ese nombre, supo que sería con el que bautizaría al bebé que estaba por nacer. Por fortuna, del personaje literario al niño sólo le quedó el nombre, ya que el autor de la clásica tragedia había hecho de Teobaldo Capuleto un sujeto violento, lleno de odio, capaz de traicionar y de matar sin ningún reparo.

Su papá, el segundo esposo de su madre, trabajaba de cochero en San Miguel, trasladando a los viajeros que llegaban al lugar, de visita a las quintas. Lo hacía tanto en vehículos tirados a caballo como en auto. De él, Teobaldo heredó su tez morena, ya que era bien morocho, bien indio.

Cuando Teobaldo tenía cinco años, es decir, en 1935, se mudaron a Devoto, donde vivieron por mucho tiempo. Antes de sentarse por primera vez en un aula, frente a un pizarrón, ya sabía leer. Le habían enseñado sus hermanos mayores, con los cuales tenía una gran diferencia de edad – el más chico le llevaba casi veinte años –, al ver su gran inquietud por leer los cómics de aquella época. Más tarde, con los años, seguiría devorando páginas de temas históricos, que lo fueron llevando a descubrir cuáles eran los verdaderos héroes de la patria y cuáles estaban usurpando la categoría de prócer.

Fue en tercer grado que mostró un primer indicio de esta preocupación por comprender mejor la historia de su país y por que no le vendieran fruta podrida, como quien dice. Por eso, un día, en el colegio, le pidió a la maestra hablar con ella. Parado frente a la joven docente, de la cual estaba enamorado por su belleza y su bondad, le preguntó con desconcierto:

– ¿Es verdad lo que nos enseñan acá en la escuela sobre Juan Manuel de Rosas? Yo no creo que sea así. Mis hermanos grandes, que leen mucho, me cuentan cosas buenas de él.

– Vos tenés razón, ¿sabés? – respondió con dulzura y asom-

bro por la precoz inquietud del niño-, pero no podés decir lo que sentís ni yo puedo enseñarte lo que no está autorizado. Cuando vos seas grande, sí vas a tener la posibilidad de ir a la biblioteca y leer libros de historia, de revisionismo.

Teobaldo, pese a su corta edad, comprendió la respuesta de su señorita, aunque le parecieron injustas las limitaciones que la política educativa le imprimía a la enseñanza y el aprendizaje. Con la premisa de contrarrestar esa situación fue, entonces, que comenzó a leer sobre los distintos personajes de la historia nacional con el objetivo de saber quién era quién en verdad.

Mientras, a la hora de jugar, no faltaban los partidos de fútbol en las veredas con la pelota de trapo, esa que era de todos los chicos del barrio y, a la vez, no era de ninguno, porque todos aportaban alguna que otra media que no servía más en sus casas, y contribuían a armarla.

Lleno de sueños el aire

Hay trabajos que si no se hacen con vocación, más vale no hacerlos. Uno de esos es, sin duda, el de aviador.

Además de talento y capacidad, se requiere de un gran coraje y un temple especial para estar al frente de semejante responsabilidad como es comandar un vuelo, se lleven o no pasajeros. Quienes suelen hacerlo, en general, sienten esa inclinación desde chicos, esa fascinación inexplicable al ver pasar por encima de sus cabezas un avión y la ilusión inmediatamente posterior de estar sentados alguna vez en la cabina, manejándolos.

Algo así le pasó a Teobaldo que, desde chico, junto con un amigo, iba a pie desde Devoto hasta Palomar por el costado

de las vías del tren “Buenos Aires al Pacífico”. Se sentaban en el terraplén, frente a la Brigada Aérea, y veían despegar y aterrizar las aeronaves. Podían pasar horas ahí y cada vez que divisaban en la pista a la tripulación, luego de finalizar el vuelo, les parecía estar viendo a unos dioses bajados de quién sabe dónde. Enloquecían tan sólo de pensarse, en un futuro, al frente de una máquina tan enorme y poderosa como esas.

En 1945, recién se había creado la Fuerza Aérea y Juan Domingo Perón, a poco de haber asumido como presidente, con parte de la deuda que Gran Bretaña tenía con Argentina luego de la Segunda Guerra Mundial, la dotó de una flota de cien aviones a reacción Gloster Meteors, treinta y seis bombarderos Avro Lincoln, y una importante cantidad de aeronaves de turismo, transporte y entrenamiento.

Ante tantas nuevas unidades, era necesario ampliar notablemente la cantidad de personal capacitado para ponerlas a surcar el cielo, porque con los que ya contaban, no alcanzaban. En 1946, cuando en el diario salió publicada una convocatoria para la flamante Escuela de Especialidades de Aeronáutica, creada en 1944 e inaugurada en 1945, Teobaldo, que en ese momento trabajaba de día y hacía el colegio secundario de noche, no dudó en anotarse. Contaba con el apoyo de su madre y sus hermanos para ir a Córdoba a estudiar lo que él tanto deseaba.

Muchísimos jóvenes se presentaron a los exámenes que se realizaron en todo el país para seleccionar a quiénes ingresarían en la institución. A Teobaldo se lo tomaron en Palomar, allí donde había pasado tantas horas viendo aviones llegar e irse, deseando algún día poder formar parte de una tripulación.

Lo aprobó y, con tan sólo dieciséis años, se fue a iniciar su carrera en la provincia mediterránea. En principio, el programa decía que para recibirse de piloto o mecánico de avión, en cualquiera de sus variantes, se requerían cuatro años. Pero era tal la urgencia por incorporar nuevos recursos humanos, que decidieron hacer cursos acelerados y otorgar los títulos

en dos años y medio.

Tal es así, que a sus jóvenes dieciocho años Teobaldo ya estaba recibido de mecánico de a bordo y era, oficialmente, integrante de la Fuerza Aérea. Primero, lo mandaron a la base de El Plumerillo (Mendoza), y al poco tiempo lo enviaron, junto a otros compañeros, a Tandil. Durante los dos años que estuvo allí, los fines de semana viajaba a Devoto para ver a la familia y a su novia, Clelia, que era la hermana de un amigo del barrio.

Lo hacía en tren, que en aquellos años peronistas, brindaban un servicio de gran calidad. Lejos, lejísimos, estaba la amenaza de las privatizaciones y el vaciamiento neoliberal. Iba de Tandil hasta Constitución, y de ahí hasta su casa. Luego, el domingo por la noche realizaba el recorrido inverso para poder estar el lunes por la madrugada en la base.

Coraje, pena, despecho

Cuando Teobaldo comenzó a volar, un halo de romanticismo y cierta mística rodeaba a la Fuerza Aérea. Siendo la institución militar más joven, todavía no tenía en su historial ninguna atrocidad de la cual avergonzarse.

Volar era un verdadero placer; la principal función era ayudar: brindar colaboración ante desastres naturales, llevar de urgencia una medicina a algún lugar remoto e inaccesible en otro tipo de vehículo, integrar el país. Si bien, por supuesto, los jóvenes egresados de la Escuela de Especialidades de Aeronáutica estaban preparados técnicamente para la guerra, en sus mentes no existía tal posibilidad. Los entrenamientos de combate eran, en realidad, una excusa para competir con los compañeros en

la ejecución de acrobacias, para divertirse.

Pero poco a poco, a medida que pasaban los años del primer gobierno peronista, tanto el odio como el amor hacia el Presidente iban agigantándose. Como sucede con todos los grandes líderes de una nación, parecía no haber grises respecto a lo que se sentía por su figura.

No había sector de la sociedad ni ámbito en el que fuera posible abstraerse de la dicotomía planteada entre peronistas y antiperonistas. Al mejor estilo sarmientino, los discursos que circulaban habían reactualizado la oposición entre civilización y barbarie e incluían todo el tiempo los binomios cabecita negra-oligarquía, patriota–dictador, nacional y popular-gorila.

La clase media alta y las elites no podían tolerar bajo ningún punto de vista las mejoras con las que los trabajadores, históricamente explotados y relegados en sus derechos, habían sido beneficiados en los últimos tiempos. Más allá de si las nuevas leyes laborales afectaban la economía de los más pudientes – que muchas veces eran los empleadores de los obreros –, otra de las circunstancias que más los horrorizaba era que esos grasas pudieran asistir en sus pocos ratos de ocio a los mismos lugares de recreación que, hasta hacía poco, habían sido patrimonio exclusivo de ellos.

Un día, en la base de Palomar, un compañero le dijo a Teobaldo con pavor:

– Altamiranda, me fui al Gran Rex a ver el estreno de la película, ¿y a que no sabés a quién vi bajar de un taxi y entrar al cine?

–Y, habrá sido al comodoro, al brigadier.

–¡No! ¡¡¡Al basurero de la Base!!! ¿Te imaginás? ¡Al basurero! ¡Adónde voy yo, bajó del taxi! Yo me había tomado el subte, ¡y éste bajó de un taxi! ¡Y entró al cine que entré yo! – exclamó con indignación el militar.

– ¡Ponete contento! – replicó Teobaldo, quien veía con verdadero entusiasmo los logros en favor de la igualdad de oportunidades que venían sucediéndose.

– ¿Me estás cargando? – se enojó el otro.

– ¿Cómo te voy a estar cargando? ¡Hay que ponerse contento! Si ese basurero, ese trabajador, puede ir a lugares donde vamos nosotros, que tenemos un poco más de sueldo y tuvimos otras posibilidades de educación, es hermoso y significa que está todo muy bien – argumentó, intentando mostrarle cuán positiva era la situación.

– ¡Vos sos comunista, sos loco! ¿Cómo vamos a estar todos iguales? – cuestionó iracundo.

– Para mí, lo seres humanos somos todos iguales. Antes, casi nadie podía hacer esto, costaba mucho. Si hoy el trabajador puede ir, ¿por qué nos tenemos que enojar?

– Vos sos un caso perdido ya – refunfuñó el hombre, y así como había comenzado la conversación, la dio por terminada.

En la Fuerza Aérea también ya había empezado a notarse con claridad la misma escisión que se había producido en cada espacio de la esfera pública y la privada. En este contexto, no fue ninguna sorpresa el levantamiento liderado por el general Benjamín Menéndez, que buscaba derrocar a Juan Domingo Perón y, hasta si era posible, matarlo.

El 28 de septiembre de 1951, cuando con motivo de la intontona destituyente le ordenaron a Teobaldo ir a preparar la escuadrilla de entrenamiento de la que él estaba a cargo para ir a lanzar bombas de estruendo, cayó en la cuenta de que los tiempos del romanticismo en la Fuerza Aérea habían llegado a su fin y que los ideales de solidaridad que regían antes, se habían ido por la borda.

Con gran coraje y determinación, Altamiranda se negó a cumplir con la tarea encomendada y manifestó que él no se plegaría a esa “revolución”, a riesgo de sufrir cualquier tipo de represalia.

Cuando estaba cruzando el hangar en dirección al casino de oficiales, un superior de él gritó a los demás:

– ¡¿Por qué no le pegan un tiro?! ¡A ese insubordinado hay

que pegarle un tiro!

Siguió caminando en el mismo sentido, esperando lo peor. No sabía cómo se sentiría recibir el impacto de una bala, pero es algo para lo que no se necesita explicación. Si una munición lo alcanzaba, de seguro se daría cuenta, por más nueva que resultara la sensación.

Al dar el último paso que lo depositó fuera del tinglado, respiró aliviado. Nada extraño había sentido sobre su cuerpo y estaba rebosante de vida.

A las pocas horas, la insurrección comandada por Menéndez fracasó y las fuerzas leales al Jefe de Estado tomaron la base de Palomar para hacerse cargo de la situación. Luego de la derrota, los compañeros de Teobaldo que habían amenazado con dispararle, hicieron gala de su cobardía:

– Altamiranda, vos sabés que era todo en broma lo que decíamos, ¿no? Mirá que no te vamos a pegar un tiro, ¿eh?

Hombres de torvo mirar

Ya para esta altura, no había nada que pensar. Teobaldo tenía bien en claro de qué lado de la línea que separaba a los argentinos quería estar. No podía comprender ni soportar tanto odio hacia el pueblo, ese mismo que después de tantos años de negaciones, estaba empezando a ser un poco más feliz y más digno, a tener acceso a la cultura y al consumo. Tampoco podía tolerar, ni mucho menos acompañar, las pretensiones antidemocráticas de sus compañeros de la Fuerza Aérea. Su camino en el peronismo había comenzado, aunque no se afiliaría al partido hasta dentro de muchos años.

El clima se fue poniendo cada vez más tenso. Las cartas estaban echadas sobre la mesa y nadie ocultaba para qué lado jugaba. En medio de estas preocupaciones como profesional y militante, en lo personal el panorama era otro: en 1952 se casó con Clelia; en junio de 1953 nació su primer hijo, Rubén Omar, y en mayo de 1955, Mónica Isabel.

El 16 de junio de 1955 fue un día oscuro para la patria. Pasado el mediodía, los transeúntes comenzaron a sentir los motores de los aviones sobrevolando la Plaza de Mayo. No se inquietaron, ya que estaba programado un desfile aéreo en homenaje a José de San Martín. Pero algo imprevisto para la gente, y muy previsto para la Fuerza Aérea y la Marina, pasó y convirtió lo que debía ser un festejo en un verdadero espanto. Los Gloster Meteors que el mismo Perón había mandado a comprar, junto con otros aviones de la Marina, abrieron fuego contra la población civil, que corría desesperada entre los disparos de las ametralladoras y las bombas lanzadas desde el aire sobre Plaza de Mayo y alrededores.

En nombre de Cristo, y en manos de unos asesinos, murieron cerca de trecientas cincuenta personas, entre ellas, cuarenta niños que, entusiasmados, llegaban desde el interior a conocer la Capital Federal. Al mediodía, los recibiría el Presidente de la Nación en la Casa Rosada. Lo que se perfilaba como un día memorable para ellos, lo fue tristemente para sus padres, que los habían despedido con alegría porque iban a ver al general, ese al que le debían tanto.

Teobaldo no podía creer el grado de odio al que se había llegado. Ese día, sin dudas, quedaría grabado en su memoria como uno de los más tristes vividos hasta ese momento. El cuadro era dantesco y resultaba más inentendible aún que las fuerzas armadas bombardearan a una ciudad de su propio país, sin mediar guerra alguna. ¿Cómo comprender que la institución a la que pertenecía, y que hasta hacía no tanto tiempo se encargaba de misiones humanitarias, ahora atenta-

ba contra la humanidad de sus compatriotas?

Pabellones, pasadizos y al fondo, la oscuridad

El mismo día en que triunfó la autodenominada Revolución Libertadora, comenzó a escribirse la historia de la resistencia peronista de la que Teobaldo formó parte. La integraban civiles y también una gran cantidad de militares leales a Perón, quien se había ido al exilio.

En líneas generales, no consistía en una lucha armada, sino más bien en mantener movilizadas a las masas trabajadoras mediante asambleas o concentraciones, y en la realización de algunos sabotajes al sistema en áreas estratégicas, como podían serlo las redes de abastecimiento eléctrico y de agua potable, o los silos cerealeros.

En la madrugada del 9 de junio de 1956, Teobaldo fue detenido en su propia casa. Los servicios de inteligencia del régimen de facto ya estaban al tanto del plan de sublevación comandado por el General Juan José Valle, programado para ese día. Por este motivo y con el fin de debilitarlo, en las últimas horas del día 8 y las primeras del 9, apresaron a un buen número de partícipes del movimiento, entre ellos oficiales, suboficiales, sindicalistas, entre otros.

Por ser de la Fuerza Aérea, a Teobaldo lo llevaron a Palomar y durante tres días, entre amenazas de fusilamiento, lo interrogaban cada tres horas para tratar de sacarle información sobre el complot.

– Yo ya dije todo lo que tenía que decir: que era peronista – insistió el joven, que por ese entonces tenía 25 años.

– ¡Ah! ¿Era? – preguntó con tono socarrón su interlocutor.

– Sí: era peronista, soy peronista y voy a ser peronista-reafirmó con convicción.

Se enojaron tanto con esa respuesta, que ordenaron encerrarlo nuevamente. Cuando se lo llevaban, irritado ya por la situación, Teobaldo, señalando el crucifijo que tenían detrás de sus espaldas, les dijo:

– Si es verdad que existe ese Dios, ustedes algún día van a tener que responder por esta tortura a la que me están sometiendo. Hace tres días que no me dejan dormir. Yo no sé quién está en el complot. Estoy yo solo, pero no conozco a nadie más.

Luego de eso, ya no lo molestaron más con preguntas y durmió casi un día entero de corrido.

Parecía que junio era un mes propicio para la Revolución Libertadora para cometer sus peores actos criminales: casi un año después del bombardeo a Plaza de Mayo, en cuatro días fusiló a más de treinta personas. La famosa masacre de José León Suárez, inmortalizada en *Operación Masacre* de Rodolfo Walsh, fue acompañada por fusilamientos en La Plata, Campo de Mayo y Lanús. En tanto, cientos de civiles y militares seguían en condición de presos políticos.

Teobaldo fue llevado dos semanas después de su detención a la prisión militar de Magdalena, junto a otros compañeros. Allí estuvo un año entero, aunque lo más duro no fue el encierro sino ver el sacrificio de su familia.

Ellos, dentro de lo penoso que era estar privado de la libertad, no la pasaban tan mal como podría suponerse. Cada uno tenía su propio calabozo, al que habían ido convirtiendo en una habitación. La Fuerza Aérea había enviado la ropa de cama que tenían en el casino de oficiales y tenían dos horas de recreo por la mañana y dos horas por la tarde.

Lo peor de todo era la pésima calidad de la comida, lo que le costó un sumario y encarcelamiento al oficial de intendencia encargado de transportar el dinero destinado a tal fin: el gran monto que se enviaba para la alimentación de cada prisionero

iba, en realidad, a parar a su bolsillo. Por eso, las familias que iban a visitarlos los martes y los sábados, les llevaban provisiones para que pudieran comer mejor.

Desde la ruta en que el micro dejaba a los visitantes hasta la entrada del presidio, había trecientos metros de distancia, de los que ni un solo centímetro estaba asfaltado. Los días de visita, en el horario en que el ómnibus se detenía para dejar bajar a la gente, todos se asomaban a las pequeñas ventanas de sus celdas para observar si alguien había ido a verlos. La necesidad de compartir un momento con los seres queridos, de estrecharlos en un abrazo y darles un beso, era grande y los ponía ansiosos.

Sin embargo, en las jornadas lluviosas, al ver a sus mujeres atravesar bajo el agua ese sendero lleno de barro, cargadas con los bolsos repletos de víveres y los niños a upa, el corazón se les estrujaba de pena. Si había alguna esposa de algún prisionero que todavía no tenía hijos, la ayudaba a Clelia, que iba con Rubén Omar, de tres años, y Mónica Isabel, de apenas uno.

Luego de un año de detención, Teobaldo fue liberado y pasado a disponibilidad. Una nueva etapa comenzaba en su vida, la del trabajo en el ámbito civil, y otra quedaba atrás: ya no formaba más parte de la Fuerza Aérea.

Voy anclando por el mundo, camino de cualquier parte

Adaptarse a trabajar fuera del ámbito militar, no fue fácil. La disciplina que Teobaldo había incorporado tanto en los años de la Escuela de Especialidades de Aeronáutica, en Córdoba, como en cada una de las bases en las que había estado, había

calado hondo en su forma de emprender cualquier tipo de labor y ya formaba parte de su carácter.

Sus compañeros del primer empleo que consiguió luego de su liberación, de la empresa de transporte “La Lujanera”, al principio no lo comprendían.

– ¿Por qué me miran feo? ¿Por qué me tratan mal? – les preguntó un día Teobaldo, sin entender el porqué de su actitud.

– Porque sos un alcahuete – sentenció uno de ellos.

– ¿Un alcahuete? ¿Yo? ¿Por qué?

– Cuando suena la alarma, hay que irse. ¿Por qué te quedás a acomodar todas las cosas que estás haciendo y dejás todo listo? No, si tocó el timbre y el balancín está allá arriba, dejá la manija allá y andate.

– Yo no estoy acostumbrado a eso. Algún día me voy a acostumar; tienen que tenerme paciencia – les explicó con amabilidad el mecánico de a bordo, que ahora supervisaba el armado y la prueba de los enormes motores diésel de los micros que unían Palermo con Luján.

Ahí estuvo sólo unos meses, y luego pasó a volar un avión canadiense, tan pequeño como complejo. La aeronave monomotor estaba preparada para soportar los intensos fríos del país norteamericano, pero no para el clima de Argentina. Era tanto el calor que hacía en esa cabina, que a veces Teobaldo volaba en calzoncillos.

Luego de eso, probó suerte rindiendo un examen ante una empresa extranjera. Quienes lo aprobaran, tendrían la oportunidad de estudiar cinco meses en California, Estados Unidos, para aprender a volar el Super H Constellation, un avión de avanzada para aquella época, que tenía forma similar a un del-fín, cuatro motores y tres colas.

Teobaldo salió airoso de la prueba y pudo realizar el curso que ofrecía la compañía “Transcontinental”. Una vez finalizado, ya comenzó a hacer el recorrido Buenos Aires-San Pablo-Río-Caracas-Nueva York.

Después, lo mandaron a capacitarse a Inglaterra, para que aprendiera a volar con los famosos “gigantes silenciosos”, los Bristol Britannia, los primeros aviones a turbo hélice en empresas aerocomerciales, mientras seguía trabajando en la otra ruta aérea.

Más tarde, luego de la quiebra de “Transcontinental”, durante un año y medio trabajó en una empresa carguera nacional, con la que, por ejemplo, llevaban a distintos funcionarios a los pozos de petróleo de la Patagonia, y posterior a eso, pasó a formar parte de Austral durante dos años, cuando la empresa todavía era privada.

En 1966, cuando hubo llamado a concurso para entrar en Aerolíneas Argentinas, se presentó y quedó seleccionado. Ese fue el puntapié inicial de una larga historia que le permitió acceder a privilegios impensados, que nada tuvieron que ver con lo económico sino con la militancia y la lealtad a un proyecto.

Con las manos vacías y el corazón profundo

En 1969, para los sindicalistas era muy difícil salir del país, más si el destino escrito en su pasaje era Madrid, lugar donde estaba exiliado Juan Domingo Perón.

Se necesitaba alguien de probada fidelidad, con una incuestionable historia en el peronismo y, que a su vez, no despertara sospechas al salir con frecuencia de la Argentina. Pocas personas – por no decir una sola –, cumplían con todos los requisitos, y era ni más ni menos que Teobaldo Altamiranda.

Era tal el compromiso demostrado con el justicialismo, que aun sin estar afiliado al partido, nadie dudaba de que la persona indicada era él. Un día, Juan Gispert, el secretario gene-

ral de la Asociación Argentina de Aeronavegantes, lo sentó a Teobaldo y le propuso algo que era el sueño de muchos.

– Mirá, por tu militancia y por todo lo que has hecho, me das la seguridad de que vos podés ser, si accedés, correo secreto de Perón. ¿Te animás?

– ¡Por supuesto! ¡Con todo amor, con toda alegría! – respondió radiante.

Cada vez que le tocaba viajar a España, pasaba por la quinta “17 de octubre” y veía a Juan Domingo Perón, con quien forjó una gran amistad. Cuando volvía a su tierra natal, le entregaba a Jorge Daniel Paladino, hombre de confianza del ex presidente, las cartas y casetes que el general enviaba desde Puerta de Hierro para que él las distribuyera a quienes correspondía.

En determinado momento, al hablar con algunos de los destinatarios finales de las misivas y las cintas, Teobaldo descubrió algo grave e inesperado: Paladino no repartía los mensajes y los mantenía en su poder. Luego de consultar a varias personalidades más, ratificó lo que estaba sucediendo, y decidió comunicárselo él mismo a Perón, quien siempre lo esperaba ansioso.

Sentado en un sillón, frente a frente, tragó saliva y dijo:

– Mi general, Daniel Paladino lo está traicionando.

– ¡Altamiranda! ¿Cómo me dice eso? ¿Daniel? ¡No! Tengo confianza ciega en él.

– Mi general, Daniel Paladino está promoviendo el peronismo sin Perón, junto a Lanusse.

– No puede ser. Altamiranda, me duele tanto, que no lo puedo creer. Pero espere – respondió desorientado, mientras se dirigía a la máquina de teletipo que tenía en su escritorio.

Envío un primer mensaje a uno de los hombres a los que les mandaba escritos y grabaciones, para preguntarle si los estaba recibiendo. La respuesta fue clara y contundente: “Negativo. Hace tres meses que no recibo correspondencia, mi general”

Por parte de otras dos personas, obtuvo la misma respuesta,

esa que jamás hubiera esperado. El desasosiego por la traición se dibujó en el rostro de Perón, que con determinación expresó:

– Cuando llego a Buenos Aires, no existe más Paladino. Quédese tranquilo. Ya voy a nombrar a otro. A Paladino, no lo ve más usted.

Que no se quede callado quien quiera vivir feliz

Omar nació y creció en un hogar signado por el federalismo y el peronismo, como no podía ser de otra manera. Sin embargo, la misma contradicción que se le presentó a Teobaldo en tercer grado respecto a la figura de Rosas, también le sucedió a él ante la incongruencia del discurso escolar con el de su familia en relación a Juan Domingo Perón.

Es que claro, ¿cómo iban a hablarle bien del “tirano depuesto” en el Florida School de Vicente López? Sus padres lo enviaron a él y a Mónica a esa escuela privada creyendo que era lo mejor, ya que ahí aprenderían muy bien inglés, conocimiento que consideraban fundamental para el desempeño futuro en el ámbito laboral. Pero, sin quererlo, les generaron un gran desconcierto: no sólo entraba en conflicto el perfil ideológico de los contenidos escolares con el que vivían a diario en su casa, sino que también padecían el contraste entre el nivel económico que ostentaba la mayoría de los alumnos de esa institución y el que tenían ellos.

Teobaldo los iba a buscar en un auto nuevo aunque modesto, mientras que los demás padres llegaban en lujosísimos rodados; vivían en un hermoso chalet, en Florida, que lejos estaba de asemejarse a las mansiones de sus compañeros.

Cuando crecieron, los dos jóvenes les hicieron notar el desacierto de la decisión de haberlos inscripto en ese colegio, con el que nada se identificaban y en el que sufrieron más de lo que disfrutaron.

Desde chico, Omar supo que quería ser aviador como su padre, por lo que Teobaldo decidió inscribirlo en el Liceo Militar General San Martín. De esa manera, pensó que saldría bien formado para luego encarar la Escuela de Aviación Militar en Córdoba.

Durante esos cinco años, nuevamente Omar sufrió mucho, aunque su padre lo supo tiempo después. El rigor de la disciplina militar no era compatible con la dulzura y la apacibilidad de su carácter. A pesar de eso, se graduó como Bachiller y subteniente de reserva.

Esa discordancia se hizo más evidente a los nueve meses de haber ingresado a la Escuela de Aviación, cuando envió un telegrama a su padre diciendo: “Papá, vení urgente a la escuela”.

Teobaldo, al leer el mensaje, se inquietó mucho. Las veces que había ido a visitarlo, había conversado con el oficial instructor y el jefe de compañía que estaban a cargo de Omar.

– ¿Y? ¿Cómo anda Omar? – preguntaba con curiosidad.

– Bien, bien, quedate tranquilo que anda fenómeno.

Además, el tutor de Omar en Córdoba era un amigo de Teobaldo, compañero de promoción de la Escuela de Especialidades Aeronáuticas, que los sábados y domingos, cuando el joven estaba de franco, lo recibía en su casa y lo hacía sentir como en familia.

Toda la información que Teobaldo manejaba hasta el momento, hacía aún más misterioso el pedido de su hijo, pero incluso así acudió lo más rápido que pudo a su encuentro. Como todos los sábados, se tomó el primer vuelo que salió para Córdoba y lo fue a ver.

Cuando llegó a la Escuela de Aviación, se dirigió de inmediato al casino de oficiales y, café de por medio con el instructor de

Omar, no dudó en consultarlo:

– Mirá, me llegó este telegrama. ¿Qué le pasa a Omar que me pidió que venga urgente? ¿Ocurrió algo?

– No, lo de siempre: que lo tienen podrido los de cuarto año. Cuando a veces veo que le están haciendo una toma, les digo que quiero hablar con el cadete Altamiranda y me lo llevo, y ahí termina el “baile” que le dan. Pero hay otras ocasiones en que no puedo meterme con ellos, porque después te hacen un desbarajuste terrible con la gente. Él se porta impecable y en el estudio anda bien, porque no se quiere quedar un sábado ni un domingo ni por broma. Vamos a verlo.

Fueron a la compañía a la que pertenecía Omar y preguntaron por él. El capitán lo mandó a llamar por un cadete de cuarto año, que le informó que Altamiranda se estaba preparando para entrar de guardia.

Cuando Omar llegó al despacho, saludó desde el umbral de la puerta y se quedó firme. Contrariamente a lo que él hubiera esperado, el capitán ordenó:

– ¡Pase, salude a su padre! ¡Está su padre acá!

– ¡Sí, señor!

Teobaldo y Omar se abrazaron con fuerza y se dieron un beso. Sin mediar un segundo más, el padre le habló a su hijo:

– Omar, ¿qué pasa que me mandaste este telegrama?

– Quiero que me firmes la baja, papá.

Antes de que Teobaldo pudiera decir algo, el capitán exclamó:

– ¿Cómo, Altamiranda? ¿Por qué quiere que le firme la baja?

– Porque no quiero ser más milico, señor – respondió con profunda honestidad el cadete.

– Ah, bien, bien. ¿Qué tiene que hacer ahora?

– Tengo que entrar de guardia, señor.

– No, no, llame al cadete de turno y dígame que venga a verme, por favor. Y usted vaya a cambiarse, que va a salir con su padre ahora al mediodía, hasta última hora del domingo.

– Sí, señor.

Omar se retiró y cuando el capitán quedó a solas con Teobaldo, abrió un cajón, sacó un papel y una lapicera, y se los entregó.

– Tomá, firmá la baja, porque si este bípedo implume, a mí, que soy Dios, en mi cara me dice ‘no quiero ser más milico’, ni vos, ni yo, ni nadie, aunque le pongamos la pena de muerte, lo vamos a convencer. ¡No quiere ser milico! Firmale, pasate los dos días con él, y en la semana que viene ya lo doy de baja para que se vaya. Pobre pibe, no aguanta más acá.

En ese fin de semana que pasaron juntos paseando, no se tocó más el tema. No hubo reproches, ni pedido de explicaciones. Omar sólo consideró necesario advertir:

– Yo todavía quiero ser aviador.

– No hay problema, hijo. Después te anoto con los amigos míos que tengo en el aeroclub de San Fernando y vas a hacer el curso de aviador ahí.

Y así fue: después de recibirse como piloto privado, también estudió para convertirse en piloto comercial. Teobaldo a veces lo acompañaba en los vuelos de instrucción que hacía para rendir el examen. Eran en aviones muy chicos y cuando veía cómo volaba su hijo, se ponía muy nervioso. Para sus adentros, pensaba: “¿¿¿qué hago acá adentro, en este avioncito???”.

Omar se reía de la expresión de la cara de su padre y bromeaba:

– Mirá, ahora vamos a hacer un aterrizaje de emergencia. Vos, ¿dónde te meterías?

– ¡Ya me olvidé! ¡Metete donde quieras!

Al cabo de unos minutos, un poco más tranquilo, el ingeniero de vuelo le señalaba:

– Ese, por ejemplo, es un terreno donde yo podría aterrizar de emergencia; ahí lo podría poner bien.

Cantando a la libertad

– Papá, te voy a dar una alegría: me afilié al Partido Peronista; estoy en la Juventud Peronista.

Así le dio la noticia Omar a Teobaldo, en una de las tantas charlas que compartían juntos luego de la separación de sus padres.

– Por supuesto que es una alegría, hijo. Sólo tratá de no involucrarte tanto como lo hice yo, porque por un lado militar es lindo y por otro, se sufre mucho – le recomendó Teobaldo, que veía que el clima político se estaba poniendo cada vez más complicado.

– No, papá, estoy con unos chicos bárbaros. Estamos yendo a las villas que están ahí sobre la Panamericana y la avenida San Martín. Los estamos ayudando a estudiar, a que aprendan cosas, y también llevamos ropa y alimentos.

– ¡Ah! Con razón siempre te veo con el mismo jean y las mismas zapatillas. Te traigo, te traigo, y siempre estás con la misma ropa- descubrió con asombro.

– Papá, si con un par me alcanzan. Hay chicos que no tienen nada.

– Me hubieras dicho antes: te traía para vos y para ellos – respondió cómplice su padre.

Así era la relación de Teobaldo con su primogénito. Eran muy compañeros y les gustaba conversar largo y tendido sobre política, historia o las pequeñas cosas de la vida, sentados a la mesa, en el andén de la estación de trenes o en una placita arbolada del barrio.

Omar era un joven de carácter manso, al que no le costaba demostrar el cariño que sentía hacia sus amigos y familiares, ni recibir el que le brindaban. Era muy difícil verlo enojado o trezarse en discusiones violentas, porque aun si alguien lo insultaba, intentaba explicar con paciencia y respeto su parecer.

Gracias al nuevo y fundamental impulso que le había dado la

juventud militante a la antigua resistencia peronista, el regreso de Perón era inminente. Luego de dieciocho años, el líder del justicialismo se reencontraría con su pueblo, ese que lo había vuelto a elegir en las urnas el 11 de noviembre de 1951 para que fuera su presidente hasta 1958 y que no pudo ver realizada su voluntad.

Teobaldo, en aquel lejano junio de 1956, cuando cayó detenido por formar parte del complot contra la Revolución Libertadora, jamás hubiera imaginado el lugar de honor que ocuparía casi veinte años después en el vuelo de retorno definitivo del general.

– Bueno, usted fue el único que me decía y me daba ilusiones de que yo iba a volver a la Argentina, que me alegraba cada vez que lo veía, así que imagino que en el avión que me lleva está usted, Altamiranda.

– Mire, mi general, no sé, porque hay tantos peronistas en Aerolíneas... Yo estoy acá con usted y ya deben estar preparando las tripulaciones.

– ¡No, no! ¡Usted tiene que venir!

Para asegurarse de que el ingeniero de vuelo Altamiranda estuviera presente en el avión que tocaría suelo argentino con él a bordo, Perón en persona realizó los llamados correspondientes en ese mismo momento. Habló con Fernando Cebral, jefe de operaciones de la aerolínea de bandera, y con el presidente de la empresa, Roberto Martorano. Cuando colgó el tubo, lo miró a su correo secreto y le dijo:

– Usted está en el vuelo.

En una punta una dicha, y en la otra punta una pena.

El 20 de junio de 1973, a tan sólo dos días de haber sido padre de los mellizos Orestes y Tizziana, junto a su segunda esposa, Marta, Teobaldo estaba volando en el Boeing 707 que transportaba a Juan Domingo Perón, al presidente Héctor Cámpora y a una numerosa comitiva rumbo a Buenos Aires.

La fiesta popular con la que tres millones de argentinos esperaban al ex mandatario en Ezeiza, se vio arruinada por el horror que se desató en el predio, cuando francotiradores apostados en el palco desde el cual Perón hablaría a la gente, abrieron fuego contra la multitud dos horas antes de la hora pautada para el aterrizaje del avión. La extrema derecha del partido no podía permitir que la juventud montonera recibiera triunfante al líder y estaba dispuesta a cualquier cosa -incluso a matar- para impedirlo.

En el avión, en el que aún todo era algarabía, cuando entraron en contacto con el aeropuerto, Teobaldo escuchó por los auriculares el llamado del vicepresidente Vicente Solano Lima, que le dijo al Jefe de Estado, Héctor José Cámpora, que debían aterrizar en Morón.

– No, no, nosotros vamos a Ezeiza, doctor Solano Lima.

– No, mire doctor Cámpora: ya está todo preparado. Lo van a recibir en Morón, porque el pueblo invadió Ezeiza y la pista está llena de gente; no se puede aterrizar allí – insistió, sin mencionar lo que en verdad estaba ocurriendo.

– ¡No, nosotros vamos a ir a Ezeiza! – se resistió nuevamente.

– Doctor Cámpora, como Presidente en ejercicio del Poder Ejecutivo en este momento, le ordeno que le digan al comandante que se dirijan a Morón. Es imposible aterrizar en Ezeiza.

Con esa intervención se cerró el diálogo y los comandantes Cebal y Doyle comprendieron que debían obedecer.

Teobaldo se enteró lo que había pasado recién cuando el chofer que lo llevaba a su casa se lo comentó. Preocupado, ni bien

llegó se fue para la casa de Clelia.

– ¿Y los chicos? – preguntó casi sin saludar.

– ¡Se fueron a Ezeiza! ¡Y hay una masacre terrible! – contestó angustiada su ex mujer.

Juntos, con el corazón en la boca y casi sin emitir palabra, esperaban ansiosos la llegada de sus hijos. Las horas pasaban y la puerta no se abría. El reloj marcaba las doce de la noche, la una, las dos. A las tres, cuando los nervios ya habían llegado a límites intolerables, escucharon el ruido de las llaves en la cerradura, los vieron entrar y respiraron aliviados. La tardanza se debió a que habían tenido que volver caminando desde Ezeiza hasta Florida porque no había otra forma de hacerlo. Todos los caminos todavía estaban bloqueados por la enorme cantidad de gente que transitaba por ellos. Luego de abrazarse los cuatro, Omar y Mónica les contaron todo lo que habían vivido y Teobaldo confirmó lo que ya sospechaba sobre López Rega, Osinde y Brito Lima.

Pese a las advertencias de su padre sobre los riesgos que implicaba militar con la Triple A ya funcionando, el compromiso de Omar era cada vez mayor. No sólo dejó la Juventud Peronista para entrar en Montoneros, sino que además, tras la muerte de Perón, pasó a la clandestinidad.

En varias oportunidades Teobaldo le propuso a Omar irse a vivir a Miami, para ponerlo a resguardo del peligro que ya en los años previos al golpe existía para los militantes y que se intensificó a partir del 24 de marzo de 1976. Sin embargo, no hubo forma de que Omar aceptara el ofrecimiento. Él quería quedarse acá, junto a sus compañeros, aun sabiendo las altas probabilidades de morir que eso implicaba.

Ya que no pudo torcer la voluntad de su hijo, Teobaldo decidió acompañarlo en su militancia. Trató de mantenerse lo más cerca posible de él, de aportar desde afuera a la organización, de tener contacto con algunos de sus integrantes. Así fue cómo conoció a Rodolfo Walsh y Horacio Verbitsky, con quienes acor-

dó ocuparse de llevar al exterior, en los vuelos que hacía por trabajo, los textos que ambos escribían en ANCLA.

Alguna gente se muere para volver a nacer

Pocos días antes de que se cumplieran diez meses de que el terrorismo de Estado había ganado las calles de la Argentina, el 13 de enero de 1977 a las 15.30, Omar llamó a su tío, que también trabajaba en Aerolíneas Argentinas, y le preguntó si podía pasar a verlo. El hermano de Teobaldo le dijo que sí y le preguntó cuánto pensaba que tardaría en llegar, así lo esperaba en la puerta. Su sobrino calculó que para las 16 estaría por ahí, pero sus cálculos fallaron: no sólo no llegó a las 16, sino que no llegó nunca ni ahí ni a ningún otro lado. En el lapso de esa media hora fue secuestrado en Capital Federal por alguna de las fuerzas de seguridad, en circunstancias que se desconocen por la falta de testigos.

La encargada de comunicarle la noticia a Teobaldo, que estaba de posta en Miami, fue su hija Mónica, quien lo llamó diciéndole que Omar no había regresado a la casa. Enseguida, el trabajador de Aerolíneas pidió que lo relevaran y partió hacia Buenos Aires esa misma noche, gracias a que otro compañero se hizo cargo de cubrirlo. Sin dudas, fue el vuelo más triste de su vida. Durante las once horas pensó lo peor, y no se equivocó.

Al llegar, Clelia y Mónica lo estaban esperando en el aeropuerto. Con lágrimas en los ojos, le dijeron que hacía dos días faltaba Omar.

Desde ese mismo momento, Teobaldo y la madre de sus dos primeros hijos, comenzaron un larguísimo recorrido de búsque-

da. Su amigo Próspero Cónsoli, presidente de Argentinos Juniors, lo puso en contacto con un general de intendencia, que era compadre suyo. Luego de las explicaciones del caso, el hombre les dijo:

-Yo estoy muy alejado de todo eso, pero voy a ver si encuentro a algún coronel, a alguien que pueda investigar.

Esa fue una de las tantas respuestas de ese estilo que recibieron por parte de los militares en las 'cuevas' que visitaban con tal de conseguir un dato. Una y otra vez escuchaban lo mismo: "no, acá no"; "no, no hay constancia".

Familiares de Detenidos y Desaparecidos fue el lugar que los cobijó desde el primer momento. Allí no sólo encontraron el asesoramiento necesario para saber qué pasos seguir en su indagación, sino también contención y calidez. Todos los que se reunían en el organismo, estaban atravesando el mismo drama. Apuntalarse unos a otros para no dejarse caer, para darse fuerzas y poder continuar su lucha, fue fundamental en aquellos años de oscuridad y soledad; eran muy pocas las personas que, sin tener algún ser querido desaparecido, fueron solidarias con ellos.

La mayoría no podía superar el miedo ni abandonar los prejuicios que por ese entonces terminaban por criminalizar a las víctimas.

Una forma de alejar esos fantasmas sobre los detenidos por el régimen militar, fue completar el nombre de la organización de tal forma que diera cuenta de los motivos por los que se los habían llevado. El promotor de la iniciativa fue el propio Teobaldo, quien dio una batalla interna para lograr el consenso necesario para la modificación. De este modo, en plena dictadura, la institución pasó a llamarse Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas.

Allí conoció a Julio Morresi, padre de Norberto, desaparecido en abril de 1976 a los diecisiete años de edad, con quien forjó una gran amistad. Ambos, como tantos otros, tuvieron

la desagradable experiencia de entrevistarse con Monseñor Emilio Graselli, en la iglesia Stella Maris, perteneciente al obispado castrense.

Teobaldo, gracias a Próspero Cónsoli, logró una cita con el siniestro cura sin haber tenido que pasar por la solicitud del turno, requisito que era habitual. Cuando estuvo sentado frente a él, dijo el nombre completo de su hijo y fecha de nacimiento. Graselli sacó una libretita negra y buscó en ella.

– Está vivo, está bien. Quédese tranquilo- informó con total impunidad, amparado en las prerrogativas que le otorgaba su túnica.

– Monseñor, ¿cuándo podría molestarlo de vuelta para ver si tiene alguna noticia?

– Y... Venga dentro de un mes, un mes y medio.

– ¡No! ¿Cómo? No puedo. Piénselo: no puedo estar un mes y medio sin novedades.

– Bueno, póngase de acuerdo con mi secretario y venga dentro de quince días – dijo con displicencia.

Cuando regresó, obtuvo la misma respuesta. En la desesperación por hallar aunque sea la punta del ovillo para empezar a desenredarlo, también recurrió a consultas con brujas y videntes. En tanto, los hábeas corpus que presentaban Clelia y Mónica eran rechazados de forma sistemática.

Por si fuera poco, en medio de toda la angustia y la preocupación que vivían, Teobaldo tenía que seguir trabajando. Aprovechaba sus constantes salidas al exterior para buscar colaboración internacional y hacer averiguaciones, y los jueves que estaba en la Argentina, iba a las rondas en Plaza de Mayo a acompañar a Clelia y a las otras incansables mujeres, que dedicaban todo su tiempo a buscar a sus hijos y a sus nietos.

A pesar del esfuerzo hecho, jamás lograron saber siquiera en qué centro clandestino de detención estuvo Omar, qué fuerza de seguridad lo secuestró, dónde lo levantaron o cuánto tiempo de sobrevida tuvo. La única certeza que tuvieron del cautiverio

de su hijo es que ni bajo tortura delató a ninguno de sus compañeros más cercanos, que lograron sobrevivir todos. Sólo en sueños pudo Teobaldo volver a ver a su hijo, sueños que mientras duraban lo llenaban de alegría porque eran muy reales, pero que cuando terminaban, lo hundían aún más en su dolor, porque lo había vuelto a perder.

Con las elecciones de 1983 a un paso y la emoción de la vuelta a la democracia a flor de piel, el viernes 28 de octubre de ese año fue ilusionado al acto de cierre de campaña del candidato presidencial justicialista, Ítalo Luder. Sin embargo, lo que parecía que iba a ser una verdadera celebración, terminó siendo un gran desencanto: Herminio Iglesias, postulante a gobernador de Buenos Aires, en el palco montado frente al Obelisco prendió fuego un ataúd con los colores de la UCR. Entre lágrimas e indignación, Teobaldo comprendió que en ese mismo instante todas las posibilidades del peronismo de gobernar el país en la reapertura democrática, habían quedado sepultadas.

En 1989, se jubiló de Aerolíneas Argentinas, luego de veintitrés años de servicios en la empresa que era su orgullo como argentino y como aviador. Para esa altura, ya se había espezanzado y enorgullecido con el Juicio a las Juntas Militares y, también, ya se había decepcionado con las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. No sabía que todavía debería soporatar los indultos que otorgaría a los genocidas “el riojanito” del que Perón le había advertido – mucho tiempo antes – que traería muchos dolores de cabeza. Con dolor, asistió a esa traición a la patria, así como también a la privatización de los grandes baluartes estatales (como lo era la aerolínea de bandera, YPF, ENTEL, SEGBA y Gas del Estado, entre otras), y la desaparición de la dignidad de los argentinos.

Hoy, a sus 84 años, y desde hace once ya, está viendo lo que nunca creyó ver luego de tanto olvido e injusticia: a cientos de represores juzgados y condenados a prisión perpetua, además de las penas a varios de los civiles que prestaron su colabora-

ción a la dictadura. Lo único que todavía espera y aún le hace falta, es encontrar los huesos de Omar para dejar de velarlo de una vez por todas, para poder cerrar el duelo que lleva a cuestas hace 37 años.

Todos los martes continúa yendo a las reuniones de Familiares en el barrio de Congreso. También, con el mismo compromiso con que siempre encaró todo en su vida, se dedica a brindar charlas y entrevistas a todo aquel que se lo pida. Tiene especial vocación por los oyentes e interlocutores jóvenes, porque se siente responsable de explicarles en persona lo que le negó la escuela a él: quiénes son los verdaderos héroes de la nación y quiénes, los traidores. Pero, por sobre todo, lo hace con la esperanza de dejarles la posta de la lucha por memoria, verdad y justicia; de lograr ese trasvasamiento generacional necesario para la liberación de la patria.



Teobaldo Altamiranda en la histórica Confitería "Las Violetas". Su hijo, Rubén Omar, permanece desaparecido desde el 13 de enero de 1977.

CUATRO GENERACIONES, UNA MISMA LUCHA

“Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica”²⁷.

Salvador Allende

Yo tengo tantos hermanos, que no los puedo contar...²⁸

El 5 de marzo de 1933 llegó a la ya numerosa familia Huera-
vilo un nuevo integrante, al que bautizaron Oscar Eusebio. Su
padre, Alberto, un mapuche de la región chilena de La Arauca-
nía, tenía dos mujeres. Sí, dos mujeres, que no sólo se cono-
cían, sino que además, vivían en casas contiguas en el campo
y se llevaban muy bien.

Cada una tenía varios hijos con él y como las tareas hogare-
ñas eran muchas, se ayudaban mutuamente, aun en aquellas
que parecieran indelegables. No faltaba vez en que la ma-
drastra de Oscar le diera la teta a él, mientras su madre coci-
naba o lavaba para todos.

En los enormes campos que Alberto tenía junto a dos herma-
nos más, había plantaciones de trigo, maíz y árboles frutales.
Tampoco faltaban pavos, vacas, ovejas y caballos. Sin embar-
go, a decir verdad, a él no le gustaba mucho el trabajo de pico

²⁷ Palabras pronunciadas por el ex presidente chileno, Salvador Allende, el 2 de diciembre de 1972, en la Universidad de Guadalajara.

²⁸ Todos los subtítulos de este capítulo pertenecen a la canción “Los hermanos”, de Atahualpa Yupanqui.

y pala; por eso empleaba a peones, a los que les daba herramientas y semillas para que cultivaran la tierra.

Sus hermanos y algunos paisanos lo acusaban de vago porque le escapaba al trabajo físico y se dedicaba a la lectura, al estudio:

– ¡Ese es un tinterillo! – exclamaban de manera despectiva quienes pretendían que se sumara a la labor manual.

Lo calificaban así porque hacía de abogado, como si se hubiese recibido en una facultad, aunque no lo había hecho. Pese a esas injustas burlas, Alberto, en realidad, sabía mucho porque se había dedicado horas y horas a leer sobre leyes y artículos constitucionales. También había aprendido bastante de sus viajes a Temuco, la capital de la provincia de Cautín, de la que ellos eran nativos. Llegaba hasta allí en caballo, luego de recorrer varios kilómetros, y conversaba con políticos, sindicalistas y comerciantes, de los cuales ya se había hecho amigo.

Todo ese conocimiento lo aplicaba siempre para defender a su raza mapuche, a los pueblos originarios en general, a los trabajadores y los sindicalistas. Bregaba por la justicia social y por los derechos de los sectores históricamente avasallados y explotados.

Como casi siempre ha ocurrido y ocurre con los luchadores populares en Latinoamérica, una y otra vez fue encarcelado y torturado. En cada oportunidad que volvía a su casa tras un nuevo cautiverio, lo hacía en peores condiciones y su estado de salud se iba deteriorando poco a poco.

La última vez, fueron los carabineros a buscarlo a su casa. Advertido por la gente del lugar y su familia, logró escapar por la puerta de atrás, aunque su fortuna no duró mucho: fue capturado en el monte en el que pretendió esconderse hasta que pasara el peligro. Con las manos sujetas atrás y atado con varias sogas, la policía se lo llevó en sus caballos y, fusil en mano, lo vigilaban como al peor criminal. Nadie supo más nada de él. Al parecer, falleció en la cárcel; no se sabe si por el desgaste acumulado en todos esos años por tanta violencia en su contra

o, directamente, acribillado.

Oscar, por ese entonces, tenía apenas tres o cuatro años. Sin darse cuenta, estaba sufriendo la primera de todas las duras pruebas que la vida le pondría en el camino y que templarían su carácter de revolucionario.

Muerto Alberto, las dos viudas quedaron a cargo de todos los chicos. Al tiempo, la madre de Oscar, que aún era muy joven, se volvió a casar y le dio más hermanos.

Pero a los once años de edad, el niño debió afrontar una nueva pérdida: su madre falleció, dejando desperdigados a todos sus hijos, algunos muy pequeños todavía.

Oscar, con todo su dolor a cuevas en su alma infantil, se encaminó hacia Santiago de Chile en busca de dos de sus hermanos mayores que ya estaban en la capital del país. El viaje fue eterno; duró un día entero, pero a él le pareció más largo todavía.

Lloró prácticamente las veinticuatro horas que estuvo a bordo de ese micro. No era para menos: acababa de morir su madre; viajaba solo; y estaba dejando atrás su querida y hermosa tierra natal para dirigirse a un lugar desconocido. También lo acosaba el miedo de llegar y no poder encontrar a sus hermanos.

Los pasajeros adultos que iban con él intentaron calmarlo ofreciéndole comida rica y consolándolo, pero nada surtió efecto.

...y una hermana muy hermosa, que se llama libertad

Una vez ubicado en la capital trasandina, comenzó a ir a una escuela y a trabajar en un taller mecánico, donde sus compañeros, todos mayores que él, empezaron a instruirlo sobre derechos laborales y sindicalismo. También lo invitaron a su-

marse a unas reuniones que se realizaban los sábados, en las que se debatía sobre política.

Sus amigos, al ver que comprendía todo lo que iba escuchando, no dudaron en explicarle el marxismo. Sin dudas, ese fue un momento que lo marcaría para siempre: se entusiasmó tanto con la doctrina comunista, que devoró páginas y páginas de bibliografía relacionada a la ideología y a su aplicación concreta en la historia. Así fue creciendo y forjándose un camino como militante de izquierda, que desde muy joven ejerció con orgullo y compromiso.

A los dieciséis años, entró a trabajar en una fábrica textil y al poco tiempo ya se convirtió en delegado sindical. En medio de su intensa actividad política y laboral, también hubo tiempo para echarle el ojo a una muchacha de las tantas que eran empleadas allí.

Era muy hermosa, se llamaba Eliana Saavedra y vivía en el mismo barrio que Oscar, quien, ni lerdo ni perezoso, aprovechó esta circunstancia en su favor. Fue allí donde la conquistó; en la fábrica no había tiempo para amoríos.

El romance de estos dos jóvenes obreros chilenos (él ya tenía 17 y ella 16) fue fulminante: “pololearon” tan sólo tres meses y enseguida se casaron, pese a que la familia de ella se oponía de manera rotunda.

El padre era un médico vasco francés, que se había refugiado en Chile tras la guerra; la madre y la abuela, eran españolas. Eran católicos y de clase media, por lo que Eliana, más allá de estar trabajando en la fábrica, se había criado sin lujos, pero también sin privaciones. Había recibido una buena educación y alimentación, y había crecido bajo un lindo techo.

“¡Hacían bien en no quererme! ¿Cómo lo iban a hacer, si yo era pobre, mapuche y comunista?”, bromea siempre Oscar al respecto. Sin embargo, con el tiempo aprendieron a quererlo o, por lo menos, a tolerarlo. Descubrieron en él esa bondad de las personas simples y transparentes. La calidez y la franqueza

de quien se muestra tal cual es y ofrece no una mano, sino las dos, a quien lo precise, sin esperar retribución ni importar de quién se trate.

Siguiendo las recomendaciones del Partido, decidieron tener sólo un hijo, porque si hubieran seguido sus deseos personales, hubieran tenido varios más. La sugerencia que les hacían tenía que ver con no dejar una gran descendencia en este mundo signado por la explotación y la escasez de recursos.

De este modo, el único fruto del amor de esta pareja fue Oscar Lautaro Hueravilo Saavedra, a quien cariñosamente llamaban Taro.

Cuando el nene tenía tres años, una nueva complicación surgió en la vida de Oscar, quien por ese entonces tenía 25 años. El gobierno del general Carlos Ibáñez del Campo, a quien él como tantos otros comunistas y socialistas habían votado porque prometía derogar la “Ley maldita”, continuó con la persecución y encarcelamiento de militantes de izquierda que esa misma norma habilitaba.

Los dirigentes del PC un día los reunieron a los delegados sindicales de la fábrica y les dijeron:

– Chicos, van a tener que irse del país porque hay campos de concentración para los comunistas. Váyanse hasta que pase la represión. En la Argentina, compañeros y compañeras los van a recibir en distintas zonas, así que elijan a qué parte quieren ir.

La prisión clandestina a la que se referían las autoridades del partido era la de Pisagua, la misma que más tarde se utilizaría como centro de detención, tortura y exterminio bajo la dictadura de Pinochet.

Para preservar su vida y su libertad, Oscar y otros compañeros más eligieron Mendoza como destino, en especial por la cercanía, porque varios de ellos tenían familia y habían tenido que dejarla en Chile.

En la tierra del sol y del buen vino, se dedicaron a surquear uvas, una tarea totalmente ajena para obreros fabriles. Al cabo de cinco meses, Oscar ya quería volver: se suponía que el pe-

ligro había pasado, pero su deber como padre y como revolucionario no. Sus compañeros, en cambio, querían convencerlo de ir a Buenos Aires:

– ¡Vení a Buenos Aires! ¡Vas a ver qué lindo, huevón! Vamos a ir al baile, vamos a pasear.

– Allá también vamos a pasear. Hay que volver a Chile, nosotros somos revolucionarios – replicaba Oscar.

Con la plata que habían hecho trabajando para las bodegas, fueron a sacar los pasajes para el tren internacional que unía Retiro, con Mendoza y Chile. En plena boletería, la discusión se hizo presente otra vez:

– Uno para el tren hacia Chile – pidió Oscar a la chica que atendía.

– ¡Nooo! ¡Para Buenos Aires! – gritaban desde atrás los otros.

Oscar los miraba y les decía que no, pero no lo dejaban hablar. Frente a tanta indecisión, la muchacha intervino para apurar el trámite:

– ¡Señor! ¿A Buenos Aires o a Chile?

– Bueno, deme a Buenos Aires – dijo ante la insistencia el joven de cabello y bigote renegrado y cara angulosa.

Con la esperanza delante, con los recuerdos detrás

El país que lo cobijaría sólo por unos meses, hasta que ya no corriera peligro en su tierra natal, terminó siendo su lugar de residencia definitivo.

Cuando llegó a Buenos Aires, se afincó en una pensión del barrio de La Boca y consiguió trabajo como albañil. Además, para no abandonar la militancia, se reafilió en el Partido Comu-

nista argentino.

A todo esto, Eliana, que se había quedado con Taro en Chile, ya había comenzado a inquietarse – por no decir “a enojarse”– porque su marido estaba demorando bastante más de lo previsto. Un día vino sola a la Argentina, previo aviso mediante, para ver qué pasaba: o se volvía él a Chile o se trasladaban definitivamente a Buenos Aires ella y el niño.

Resolvieron que lo mejor sería lo segundo y, con eso en mente, mientras Pequeña – así le dice Oscar a su esposa – volvía a buscar a Taro, él rastrearía un lugar más cómodo para los tres.

Así fue que en 1961, luego de casi tres años, la familia Hueravilo-Saavedra pudo estar junta otra vez: primero, en una diminuta pieza de alquiler, con cocina; luego, con los años, en un departamento en el barrio de Palermo.

Pequeña es una mujer que, como su apodo lo hace suponer, es de baja estatura, pero no por eso débil; es de carácter aguerrido y espíritu valiente. Ni bien se instaló en Capital Federal, empezó a trabajar como empleada doméstica muchas horas al día, lo que le permitía ganar un muy buen sueldo.

Gente de mano caliente, por eso de la amistad

Los años transcurrían y los Hueravilo se aquerenciaban cada vez más con este país que les había abierto las puertas de par en par. Tenían trabajo, amigos, compañeros de militancia y un buen colegio para Taro.

A los once años, el chico ya había comenzado a militar en agrupaciones estudiantiles, tal vez motivado por la lectura de los materiales partidarios que su padre escondía debajo del

colchón y que él, para no aburrirse, robaba con sigilo una vez que terminaba de hacer la tarea.

Su desempeño como alumno era impecable. Le iba muy bien en las materias y tenía mucha facilidad para estudiar. Así fue cómo, casi sin darse cuenta, empezó la carrera de abogado en la Universidad de Buenos Aires.

A la par que estudiaba y que ayudaba con las materias a otros compañeros, también militaba en la Juventud Comunista y trabajaba en la empresa Peñaflor, donde era delegado gremial.

Antes de ir a rendir algún examen, siempre se repetía el mismo diálogo en el comedor:

– Negro, ¿cómo estás con la materia? ¿Bien? – preguntaba el padre.

– Sí, Negro, vos quedate tranquilo – decía Taro, con la serenidad de quien tiene la certeza de que como había estudiado, le iría bien. Luego, corpulento como era, entre risas y bromas lo zamarreaba un poco y le daba un abrazo.

En las tareas sociales que realizaba con el partido, conoció a otra militante, Mirta Mónica Alonso, con quien formó pareja y se casó enseguida, el 19 de julio de 1976. Él tenía 22 años y ella, 23.

Mirta era alta y rubia, y tenía ojos alargados, grandes, de color verde-mar como el Pacífico. Era docente y enseñaba varios idiomas.

Provenía de una familia de clase media alta, en la que su madre y sus abuelos, de origen español, eran ni más ni menos que franquistas. Ella, comunista y sindicalista, era la oveja negra de las tres hermanas Alonso.

Por supuesto que su familia no sólo se oponía a su militancia, sino también al matrimonio con Taro, por los mismos motivos que lo habían hecho los padres de Eliana con Oscar.

No es difícil imaginar que la joven se sentía mucho más a gusto con sus suegros, que la querían como a una hija más, que con su familia de sangre. Con Oscar, Pequeña y su marido, compartía los almuerzos de los domingos en el amplio come-

dor del departamento de Palermo en el que Taro había vivido hasta juntarse con ella.

Después de comer, tomaban alguna copita de licor o café y ponían el tocadiscos para escuchar música.

– ¡Oye, gallega! – decía entusiasmado Oscar.

– ¿Qué querés, mapuche? – replicaba con dulzura Mirta.

– Tocate algo con las castañuelas – pedía él, que disfrutaba muchísimo ver lo bien que lo hacía.

– Bueno, dale, pero vos después tenés que cantar algo.

– Sí, ¡con gusto!

Así pasaban las tardes de los domingos, entre risas, baile, música y canto. Eran cuatro, pero con la algarabía que les causaba estar juntos, hacían bochinche como si fueran cuarenta.

En diciembre de 1976, a nueve meses de iniciada la dictadura militar que parió desapariciones, torturas y muerte incluso antes de iniciarse, Mirta quedó embarazada. Pese al horror que se vivía por aquellos días, la noticia de la llegada del bebé trajo una gran alegría a la pareja y a sus suegros.

Y en nosotros nuestros muertos, para que nadie quede atrás

El 19 de mayo de 1977 murió Aurelio, el abuelo de Mirta, a quien ella quería mucho pese a su ideología franquista. Taro acompañó al velatorio a su esposa, que estaba embarazada de seis meses ya. También, por solidaridad con Mirta más que por vínculo con el difunto, se hizo presente Oscar.

Cansado, luego de un largo día de trabajo, estudio y militancia, a las doce y media de la noche Taro se fue a su casa, ubicada en Fitz Roy y Paraguay, en el barrio de Palermo.

– Gallega, ¿por qué no te vas a descansar vos también? Tenés que cuidar a mi nietito – le sugirió su suegro, mientras le acariciaba la panza. Sin embargo, ella decidió quedarse un rato más.

Cuando el joven abrió la puerta de su casa, no advirtió que una patota de un grupo de tareas de la ESMA lo estaba esperando. Los hombres, cargados con armas largas, lo empujaron al interior de la vivienda, lo golpearon y luego se lo llevaron en uno de los Ford Falcon verdes sin chapa que estaban estacionados en la puerta.

A Mirta la ‘levantaron’ esa misma noche de la sala velatoria ubicada en la calle Lavalleja al 155: dos hombres que se identificaron como policías, le dijeron que su marido había sido víctima de un asalto y que la había mandado a llamar. Muerta de miedo y preocupada por Taro, Mirta, con su enorme panza a cuestas, subió a uno de los dos automóviles que aguardaban a la salida. Cuando su padre alcanzó a pegarle el grito para que no subiera, ya era demasiado tarde: la puerta del Falcon se acababa de cerrar y luego de unos segundos, el coche se perdió de vista. Nunca más volvieron a verla, igual que a Lautaro.

Mientras los tenían cautivos a los dos en la Escuela de Mecánica de la Armada y los torturaban sin piedad, como a tantos otros ahí y en tantos centros clandestinos del país, Oscar y Pequeña – no así la familia de Mirta – comenzaron un largo peregrinaje por comisarías, iglesias, hospitales y juzgados.

Con el tesón y la voluntad que los había caracterizado siempre, pero reforzado por la desesperación de querer encontrar a los chicos, movieron cielo y tierra para intentar conocer algún dato sobre el paradero de ellos y, por sobre todas las cosas, para exigir su aparición con vida.

Se sumaron a las reuniones de distintos organismos de derechos humanos, donde tristemente descubrieron que había miles de personas viviendo el mismo drama; presentaron hábeas corpus; escribieron cartas a la ONU, la OEA y el Vaticano; comenzaron a marchar en Plaza de Mayo. Todo lo que podían

hacer y más, lo hacían, aunque volvieran cansados del trabajo o aunque debieran ajustar el presupuesto²⁹ para poder pagar las estampillas internacionales en el correo.

Pese al enorme dolor y el escaso éxito de las averiguaciones, Oscar sacaba energía de no se sabe dónde y seguía adelante, a la vez que trataba de sostener a Eliana que a veces flaqueaba y no podía hacer frente a semejante angustia.

Los meses pasaron y agosto, mes que el médico había señalado a Mirta como fecha de parto, había llegado. El bebé, cuyo nombre había sido consensuado luego de divertidas peleas con los abuelos, se llamaría Emiliano Lautaro y nació el 11 de agosto de 1977 en la maternidad clandestina de la ESMA. Su padre, Taro, no alcanzó a conocerlo porque fue ‘trasladado’ – perverso eufemismo – en uno de los vuelos de la muerte unos días antes.

Mirta pudo tenerlo con ella y amamantarlo durante sólo veintidós días, porque luego también fue arrojada desde un avión al Río de La Plata. Antes de que eso sucediera, consciente de su destino, se encargó de dejar rastros que pudieran servir para identificar a su bebé en el afuera y permitir su restitución. Hizo saber a sus compañeras el nombre que quería para su hijo y con un alfiler de gancho caliente, le hizo una marca en la oreja izquierda.

²⁹ Si bien no les faltaba nada, tampoco nadaban en la abundancia, por lo que no les hubiera venido nada mal aceptar la ayuda monetaria que las organizaciones locales les ofrecieron con los fondos que enviaban las instituciones internacionales en solidaridad con las víctimas del terrorismo de Estado en Argentina. Sin embargo, Oscar, sensible y generoso, rechazó el monto que le correspondía, para que éste pudiera ser aprovechado por aquellas mujeres que, de buenas a primeras, por el secuestro de los hombres de la casa (esposo, hijo o hermano), se vieron envueltas no sólo en una inmensa tristeza, sino también en una situación económica complicada. Eliana sólo accedió a hacer uso del servicio gratuito de psicólogos que los equipos de los organismos brindaban.

Nos perdemos por el mundo, nos volvemos a encontrar

El 13 de diciembre de 1977, luego de un día agotador de trabajo y reunión con los compañeros de los organismos de derechos humanos, Oscar y Pequeña se encontraban en su casa. Ella estaba bastante desalentada porque ese día no habían tenido novedades de ningún tipo sobre los desaparecidos. Él le propuso tranquilizarse, ponerse cómodos, cenar y ver algo de tele desde la cama, ya que ese día ninguno de los dos había podido escuchar la radio en sus respectivos trabajos, como solían hacerlo.

Cuando ya estaban recostados, alguien golpeó la puerta muy fuerte varias veces y también tocó el timbre. Oscar miró a Pequeña con sorpresa: a esa hora, las 21.30, se suponía que los militantes de cualquier partido ya no debían circular por las calles por el peligro que eso representaba. Eso hacía sospechar que quien golpeaba la puerta no era nadie conocido.

Con la intriga y los nervios a flor de piel, Oscar preguntó:

– ¿¿¿Quién es???

– ¡Soy yo, Marta! ¡Abrí, abrí, Oscar! – respondió una joven del otro lado de la puerta. Era Marta Calvo, compañera del trabajo de Taro.

– ¿Qué andás haciendo a esta hora?

– ¡Abrí, abrí! ¡Hay buenas noticias!

Cuando abrió la puerta, apareció Marta como con diez personas más, todos compañeros de su hijo, de la empresa Peñaflor.

– ¡Cámbiense rápido, dale, que nos vamos todos al hospital Elizalde, ex Casa Cuna!

Se cambiaron más rápido que nunca en toda su vida, agarraron los documentos y se fueron para allá. En el camino, les contaron que esa mañana, en el boletín informativo de Radio Mitre, habían dado a conocer la noticia de que un bebé de cuatro meses había sido abandonado en las escaleras de la ex

Casa Cuna, con un cartelito que decía su nombre: Emiliano Lautaro Hueravilo Alonso. La misma información, ampliada, la transmitió también Radio Colonia al mediodía.

Al llegar a la institución y luego de mucho insistirle a la gente de la recepción, lograron hablar con la directora. Le explicaron la situación y su intención de ver al niño, pero no hubo forma de que se los mostrara:

– Doctora, usted deber tener hijos también. Por favor, muéstreme a mi nieto, aunque sea de lejos; quiero verlo – rogaba Pequeña, apelando a los instintos maternos de la médica.

– No, no puedo. No tengo autorización para hacerlo. Quéde-se tranquila que mañana a la mañana lo va a ver – le aseguró y le dio un abrazo.

Se fueron todos juntos al departamento de Oscar a pasar la noche tomando mate y charlando, y a las seis, dos horas antes del horario señalado, ya estaban todos de vuelta en el hospital. De allí los mandaron al juzgado de la doctora María Servini de Cubría, que era quien atendía en el caso. Ella debía autorizar algunas cosas y firmar otras.

Luego de idas y vueltas, de ansiedades e incertidumbres, les entregaron el niño en el hospital. Venía en brazos de una enfermera, llorando y pataleando seguramente como cuando lo separaron de su madre para siempre. Para su fortuna, esta vez iba camino a las manos de sus abuelos paternos, que lo esperaban felices y emocionados, llenos de amor para darle.

Pequeña lo abrazó fuerte, le dio un beso de bienvenida y sus lágrimas de emoción se mezclaron con las de su nieto. Con los ojos empañados, todos allí miraban la conmovedora escena de ese reencuentro, el único de este tipo que se daría en plena dictadura.

Y esa fuerza pa' buscarlo con tesón y voluntad...

Mientras estrenaba su rol de abuelo y volvía a cambiar pañales y calentar mamaderas después de más de veinte años, su lucha permanecía intacta, incluso revitalizada. El hallazgo de su nieto, que había venido no con un pan sino con mucha ternura debajo del brazo, le había dado un nuevo ímpetu a este valiente hombre, que en 1979 pegó el portazo en el Partido Comunista.

Fue en un acto multitudinario del Comité Central, en el que incluso había gente afuera del local, ya que no había podido entrar por falta de espacio. Oscar venía teniendo diferencias de criterio con el partido y creyó que lo mejor sería expresarlas ahí mismo. Ante su planteo, los dirigentes permanecieron inmutables. Otros, sin ningún tipo de rodeos, opinaron que había que expulsarlo.

– ¿Ustedes me quieren echar? ¿Adónde me van a mandar? Acá en Argentina no está Siberia, ¿qué van a hacer, entonces? ¿Me van a mandar a la Antártida?

Para no darles el gusto a las autoridades del PC, se levantó y se fue solo; como él mismo dice, mandó todo al carajo.

No renunció a su ideología marxista, que permaneció intacta en su mente y en su corazón, pero sí a la institución. Se sintió defraudado por no recibir la solidaridad moral que él y su esposa – quien había empezado a militar hacía algunos años, por insistencia de Taro- necesitaban en ese duro momento.

Más que nunca, toda su actividad se volcó a los organismos de derechos humanos y a las marchas en Plaza de Mayo. Al igual que otros padres, iba a acompañar y proteger a su esposa los días jueves, cuando participaba de la ronda alrededor de la pirámide, junto a otras madres, reclamando por sus hijos.

Nunca va a olvidar la oportunidad en que, pocos días antes de la recuperación de Emiliano, el 8 de diciembre de 1977, ni Pequeña ni él cobraron en sus respectivos trabajos y, lo que

en ese momento les generó una verdadera molestia, luego les terminó salvando la vida. Ya no tenían dinero del mes anterior y dependían de lo que les pagaran ese día para poder ir a la Iglesia de la Santa Cruz, ubicada en el barrio porteño de San Cristóbal, donde se reunirían como tantas otras veces con familiares de desaparecidos.

En esa ocasión, la idea era organizar una colecta para juntar la plata necesaria para publicar una solicitada en La Nación con el nombre de sus seres queridos secuestrados. Sin embargo, los jefes de Oscar y de Eliana no alcanzaron a verlos antes de que se retiraran, y el matrimonio volvió a su casa con los bolsillos vacíos. No tenían para pagar el boleto de subte hasta la Iglesia, ni para hacer su aporte al fondo común, por lo que se quedaron en su hogar, amargados por la imposibilidad de concurrir a la reunión.

Esa tarde, la del día de la Inmaculada Concepción de María, frente a una nutrida concurrencia de fieles, un grupo de tareas de la ESMA se llevó del templo religioso a siete personas, entre ellas, madres de jóvenes detenidos y la monja francesa Alice Domon. Unas horas después, de sus domicilios, a otros tres integrantes del grupo que acudía con asiduidad allí; y, finalmente, el 10 de diciembre a Azucena Villaflor, fundadora de Madres de Plaza de Mayo, y a otra monja francesa, Léonie Duquet.

Milagro, casualidad, suerte o extraños designios del destino; llámenlo como quieran, pero por algo de todo eso o por todo eso junto, Oscar y Eliana se salvaron y pudieron estar vivos para recibir, cinco días más tarde, la noticia de la aparición de Emiliano en el Hospital Elizalde.

Tampoco borrará de su memoria, un día de 1982, cuando la policía montada a caballo reprimió sin discriminación alguna a mujeres y hombres en Plaza de Mayo, en su mayoría familiares de desaparecidos y militantes políticos y sociales.

Oscar, que tenía a Emiliano en brazos, y se encontraba acompañado por Pequeña y su consuegra, al ver la brutalidad

con que arrojaban a las mujeres a los camiones celulares de la policía, no pudo contener la indignación y gritó:

– ¡Ya basta, que no son bolsas de papa ni cebolla!

Bastó esa sola exclamación para que uno de los oficiales que estaba allí, lo señalara al albañil y dijera:

– Este también.

– Tengo al nene, ¿cómo me van a llevar? – suplicó Oscar, aferrado a Emiliano, que temblaba de miedo.

– ¿Qué no? – desafió el efectivo.

La puerta del móvil se cerró, dejándolo a oscuras junto a otros compañeros. Entre ellos estaba Luis Zamora, abogado defensor de los derechos humanos y compañero de militancia de Oscar en el MAS (Movimiento Al Socialismo), partido al que el chileno se había sumado recientemente, luego de su desencanto con el PC.

En el aire se respiraba una cierta tensión, provocada por lo que todos pensaban pero que nadie se atrevía a decir. ¿Pasarían ellos también a alargar la lista de desaparecidos? Los secuestros, en relación al período comprendido entre 1976 y 1979, habían menguado bastante, pero no habían cesado por completo. Todo lo que pudieran imaginar sobre lo que harían con ellos – e incluso lo inimaginable – era posible estando en manos de las fuerzas militares. Por fortuna, sólo estuvieron encerrados una semana en una comisaría, en la que Oscar compartió el calabozo con Luis Zamora, y luego fueron liberados gracias al reclamo de la sociedad que, poco a poco y harta de tanta opresión, comenzó a ganar las calles exigiendo una salida democrática.

Y así nos reconocemos, por el lejano mirar

Emiliano creció rodeado del amor de sus abuelos paternos y de los amigos de sus padres, que cumplieron el rol de tíos postizos. Entre todos lo consintieron y lo llenaron de regalos: le llevaban la mejor ropita, los juguetes más lindos y la comida más rica.

Al principio, Emiliano les decía “mamá” y “papá” a Eliana y Oscar, pero ni bien pudo comprender un poco más, frente a una foto del casamiento de sus padres, le enseñaron: “éste, papá Taro” y “ésta, mamá Mirta”.

Según el consejo de los psicólogos, de a poco, pudieron ir explicándole su historia, y a los ocho ya sabía gran parte de todo lo que había sucedido. A la par que debían responder las inquietudes del niño y contarle de la manera menos dolorosa posible hechos atroces que lo habían marcado y lo marcarían para siempre, en el fondo de su corazón, Oscar y Eliana albergaban la esperanza de que la incipiente democracia les devolviera a su hijo y a su nuera.

Al terminar la secundaria, por consejo de un vecino y amigo de la familia que era médico, estudió enfermería y le fue muy bien, lo que tranquilizó a su abuelo, que quería dejarle un buen futuro a su nieto.

Dicen que lo que se hereda no se roba, y Emiliano hace honor al dicho con creces. Es alto, corpulento, morocho y de ojos rasgados, como Taro, y también fue padre muy joven. A los 23 años tuvo a su primera hija, Lara; luego, más tarde, nació Sofía. También cumple con una intensa militancia social y sindical. Es dirigente de la agrupación Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio; Secretario General de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) en el Hospital de Niños Sor María Ludovica y Secretario de Derechos Humanos de la CTA en la Región La Plata-Ensenada.

A los 23 años, a poco de ser padre de Lara, se fue a España con la beba de seis meses y Marcela, su mujer de ese momen-

to, para conocer a Nilda Orazi³⁰, una compañera de detención de Mirta que pudo presenciar el parto. Necesitaba encontrarse con ella para que lo ayudara a reconstruir parte de su historia, para que le contara características de su madre, esas que a él le impidieron conocer por sí mismo.

Semillas de inmensidad

Su tupida cabellera y su bigote ya no son negro azabache como solían ser. Ahora lucen de un gris claro, que delata los 81 años que ya tiene a cuestas. Sin embargo, a juzgar por su entusiasmo y su espíritu incansable, Oscar pareciera tener muchos menos.

Hoy, y desde hace mucho, asumió que nunca más va a volver a mirar a los ojos a su hijo, a ese que más que hijo era un compañero, un amigo. Ya no espera que un día abra la puerta, le diga “hola Negro” y ponga a sonar en el tocadiscos un tema de Lucho Gatica, ni que se escuche el sonido de las castañuelas de Mirta.

³⁰ Nilda Orazi, además de recibir a Emiliano con profunda emoción y conversar en privado con él, también prestó su testimonio para el documental audiovisual *Con identidad propia*, en el que se cuenta la historia del joven nacido en la ESMA.

El film contó con un rodaje de dos años y la dirección del cineasta mendocino Mario Lázaro. Se estrenó oficialmente en 2004, en la provincia cuyana, previo preestreno en La Plata. Luego de ese primer viaje a España, Emiliano visitó nuevamente ese país para testimoniar ante el ex Juez de Instrucción, Baltasar Garzón, por el Plan Condor. Allí hizo una presentación contra el represor Adolfo Scilingo por los vuelos de la muerte y el plan sistemático de apropiación de bebés.

En 2005, Scilingo fue condenado a 640 años de prisión por la Audiencia Nacional de Madrid, por su responsabilidad en la muerte de treinta personas y una detención ilegal seguida de torturas. En 2007, el Tribunal Supremo Español elevó la condena a 1084 años.

Ya no lo espera con un vaso de vino y un plato de guiso, como lo hizo el último día que compartieron juntos, sin saber que no habría nunca más otra sobremesa para charlar como siempre lo hacían.

Y si no lo va a ver vivo, tampoco quiere ver sus restos: más allá de que autorizó a los antropólogos a rastrear el paradero de los huesos de Taro y de su nuera, asegura que si los encuentran, preferiría no saberlo.

A veces, cuando toma mate solo, hundido en sus pensamientos, los recuerdos de los días felices, cuando no faltaba nadie a la mesa de los domingos, irrumpen como una ráfaga en su mente y hasta le parece ver a los chicos. Los ojos se humedecen de golpe y llora en silencio un rato, tal vez en compensación por todo lo que no lloró en los primeros años, para mantenerse fuerte y sostener a Eliana. Hoy, ella ya no tiene más lágrimas para derramar: ya rodaron por su mejilla demasiadas, muchas más de las que alguna vez pensó gastar.

Oscar, que se mudó de Berazategui a La Plata hace unos pocos años, reparte su tiempo entre cuidar a su esposa, disfrutar de su nieto —a quien ve a diario porque vive en un departamento detrás del que ocupa él— y sus bisnietas, y la militancia en defensa de los derechos humanos.

También sueña con volver a sus pagos, a su tierra natal, a la que nunca más pisó desde que se fue a Santiago siendo un niño, en busca de sus hermanos, tras la muerte de su madre. Es una deuda pendiente que hace algunos años estuvo a punto de cumplir pero que debió posponerse porque justo comenzaron los problemas de salud de Pequeña, a quien bajo ningún punto de vista dejaría sola estando enferma.

Quizás, con la mejoría que Eliana tuvo en el último tiempo, pueda darse el gusto de viajar y estrenar las botas que se había comprado para caminar por los campos que lo vieron crecer.

Si bien hace ya bastante que abandonó el MAS, no hay marcha en reivindicación de los treinta mil compañeros desaparecidos a la que no vaya, ni juicio a los represores al que no

asista, sea como público o como testigo³¹. Con el trípode en una mano y el cartel con las caras de Taro y Mirta en otra³², recorre las calles y las plazas junto a su nieto y a tantos otros jóvenes que, sin haber vivido el espanto del terrorismo de Estado, repudian a los genocidas y luchan por memoria, verdad y justicia. Esos jóvenes en los que tanto cree, en los que deposita su confianza; esos que lo hacen sentir tranquilo y orgulloso porque retomaron la lucha que su hijo, su nuera y tantos otros habían empezado, y la mantienen viva. Esos que hoy florecen porque él y muchos más, se encargaron de sembrar semillas de inmensidad.

³¹En septiembre de 2013, Oscar brindó su declaración testimonial en la segunda parte del juicio por los crímenes de lesa humanidad cometidos en la Escuela de Mecánica de la Armada. También lo hizo su nieto, Emiliano.

Recientemente, presenció todas las audiencias del juicio a los represores del centro clandestino de detención La Cacha, llevadas a cabo en La Plata, incluida la jornada en la que se leyó la sentencia, por la que el Tribunal Oral Federal N 1, a cargo del juez Carlos Rozanski, condenó a quince de los genocidas a cadena perpetua.

³²El cartel que hoy en día lleva a las marchas, lo confeccionó con sus propias manos y es el mismo que lo acompaña desde 1977, año en que desaparecieron Lautaro y Mirta. Está hecho sobre un cartón rectangular, colocado verticalmente, con fondo blanco. En letra imprenta mayúscula, de color negro y reborde rojo, dice: “Desaparecidos el 19 de mayo del 77. Mirta M. Alonso-Oscar L. Hueravilo”. Debajo, está la foto de ambos.

LOS MUERTOS NO CUMPLEN AÑOS

“Es difícil volver a creer, a soñar, a amar, a pensar que se pueden hacer cosas distintas después de la tremenda derrota que sufrió el pueblo argentino. Pero un país puede resurgir de la sangre, la tortura y las desapariciones, y volver a creer”³³.

Néstor Kirchner

Una mujer y un hombre llevados por la vida³⁴

Markus, Mauricio, Marcos, Mauricio. Así era la sucesión de nombres de los varones de la familia Weinstein, oriunda de la zona de Rusia en la que hoy se encuentra Ucrania. Todos con la M por inicial, como la gran mayoría de sus antepasados, y todos puestos en honor al abuelo del que recién llegaba al mundo. La tradición permanecía intacta y todo indicaba que así continuaría.

Markus y su esposa llegaron a la Argentina en 1891, bajo un programa de la Jewish Colonization Association, una asociación creada por el barón Moritz von Hirsch para facilitar la emigración de judíos rusos perseguidos por el zarismo antisemita. Así, alrededor de diecisiete millones de hectáreas ubicadas en

³³ Palabras pronunciadas por el ex presidente Néstor Kirchner, el 7 de diciembre de 2004, en el primer homenaje que una entidad oficial de la comunidad judía, como la AMIA, realizó a los desaparecidos judíos en Argentina.

³⁴ Todos los subtítulos de este capítulo pertenecen a poemas de Juan Gelman. El escritor, al igual que Marcos Weinstein, formaba parte del judaísmo y también había perdido a su hijo, Marcelo Ariel, a manos de la dictadura militar iniciada en 1976.

distintas zonas de la Argentina, compradas por el hombre alemán, comenzaron a recibir a los beneficiarios de esa iniciativa.

La porción de campo que se le daba a cada familia para que la trabajara, era en carácter de arrendamiento, por lo que la JCA seguía siendo su propietaria. Markus, su mujer y sus siete hijos fueron del grupo de inmigrantes que lograron sobrellevar con valor las dificultades que el nuevo panorama les presentaba. Ya no corrían riesgo de ser ultimados en un pogrom³⁵, pero las condiciones para la supervivencia en la Argentina, en el oeste de la provincia de Buenos Aires, no eran tan benévolas como habían anhelado en su llegada.

Hubo un buen número de los recién arribados que murieron de hambre. Las tareas agrícolas no eran sencillas y del resultado de ellas dependía su vida. Otra porción de los colonos no se adaptó a la cultura criolla y decidió retornar a su tierra natal, aun a riesgo de ser asesinado.

Cuando Markus falleció, su viuda, analfabeta y apocada, no pudo pagar el alquiler y los gerentes de la JCA le ejecutaron la hipoteca. La reacción de la mujer fue toda una novedad para la época: junto a sus críos, se sentó en el umbral de la puerta de la entidad para protestar por el desalojo del que había sido víctima.

La medida evidentemente surtió efecto, ya que no debieron mudarse del campo que ocupaban y sus hijos, a costa de mucho esfuerzo, pudieron estudiar diferentes carreras o desempeñarse en el comercio.

Mauricio, uno de los cinco varones, a los catorce años ingresó en la Escuela Normal Popular de la Provincia de Buenos Aires, donde se recibió como maestro dos años más tarde. Cuando se enfrentó por primera vez a un curso, todos los alumnos lo

³⁵ *Pogrom* es un término ruso, cuyo significado literal es “devastación”. A lo largo de la historia se lo ha utilizado para denominar a las persecuciones de las que fueron víctimas los judíos en la Rusia zarista y en otras zonas del mundo. Secuestros, asesinatos y expoliaciones de sus bienes formaban parte de los ataques antisemitas.

sobrepasaban en edad.

Muy cerca del pequeño pueblo de Mauricio Hirsch, fundado de manera oficial en 1913 y bautizado con una versión castellanizada del nombre del adinerado personaje que había comprado las tierras, se encontraba Algarrobos. En esa localidad, se faenaban las vacas para proveer a la zona, y luego se las distribuía.

Quien intervenía como matarife era un hombre llamado Hirsch Berdichevsky. Él era el encargado de degollar a los animales con una navaja, para que se desangren. De la hija de este señor se enamoró Mauricio y se puso de novio. Estaba claro que lo mejor, por las dudas, era hacer buena letra.

De hecho, así fue y el joven terminó casándose con la muchacha de los pagos vecinos. Juntos tuvieron un hijo en febrero de 1928, a quien, como mandaba la tradición, llamaron Marcos.

El bebé nació y se crió en Mauricio Hirsch, en el partido de Carlos Casares. Su infancia transcurrió en el campo, en medio de la pampa húmeda, con todas las aventuras que ese paisaje hacía posible para un niño, que no conocía más límites que el horizonte ni mayor preocupación que remontar su barrilete o pescar peces en la laguna.

Los primeros cuatro años de la primaria, los hizo en la única escuela del pueblo, la N^o 6, donde su padre había educado a varias generaciones de niños, convirtiéndose en un docente reconocido del lugar. Hoy, en homenaje al papá de Marcos, hay un aula de la institución que lleva su nombre.

Luego, una tía que vivía en la localidad de Carlos Casares lo alojó en su casa y allí terminó la primera etapa de la escolaridad. Más tarde, hizo la mitad de la secundaria en Pehuajó y la finalizó en el Colegio Pueyrredón de la ciudad de Buenos Aires, adonde sus padres se mudaron junto con él.

La formación de Marcos continuó en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Buenos Aires y luego, en el Hospital Pirovano. Allí se capacitaba en pediatría, y lo com-

plementaba con lo que aprendía en el “Centro de Psicología y Psiquiatría” de la doctora Telma Reca, que era una eminencia en ambas disciplinas aplicadas a los niños. De ese modo, se convirtió en uno de los pocos varones del país que se dedicó a la psiquiatría infantil.

De lo posible a lo probable

A la par que su desarrollo profesional avanzaba con firmeza, formó pareja junto a Clara Burzny, una joven también perteneciente a la comunidad judía, con quien luego tuvo tres hijos: dos mujeres y un varón. La primera en llegar al hogar de este matrimonio fue Edith; la segunda, Dina, y el tercero, Mauricio, que nació el 7 de abril de 1960. Con él, la costumbre familiar de bautizar al recién nacido con el nombre de su abuelo, se cumplió una vez más.

Cuando Mauri tenía tres años y sus hermanas ya habían comenzado a dar los primeros pasos en la escuela, la familia probó suerte en Israel. Se fueron a vivir allá en 1963, y se asentaron primero en Netanya y luego en Haifa, donde Marcos trabajó también en la atención de salud mental infantil. A pesar de que todo marchaba muy bien, la experiencia duró sólo dos años, ya que en 1965, debieron regresar por problemas de salud de la madre de Clara.

Marcos es un hombre muy sereno y reflexivo. Esos rasgos de personalidad se vieron reforzados por el bagaje teórico aprendido y el ejercicio de la profesión. Así, muchas veces recapacitó sobre algunos aspectos de la educación de sus hijos, incluso de manera muy exigente consigo mismo. En ocasiones,

se reprochaba por el desarraigo que había hecho padecer —sin quererlo, claro— a Edi y a Dina, quienes habían comenzado la primaria en la Argentina y debieron desprenderse de todos sus vínculos para viajar a Israel, y luego de adaptarse al nuevo entorno, volvieron a verse obligadas a romper los lazos que habían logrado construir en esos dos años.

Otra situación que alguna vez lo mantuvo en vilo fue el tema de la doble escolaridad, como la que tenía el colegio privado de la comunidad judía al que iban sus hijos. El interrogante que le surgía al ver todo el tiempo que les insumía a los chicos ir doble turno a la institución, más el que se iba en algún turno con el dentista o el pediatra, o en las tareas, era: ¿cuándo jugaban? ¿cuándo tenían tiempo de ser niños?

Marcos trabajaba siempre en el ámbito público de la salud, tal vez para agradecer y devolver todo lo que él sentía, de cierto modo, que le debía a la educación estatal. Así, pasó por el Hospital de Clínicas, el Piñero, el de Niños, entre otros, hasta que regresó en 1969 al Pirovano, donde había dado sus primeros pasos.

Allí, tuvo el primer gran reconocimiento a su capacidad y su dedicación, y fue nombrado jefe de un nuevo servicio de psiquiatría, pionero para la época. Varios motivos le daban ese carácter a la Sala 18 del nosocomio: por un lado, la incorporación de dos nuevos parámetros, como lo eran la salud mental y la prevención, ya que hasta el momento se partía del opuesto, del de enfermedad mental, y la segunda no era tenida en cuenta. Por el otro, al ser una de las primeras salas psiquiátricas creada en un hospital general, había varios elementos de la dinámica del servicio que resultaban disruptivos para las estructuras habituales del lugar. Los pacientes, que se internaban sólo por un período no mayor a 90 días, deambulaban por el hospital; salían a comprar el diario al quiosco de revistas o recibían a las visitas en el bar de la institución médica. Es decir, rompían con el orden dominante que establecía que el único sitio destinado al 'enfermo' era la cama y, que si no se atenían a él, era sínto-

ma de inconducta por haber invadido el espacio del personal.

La idea de Marcos -un psiquiatra formado en psicoanálisis- era que esa nueva modalidad de tratar al paciente mental algún día pudiera revertir la hegemónica, que era la de la manicomialización. Él cree en que una mayor predisposición del médico a la hora de escuchar las problemáticas de las personas a las que atiende, puede calmar de forma notoria las ansiedades y evitar así el uso excesivo de psicofármacos. Asimismo, posee una visión integral del paciente, por lo que su presencia en el Hospital Pirovano también redundó en un cambio sustancial en la forma de abordaje de otro tipo de patologías.

En una oportunidad, por ejemplo, había entrado a quirófano un hombre al que había que amputarle una pierna. Había sufrido un grave accidente en las vías del tren que estaban muy cerca de allí y la operación debía hacerse de forma urgente. A pesar del apuro, el cirujano percibió que ese era un caso que requería de una gran contención psicológica.

– Un momentito: antes de comenzar la intervención, llámenlo a Marcos y pídanle que mande alguna psicóloga acá para hablar con el señor – solicitó quien tenía la triste tarea de llevar a cabo la mutilación.

De a cuenta gotas, la concepción del paciente como un todo, promovida por el doctor Weinstein y algunos colegas, había ido calando hondo. Empezaba a haber una comprensión cabal de que ya no podía decirse al herido, dos segundos antes de hundir el bisturí en su carne:

– Mirá: te voy a cortar la pierna, porque está toda rota y no sirve más.

En esa ocasión, acudió una psicóloga del equipo a conversar con quien debería afrontar, ni más ni menos, que la pérdida de uno de sus miembros inferiores y a explicarle que lo que le harían era por su propia protección.

Lo que parecía un imposible, que era que los médicos más pragmáticos pudieran tener en cuenta la influencia de factores

emocionales en los distintos cuadros, de a poco y con mucho esmero se había ido logrando. Bajo esa misma línea de razonamiento, se había conseguido que en el tratamiento psiquiátrico se incorporara el discurso psicológico y que ya no se asimilara de forma lineal lo cerebral con lo psíquico, o que no se buscaran necesariamente causas orgánicas a los trastornos de personalidad, las depresiones o las psicosis. La cura o la mejoría ya no eran mérito exclusivo de los medicamentos, sino que ahora también lo compartían con la palabra.

Como la vida de miles, como la felicidad de millones, como la paz de un país, este arduo trabajo se vio interrumpido por la dictadura militar de 1976. Pensar en el otro, ser solidario, ayudar a sanar y ser más libres, eran actitudes demasiado subversivas para ser toleradas.

El centro, tal como funcionaba desde 1969, se cerró; su jefe, Marcos, fue echado y el resto de sus integrantes, que se habían plegado al trabajo psicoanalítico propuesto, también fueron despedidos u obligados a proceder de acuerdo a los parámetros psiquiátricos contra los que habían luchado antes.

Un hombre deseaba ardientemente la revolución

Al igual que en la mayoría de las familias de clase media argentina de aquellos años, era Marcos, por su condición de hombre, quien salía a trabajar, mientras que Clara se ocupaba de los quehaceres domésticos y los pormenores cotidianos de la crianza de los hijos, tal como el mandato social deparaba para las mujeres. Además de su rol de ama de casa, también confeccionaba, junto a sus amigas, prendas para bebés que

vendían a alguna boutique especial.

Más allá de los intereses afines a la comunidad judía, que tenían por el simple hecho de pertenecer a ella por herencia, era una familia muy abierta a otro tipo de tradiciones o costumbres culturales. Sin embargo, Marcos nunca negó un escaso apego al aspecto religioso del judaísmo.

En la casa del barrio de Belgrano en la que vivían los cinco, cada uno de los chicos tenía su propio cuarto, al que cada uno de ellos se encargó de convertir en su propio mundo. Era uno de los espacios en los que la subjetividad de los jóvenes podía expresarse con total libertad, a pesar de estar entre cuatro paredes. Cuadros, dibujos, pósters, libros y tantos otros objetos, le imprimían a cada habitación su sello personal.

Mauricio, el único hijo varón de Marcos, era fanático de River. Cuando comenzó la secundaria en la Escuela Superior de Comercio “Carlos Pellegrini”, en 1973, seguro debió soportar las cargadas de sus compañeros de división. Ser hinchita del millonario no era, en esa época, tan fácil como ahora. Para ese entonces, hacía quince años que el equipo albirrojo, al que Mauricio y Marcos solían ir a ver a la cancha juntos, no festejaba un campeonato.

Todas las satisfacciones que por aquellos días no le daba el club de sus amores, las buscaba en los picaditos con amigos, a los que lo invitaban de a montones, porque era muy bueno jugando al fútbol. También le gustaba el rock progresivo y leer las revistas Mengano y Satiricón. Tal vez de ellas se contagió el humor mordaz que tenía, o quizás porque tenía ese tipo de humor era que las leía.

Como estudiante, su rendimiento era irreprochable. Sabía muy bien combinar sus hobbies con las obligaciones, de tal modo que los primeros no afectaran su desempeño escolar. La rapidez con la que aprendía los contenidos, le permitía obtener excelentes resultados con poco tiempo de dedicación. De hecho, el ingreso en “el Pellegrini”, uno de los colegios depen-

dientes de la Universidad de Buenos Aires, lo había logrado tras sortear con muy buenas notas algunos exámenes.

Mientras él transitaba sus primeros días en las aulas de la institución ubicada en Marcelo T. de Alvear al 1851, la efervescencia popular por la victoria de Héctor Cámpora en las elecciones del 11 de marzo de 1973 y el inminente retorno de Perón al país, copaban cada rincón del alumnado.

Ese contexto, sumado a su sensibilidad y su gran determinación, condujo a Mauricio a traducir sus inquietudes en militancia. Así fue como se integró a la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), una organización de filiación peronista de alcance nacional.

Él, como miles de jóvenes de su generación, con su participación política trataba de luchar contra las injusticias sociales que tanto lo afectaban, como eran la pobreza y la falta real de oportunidades.

En casa, los hijos no hablaban de política con Marcos y Clara. Simplemente, se evitaban ese tipo de discusiones para ahorrar tiempo y saliva. Cada cual tenía su postura definida y respetaba la de los demás, aunque el único que militaba era Mauricio.

Marcos sí le advertía a su hijo sobre los riesgos que implicaba la militancia en esa etapa de la Argentina, pero siempre lamentó que la rebeldía adolescente que atravesaba Mauri, haya hecho que sus palabras cayeran en saco roto.

Cuando Marcos se refiere a esa actitud de su hijo, no le resta ni el más mínimo mérito a su actividad política. De hecho, siempre resalta que más allá de su corta edad, Mauricio era un verdadero sujeto político, consciente de su forma de pensar y de proceder, muy ilustrado. Lo que sí lo apena es que, por ese rasgo de su carácter, no haya sido posible hacerle tomar en cuenta los consejos que él le daba por su bien, basados en su experiencia de hombre grande y cargados de amor.

En 1974, Edi, la hija mayor del matrimonio Weinstein, se recibió de Profesora de Jardín de Infantes, una de las dos carreras

que estudiaba. Años más tarde lo haría de la otra, y obtendría el título de Profesora y Licenciada en Ciencias de la Educación en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En ese mismo año, también se casó con Gustavo, su novio, por lo que su cama fue la primera de la casa en quedar vacía.

Un lento asesinato de ternura

A un año y cuatro meses de iniciada la dictadura militar, Mauricio recibió un duro golpe que lo marcaría para siempre, su tan corto 'para siempre'.

Durante la madrugada del 25 de julio de 1977, una patota entró a la casa de su amigo y compañero de banco, Rubén Benchoam, ubicada en Flores. El muchacho, también militante de la UES, asustado por el repentino ingreso del grupo armado a su habitación, por instinto, se movió en su cama. Ese simple reflejo motriz le valió que lo mataran de dos disparos, sin mediar palabra alguna. Débora, la hermana menor de Rubén y novia de Mauricio, aterrada, desde la cama de al lado, observó todo el episodio. En esos escasos segundos en los que ocurrió todo, rogó que fuera una pesadilla. Al fin y al cabo, era de madrugada y no sería la primera vez que un joven de su generación despertaba empapado en sudor y con el pecho agitado, tras haber visto escenas semejantes en sus sueños.

Pero no, para su desgracia todo era muy real. Tan real, que sintió cómo entre los integrantes de las fuerzas de seguridad la tomaban con violencia de los brazos y la llevaban arrastrando hasta uno de los autos sin patente que esperaba en la puerta.

A Rubén, agonizante por los impactos de bala que había recibido, lo metieron en el baúl del mismo vehículo. A ella, la sentaron sobre las piernas de tres militares que, en el mismo trayecto hacia el centro clandestino de detención al que la llevaban, la manosearon de arriba abajo.

– Te vamos a matar, por judía y subversiva – espetaban libidinosos sus abusadores.

Estuvo secuestrada durante un mes, en calidad de desaparecida, en la Comisaría 50; luego fue “blanqueada” y encarcelada en Devoto durante cuatro años. Una circunstancia, en medio de tanta tragedia, jugó a su favor: uno de los diez integrantes de la patota iba de forma frecuente al bazar del que era dueño su padre, quien siempre le regalaba tazas o platos que le sobraban.

– Che, no me puedo llevar a esta chica, porque el padre vio que vine. Él me conoce, porque vengo a su negocio y siempre me regala cosas – le dijo el oficial superior a su jefe, la noche del rapto.

– Bueno, llevatela a la seccional y después la blanqueamos – resolvió el responsable del operativo.

Ese mismo mes, a poco de haber ocurrido esos hechos, Edi y Gustavo viajaron a Mar del Plata con Mauricio. El propósito era doble: pasar unos días juntos para tratar de tranquilizar al joven militante de la UES, que estaba muy angustiado, pero además, aprovechar para conversar con él e intentar convencerlo de que se fuera a vivir al extranjero. Sin embargo, la propuesta fue rechazada una y otra vez.

Desde que la pasaron a Devoto, Mauricio y Débora pudieron comunicarse por carta, por intermedio de la abuela de ella que iba a visitarla y oficiaba de correo. “Cuando te vea no quiero besarte. Porque si te beso no puedo verte, y si no puedo verte me muero”, le escribió en una oportunidad.

Marcos, en febrero de 1978, le pidió prestada a uno de sus pacientes una casa rodante para irse de vacaciones en familia. El destino fue Iguazú; fueron de visita a las Cataratas. A decir verdad, la elección del lugar no fue azarosa: el hombre tenía en

mente un plan para salvar a su hijo.

Cuando estaban del lado brasilero, Marcos lo sentó a Mauri y le hizo un ofrecimiento:

– Mirá: qué te parece si mamá se va con vos a un lugar de Brasil, o si hace falta, a España, Israel, donde quieran. Yo me quedo en Argentina, con las chicas, y a ustedes los sigo manteniendo igual que ahora. Es lo mismo.

– No, papá, yo no puedo irme. Tengo un compromiso político. No puedo fugarme teniendo a mi amigo muerto y a mi novia, presa – respondió con determinación, en medio de una crisis de llanto.

– Justamente, hijo, Debi va a salir libre en algún momento porque está presa y blanqueada, y vos, si te vas, vas a poder reencontrarte con ella – insistió con dulzura su padre, intentando llamarlo a la reflexión.

– Si me obligás a irme, me voy, pero quiero que sepas que voy a volver a entrar por algún otro lugar de la frontera – advirtió Mauricio, mostrando lo definitivo de su decisión.

Días después, los cuatro veraneantes estaban de vuelta en Buenos Aires. Faltaba poco para que Mauricio comenzara el sexto y último año en el Colegio “Carlos Pellegrini” y había que acondicionar el uniforme, que constaba de pantalón y saco.

Por más que desde hacía dos años estaban prohibidos los centros de estudiantes en las escuelas y las agrupaciones políticas, los integrantes de la UES se reunían de forma clandestina, e incluso, todavía realizaban algunas pintadas, volanteadas o marchas. Hasta antes del golpe, aunque ya estaba muy complicado el panorama para ejercer la militancia, hacían una gran cantidad de actividades: pedían que los estudiantes con menos recursos tuvieran acceso a los libros; conseguían útiles gratis para repartir; alfabetizaban a niños y adultos en las villas miseria; organizaban talleres de teatro infantil con contenidos sociales que fomentaban la solidaridad. Otra conquista que habían logrado fue el permiso para que en la Escuela Normal 4, que era sólo de mujeres, las chicas pudieran usar pantalones.

Mauricio cursaba en el turno vespertino; ingresaba a las seis de la tarde y salía a las once de la noche. A veces, cuando Marcos terminaba de atender en el consultorio a las nueve de la noche, que quedaba a cinco cuadras del colegio, lo esperaba y lo pasaba a buscar con el auto. Otras, Mauri aprovechaba la cercanía de la oficina de su padre y se quedaba a dormir ahí, para al otro día ir temprano a educación física. Quizás también lo hacía creyendo que así despistaría a los militares, en caso de que fueran por él.

La emoción contra la pared, espera que la fusilen

El martes 18 de abril, sólo once días después de su cumpleaños número 18, Mauricio se tomó el micro para ir a clases. Hacía poco más de un mes que había comenzado el ciclo lectivo, el último antes de comenzar alguna carrera universitaria o un trabajo. Previo a su partida, avisó a su familia que esa noche no dormiría allí, que se quedaría en el lugar de trabajo de Marcos. Mientras, sus papás programaban una cena con dos matrimonios amigos en su casa.

En medio del clima distendido de la comida compartida con gente querida, sonó el timbre. Marcos se levantó de la mesa y fue a abrir la puerta. Al grito de “¡Policía!”, ingresó un grupo de hombres, todos armados, que obligaron a los presentes a ponerse contra la pared. De la situación tampoco se salvó Dina, que fue arrancada de su cama, donde estaba durmiendo, e incorporada al resto de las personas. La chica de veinte años, estremecida, no paraba de preguntar dónde estaba su padre, que era el único que faltaba allí.

A Marcos se lo habían llevado instantes antes, con una pistola pegada a su oreja y sin encapuchar. Lo subieron a uno de los autos en los que había llegado la patota, y lo condujeron hasta Viamonte 2565, donde quedaba su consultorio. En medio del trayecto, se detuvieron un momento en la seccional policial Nº 7, que quedaba en la calle Lavalle y Pueyrredón. Luego, retomaron el camino y, sin dejar de apuntarlo, lo obligaron a abrir la puerta del 2º B. Allí capturaron a su presa, que hasta un minuto antes estaba durmiendo en el diván, y revolvieron las pertenencias y papeles que encontraron dentro.

Con torpeza, lo metieron en un coche y a su padre en otro. De un empujón, Marcos fue devuelto al interior de su hogar, donde aún continuaban todos parados contra la pared, bajo la atenta vigilancia de los integrantes del grupo de tareas.

Esa misma noche, también secuestraron a Juan Carlos Már-tire, un compañero de colegio de Mauricio, que tenía 17 años. Ambos fueron conducidos al centro clandestino de detención “El Vesubio”, ubicado en el cruce de la Autopista Ricchieri con el Camino de Cintura, en La Tablada. Veinte días más tarde, llegó al lugar otro grupo de jóvenes de ‘el Pellegrini’, todos levantados el 9 de mayo en sus domicilios. Eran Alejandra Naf-tal, Mirta Diez, Alfredo Chávez, Guillermo Dascal y Samuel Leonardo Zaidman.

Resultaba evidente la intensificación del trabajo de inteligencia hecho en perjuicio de los estudiantes secundarios de esa institución, de los cuales ya habían detenido, en 1976, a Noemí Jansenson, Miguel Sergio Arcuschin y Claudio Braverman; a Rubén y Débora Benchoam, en julio de 1977; y a Laura Feldman en febrero de 1978.

Hay que aprender a resistir

Marcos, como pudo, contó a su esposa, su hija y sus amigos lo que había vivido hacía instantes. El hecho de que supusieran desde hacía tiempo lo que podía llegar a ocurrirle a Mauricio como consecuencia de su militancia, no alivió ni un poco el desconcierto y la angustia de sus seres queridos.

Es muy distinto pensarlo, manejarlo en el plano de lo posible, a vivirlo. Nadie está preparado para afrontar semejante situación traumática, ni aun cuando se prevé como factible. Además, siempre se descansa en la esperanza de que en verdad no suceda, de que pueda esquivarse ese hipotético desenlace que acecha para aprovechar cualquier circunstancia en su favor.

Tras compartir el relato del viaje de ida, de la captura de su hijo y del retorno a la casa, Marcos llamó a un amigo para pedirle que lo acompañara al consultorio a ver en qué estado había quedado su espacio laboral. Quizás, ver la escena del secuestro también podría aportarle algún dato para iniciar la búsqueda.

El piso del sitio donde el doctor Weinstein intentaba aliviar las tristezas de muchos niños, resolver sus conflictos, ayudar a hacerlos más felices, estaba cubierto de dibujos que sus pacientes hacían en cada sesión. La inocencia de esos trazos de colores, desparramada por todos los rincones, no condecía con el resto del panorama, que evidenciaba la violencia con la que se habían sucedido los hechos.

Estaba todo revuelto, desordenado y había algunos objetos rotos. Seguramente buscaban armas que comprometieran más a la víctima, pero no había. Objetos de valor, que pudieran llevarse como botín de guerra, tampoco. Dinero en efectivo, menos. Una heladera vacía y un anafe con cuatro hornallas era lo único ajeno al mobiliario habitual de una sala de terapia psicoanalítica.

Gracias al hombre que lo había acompañado, que tenía algún conocido en las fuerzas policiales, esa misma noche pudieron

averiguar que Mauri estaba en el cuartel de Palermo. Les prometieron que en breve sería liberado, que sólo sería sometido a un simple interrogatorio. Sin embargo, nada de eso sucedió. La “brevedad” se extendió más de la cuenta, demasiado.

De un día para el otro, la vida que conocían hasta ese entonces, no existió más. Marcos sí debió mantener la rutina laboral, porque era el único ingreso de dinero del hogar, pero eso no le impidió sumarse a la incesante indagación que su esposa realizaba a diario.

Al cuartel de Palermo, fueron en una gran cantidad de oportunidades. Sólo en algunas lograban tener contacto con algún oficial del Ejército, aunque de poco servía. Datos certeros no consiguieron nunca, pero lo que sí siempre obtuvieron fueron mentiras y humillaciones.

Otro lado por el que encararon la búsqueda fue por el de las autoridades de la comunidad judía en Buenos Aires, así como las internacionales. Desde un primer momento, acudieron a la Embajada de Israel en la Capital Federal, donde los recibía el secretario, Ran Curiel. Una vez sola los atendió el propio embajador, Dov Schmorak.

En una ocasión, Marcos desayunó con el presidente de la B’Nai B’rith Internacional, una institución judía destinada a combatir todo tipo de discriminación y cualquier forma de violencia, que tenía vínculos con la Organización de las Naciones Unidas. El padre, preocupado, le explicó cuál era la situación de él y de su hijo; su interlocutor escuchó con atención, pero no hizo nada concreto para ayudar a encontrarlo.

El gobierno israelí, al que también presentaron su caso y le solicitaron colaboración, tampoco se movió mucho por ellos ni por el resto de la comunidad -por no decir casi nada-. Marcos recuerda que lo máximo que hizo, en algunos casos, fue brindarles el pasaporte de tránsito, el *laissez-passer*, a los judíos que pretendían salir de la Argentina para exiliarse en cualquier otro país. Por orden de la ONU, ningún estado que formara

parte de ella podía dificultar el ingreso a su territorio de un extranjero que poseía ese documento.

La otra acción que llevaron adelante los diplomáticos israelíes en el país fue visitar a los detenidos que estaban blanqueados en cárceles, pero no mucho más. La Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA) y la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), tampoco tuvieron un rol muy activo en defensa de su pueblo durante los años de la dictadura argentina.

Sólo el rabino Marshall Meyer y el periodista Herman Schiller fueron verdaderamente solidarios con los familiares de los desaparecidos judíos, y ninguno de los dos ostentaba puestos políticos ni en Argentina ni en Israel.

Mientras tanto, adentro de los centros clandestinos de detención, incluido "El Vesubio", quienes pertenecían al judaísmo recibían torturas y vejámenes mayores que a los que eran sometidos todos los secuestrados. Las humillaciones verbales y los castigos físicos que aplicaban los militares a los judíos eran más cruentos, y los represores no lo negaban, sino todo lo contrario: se lo dejaban bien en claro.

Estas visitas que nos hacemos: vos desde la muerte, yo cerca de ahí

El 25 de mayo a la mañana, sonó el timbre de la casa de la familia Weinstein. Asombrado, porque no esperaban a nadie ese día, Marcos fue a atender. Ni bien abrió la puerta, encontró parado en la vereda a un hombre de tez morena, con rasgos nortños, a quien él no conocía.

El visitante se presentó como un guardia del centro clandesti-

no de detención donde estaba cautivo Mauri. Ante la total falta de información del paradero de su hijo, Clara y su esposo decidieron escuchar al extraño. Sabían que podría resultar peligroso o, en el mejor de los casos, ser una gran mentira, pero eran riesgos que estaban dispuestos a correr con tal de intentar obtener alguna pista útil.

– Mire, yo soy el que lo cuida a su hijo. Tiene acné en la cara y, como me dijo que usted era médico, vine a ver si podía darme algo para eso. También, si quiere, puede darme algún calzoncillo o medias, para que tenga para ponerse, porque no tiene nada – dijo con total naturalidad al matrimonio, que no daba crédito a lo que estaban escuchando.

– ¿Y por qué hace esto? ¿Por qué deberíamos confiar en usted?- cuestionó la dueña de casa.

– Lo vi caminar muy triste y me conmovió. A mí, hace poco se me murió mi hija en un accidente, ¿sabe? Y ver así a un chico tan joven, me enterneció.

Aunque la pareja tenía sus resguardos sobre lo que narraba, resolvieron darle un pequeño paquete con ropa interior y medias. Después de todo, en caso de que fuera verdad, estarían dándole a Mauricio la única muestra de amor y cuidado que podría recibir ahí adentro.

El guardia no les pidió dinero, lo que hacía sospechar que tal vez no estuviera mintiendo: si había ido hasta allí sin buscar un rédito económico, claramente el móvil de su acción era otro. Incluso, fueron Marcos y Clara los que quisieron darle plata y él se negó. Sólo aceptó el equivalente a treinta pesos actuales y prometió:

– Bueno, con esto le voy a comprar un sándwich.

Como cuando alguien se despide de un familiar o amigo que hacía tiempo no veía y promete retomar el contacto por teléfono, el hombre morocho, antes de cruzar el umbral de la puerta les aseguró que los llamaría para mantenerlos al tanto del estado de su hijo.

Lo que parecía ser un delirio, no lo fue tanto. Una vez por semana el teléfono sonaba en el hogar del barrio de Belgrano y quien estaba del otro lado era ni más ni menos que el cuidador de Mauricio.

– Su hijo está bien, doctor. No se preocupe – aseguraba la voz desde donde fuera que estuviera.

En una oportunidad, además del parte de salud, advirtió:

– Algún día voy a tener que dejar de llamarlo, porque me van a mandar a otro destino.

En el domicilio particular del médico, tuvieron lugar algunas otras visitas presenciales del mismo tenor; habrán sido tres. Lo más curioso fue la propuesta que el hombre anónimo le hizo a Marcos en un bar. Le ofreció llevarlo un rato como prisionero para que pudiera ver, a través de una ventana, el lugar donde estaba Mauri junto con otros detenidos.

Sin embargo, eso no se concretó jamás. El padre, dispuesto a poner el cuerpo en manos del enemigo, un día fue a la puerta del regimiento de La Tablada, que era donde el guardia le había dicho que estaba el muchacho. Esperó ver pasar a quien le abriría la puerta de la verdad o le tendería una emboscada, para poder entrar con él, pero nunca apareció. A partir de ese momento, tal como le había anticipado el guardia que podría suceder, no hubo más llamados telefónicos ni ningún tipo de comunicación.

Tu dulzura como acto

En abril de 1978, el mes en que había desaparecido Mauricio, las rondas de las Madres de Plaza de Mayo cumplían un año.

“Desde la primera vuelta alrededor de la Pirámide, cada jueves, más mujeres se sumaban a la manifestación para exigir la aparición con vida de sus hijos o, al menos, información sobre su paradero. El incremento de la concurrencia estaba motivado, lamentablemente, por el número cada vez mayor de detenidos y por el contagio del coraje: hubo un grupo pionero que abrió el juego, que se animó a dar el primer paso, y eso les dio confianza a muchas madres más, que descubrieron que no estaban solas ni en el sufrimiento ni en la lucha.

El poder simbólico de esas manifestaciones era doble: por un lado, no era un dato menor que en uno de los centros neurálgicos de la Capital Federal, en plena dictadura, alguien denunciara la estrategia represiva del gobierno de facto y exigiera la restitución de hijos y nietos nacidos en cautiverio. La visibilidad del reclamo en medio de esa histórica plaza, estaba asegurada. Por otro, que quienes lo hicieran fueran madres, con todos los sentidos y representaciones sociales que se encuentran ligadas al rol materno -como la abnegación, la pureza y el amor-, les daba credibilidad ante la opinión pública, más allá de la campaña de desprestigio que los militares hacían en contra de ellas, tildándolas de “viejas locas”.

Clara fue una de las mujeres que se sumó en 1978 a las rondas y, al igual que muchas otras, contaba con la protección de su marido desde las inmediaciones de la plaza; ellos, por más que quisieran hacerlo, no tenían permiso para entrar al recinto marcado con vallas. Marcos se tomaba los jueves en el trabajo para llevar a su esposa en el auto hasta el lugar; vigilar que todo estuviera bien, ya que el peligro al que se exponían en esa media hora de caminata circular y pacífica era enorme, y llevarla de vuelta hasta la casa que compartían ambos.

A veces, las madres se quedaban en algún bar de Avenida de Mayo a conversar, con suma discreción y en código, sobre las estrategias que seguirían para reavivar las búsquedas, para difundir más y mejor la información sobre cada caso. En esas

oportunidades, una vez que Marcos veía entrar a Clara al bar acompañada de las demás señoras, se iba tranquilo y ella volvía luego a su domicilio.

El polo de lucha que constituyeron aquellas mujeres en plena aplicación del terrorismo de Estado no pudieron eliminarlo ni aun desapareciendo y asesinando a un grupo de ellas, como lo hicieron con Azucena Villaflor, María Ponce de Bianco y Esther Ballestrino de Careaga. Creyeron que al igual que las palomas, que huían espantadas con el pisar fuerte de sus botas y el golpe de las herraduras de los caballos sobre el piso, las madres se irían, se resguardarían en sus casas y renunciarían para siempre a la idea de ir cada jueves a dar batalla. Sin embargo, nada de eso sucedió y, del mismo modo que lo hacían las palomas, ellas volvieron una y otra vez a ese lugar que, a fuerza de una gran valentía y perseverancia, habían logrado conquistar.

Aquí pasa, señores, que me juego la muerte

Marcos y Clara, más allá de ser judíos, no dudaron en golpear la puerta de distintas parroquias de la Iglesia Católica para pedir ayuda. Así, se repartieron para visitar a Monseñor Vicente Zazpe, en Santa Fe; al obispo Jorge Novak, en Quilmes, y al arzobispo Jaime de Nevares, en Neuquén.

Por aquel entonces, Zazpe aparecía como una de las pocas figuras jerárquicas de la Iglesia solidarias con las víctimas de la dictadura. Por eso Marcos y Clara, al igual que muchas otras personas, confiaron en él. El monseñor visitaba las cárceles e hizo una gran cantidad de pedidos por los desaparecidos. También, en una oportunidad, expresó públicamente:

*Es insólita la calificación de ‘actos de servicio’ para la tortura, el secuestro impune, la muerte clandestina, la detención sin proceso, la entrega de niños a desconocidos y el latrocinio descarado de los hogares*³⁶.

Sin embargo, luego se supo que Zazpe, vicepresidente de la Conferencia Episcopal, en más de una ocasión almorzó con Jorge Rafael Videla y hasta hay quienes hablan de que habría existido una amistad entre ellos.

A la par que realizaban todas estas gestiones, Marcos, como padre de familia, también debía ocuparse de proteger a sus otras dos hijas. Dina había corrido un riesgo muy grande la noche del 18 de abril, cuando el grupo de tareas había entrado en la casa, mientras ella dormía. Su papá, ya que no había podido salvar a Mauricio, no permitiría que le arrancaran otra hija de su lado.

El correo postal era otra de las herramientas que Marcos utilizaba para establecer puentes con personalidades destacadas del exterior que pudieran hacer cualquier tipo de aporte a la investigación. A veces, obtenían respuestas de algún representante o senador de los Estados Unidos o de Francia, que venían a la Argentina por razones diplomáticas, y se encontraban con ellos.

En medio del despliegue de todas las estrategias posibles, en enero de 1979 Marcos y Clara recibieron la sorpresiva visita de un compañero de cautiverio de su hijo. El joven había estado en “El Vesubio” hasta el 23 de septiembre del año anterior, día en que fue trasladado a una unidad carcelaria de la ciudad de La Plata. El ex detenido le aseguró al matrimonio que Mauri, en esa misma fecha, había sido llevado a otro lugar también, pero que no sabía adónde. Por primera vez en diez meses, tenían un dato de una fuente de primera mano y confiable; el del guardia del centro clandestino, no podía ser considerado como tal.

³⁶ Wornat, Olga (2002). *Nuestra santa madre: Historia pública y privada de la Iglesia Católica Argentina*. Buenos Aires: Ediciones B Argentina, Grupo Zeta.

Lo positivo de la información era que cinco meses más tarde de su secuestro, Mauricio permanecía con vida. Eso alimentó la fantasía de que tal vez el mecanismo utilizado por los militares consistía en sacar a los militantes de circulación por un tiempo, el que consideraran necesario para sus planes, y luego otorgarles la liberación. Nadie en aquellos días podía imaginar ni dimensionar los alcances del aparato represivo montado para el secuestro, la tortura y el exterminio masivo. Lo negativo era que si su hijo había sido trasladado -en el sentido literal de la palabra, no en el perverso significado asignado por los genocidas-, seguían sin poder saber dónde estaba.

Durante todo ese año, nada de todo lo que hicieron los acercó a la verdad ni les devolvió a Mauricio. Clara seguía acudiendo a las rondas de los jueves y yendo de entrevista en entrevista, junto con Marcos o sola, dependiendo del día de que se tratara. También buscaron apoyo en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, donde se refugiaban muchos de los familiares de los detenidos.

Con esa incertidumbre pesando en el pecho y con un nudo en la garganta, el 7 de abril de 1979 vivieron el primer cumpleaños de Mauricio sin él. El día en que deberían haberlo saludado por sus 19 años de vida, él no estaba con ellos. Su silla permanecía vacía, al igual que su cama. Las revistas *Satiricón*, guardadas en su ropero, esperaban volver a ser hojeadas por su dueño y en la hinchada de River había un hueco.

A comienzos de 1981, el teléfono sonó en la casa de Marcos mientras estaba allí su hija Edi, que cursaba el embarazo de una niña. Descolgó el tubo y se lo acercó al oído:

- Hola, ¿Edi? – dijo una voz femenina y juvenil del otro lado.
- Sí, ¿quién habla? – respondió desorientada.
- Estoy en Ezeiza. No lo busquen más a Mauricio...

Confundida y shockeada, la hermana mayor del joven no alcanzó a preguntarle nada a su interlocutora, porque cuando reaccionó, ya escuchaba el tono intermitente que indicaba que la llamada había terminado. Edi recién le contaría a su padre este episodio mucho tiempo después.

Esta esperanza que come panes desesperados

Ningún plan se descartaba si existía la más mínima posibilidad que de él se derivara un resultado positivo. El ingenio de Marcos y Clara, a medida que pasaba el tiempo, más se agudizaba. Estaban atentos a cualquier circunstancia que sucediera tanto dentro como fuera del país que pudiera allanarles el camino.

Así, por ejemplo, cuando en 1981 Gro Harlem Brundtland asumió como Primera Ministra en Noruega, no tardaron en escribirle. Apelaron a la conjunción de dos factores que les parecían determinantes: el poder que le otorgaba ocupar el máximo puesto ejecutivo del país y la sensibilidad que posee toda mujer que es madre.

En 1983, Marcos y Clara se sumaron al Movimiento Judío por los Derechos Humanos (MJDH), fundado por el rabino Marshall Meyer y el periodista Herman Schiller. La irrupción pública de la organización fue en una marcha que se había convocado para repudiar la Ley de Autoamnistía, promulgada por la Junta Militar para liberarse de las futuras responsabilidades penales que recayeran sobre sus integrantes por los delitos cometidos desde mayo de 1973 hasta junio de 1982, en el marco de la “guerra contra la subversión”.

En esa jornada, alrededor de 1.200 judíos recorrieron por primera vez las calles detrás de una bandera que los identificaba como colectivo. La indiferencia y el silencio de las máximas esferas de poder de la comunidad a la que pertenecían, los convirtieron en alianza y movilización. Lo hicieron incluso en contra de la opinión de esas mismas autoridades, que los habían abandonado y que ahora aparecían para ponerles palos en la rueda.

Ante la incomprensión inicial de los demás organismos de derechos humanos, que los calificaban de sectarios, el movimiento al que se habían incorporado Marcos y Clara

siguió su lucha y el 24 de octubre de 1983, a menos de una semana de las elecciones que marcarían el retorno a la democracia, organizaron un acto propio en el Obelisco bajo la consigna: “Contra la discriminación y la plena vigencia de los derechos humanos”.

Te nombraré veces y veces...

La esperanza de Marcos y Clara, sustentada en la posibilidad de que al finalizar la dictadura liberaran a todos los secuestrados y estos pudieran reencontrarse con sus familias, se fue diluyendo al ver que ya había asumido Raúl Alfonsín como presidente constitucional de todos los argentinos y Mauricio seguía sin aparecer. De a poco, comenzaron a despedirse de esa remota chance que los había mantenido expectantes hasta el último momento.

Gracias a la derogación de la Ley de Autoamnistía y al decreto 158, firmado sólo cinco días después de la recuperación de la democracia, fue posible sentar en el banquillo de los acusados a los máximos responsables de los crímenes de lesa humanidad cometidos entre 1973 y 1983.

Así, el 22 de abril de 1985 comenzó el Juicio a las Juntas Militares, lo que constituyó un hecho histórico a nivel internacional: era la primera vez que un grupo de genocidas era juzgado por los tribunales civiles de su propio país, bajo las mismas leyes vigentes para todos sus compatriotas.

En la Sala de Audiencias de la Cámara Federal, ante un enorme crucifijo y un vitreaux que rezaba “Afianzar justicia”, desfilaron más de ochocientos testigos, en su mayoría ex detenidos y

familiares de desaparecidos. Entre ellos, estuvieron presentes Marcos Weinstein y su esposa, Clara, quienes fueron citados a declarar por el fiscal Julio César Strassera, no sólo para exponer ante la justicia el caso de su hijo Mauricio, de 18 años de edad, sino también a modo de representación de otros casos de menores desaparecidos.

Sentados a muy pocos metros de los asesinos de su hijo, los mismos que le negaron hasta la posibilidad de tener su cuerpo para enterrarlo; respirando el mismo aire y gozando de los mismos derechos y garantías que ellos, Marcos y Clara revivieron por primera vez ante un tribunal³⁷ su drama, que era el de tantos otros.

La colectivización del duelo que recién estaban empezando a transitar, sirvió para disminuir, aunque sea en parte, el impacto a nivel individual. Saber que todos los declarantes y muchas personas más habían sido víctimas directas o indirectas del mismo horror, los hermanaba, a pesar de las diferencias ideológicas, religiosas o raciales que pudieran haber. Un acuerdo tácito de solidaridad entre todos ellos se sumaba a los que ya estaban vigentes desde hacía varios años, pero más parcializados.

El duelo de Marcos, como el de las miles de familias que aún no han podido recuperar los restos de su ser querido, permanece en suspenso. No hay forma de terminar de elaborar su dolor sin poder darle sepultura a su hijo ni tener un lugar al cual ir a dejarle una flor o decirle cuánto lo extraña³⁸.

³⁷ Muchos años más tarde, en los juicios que se iniciaron contra los genocidas tras anularse las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, Marcos y Clara declararon en el que se juzgó a los represores de El Vesubio. En esa oportunidad, el Tribunal Oral Federal N° 4 condenó a largas penas de prisión a todos los procesados. En 2014, se inició el juicio oral "Vesubio II".

³⁸ "Si toda muerte humana entraña una ausencia irrevocable, ¿qué decir de esta ausencia que se sigue dando como presencia abstracta, como la obstinada negación de la ausencia final?". Cortázar, J. (1981). *"Negación del olvido"*. En R. Mattarollo (Ed.). *Estrategia represiva de la dictadura militar. La doctrina del "paralelismo global"* (pp. 83-89). Buenos Aires: Colihue.

Él lo sabe y lo repite: “los muertos no cumplen años”. Sin embargo, a veces, no puede evitar cerrar los ojos e imaginar cómo hubiera sido Mauricio hoy en día si no le hubieran quitado la posibilidad de crecer y de vivir en libertad. La cara del joven quedó tan suspendida en el tiempo como el duelo por su desaparición. Su padre en muchas ocasiones se sorprende al caer en la cuenta que Mauri, su hijo, ese de la foto sobre el aparador, al que todavía recuerda con el uniforme del Colegio Carlos Pellegrini, tendría 54 años. ¿Se hubiera casado con su novia de ese entonces, Débora Benchoam? ¿Hubiera tenido hijos? ¿Cuántos? ¿A qué se hubiera dedicado? Ningún interrogante de estos tiene respuesta ni las tendrá, y aunque Marcos es consciente de eso, no los puede eludir cuando aparecen en su mente cada vez que se sienta a recordar.

No te olvides de olvidar el olvido

En 1987, junto a Clara y un grupo aproximado de veinte personas más, Marcos participó de la formación de la Fundación Memoria Histórica y Social Argentina, un organismo de derechos humanos que, tal como él explica, se amparó en ese nombre rimbombante para poder conseguir la personería jurídica.

La fundación, que aún existe y es presidida por él, integra Memoria Abierta, junto al CELS, la APDH, Abuelas y Madres de Plaza de Mayo, HIJOS y la Liga Argentina por los Derechos del Hombre. La organización que los nuclea a todos tiene sede en el Espacio Memoria para la Protección y Promoción de los Derechos Humanos en la República Argentina, ubicado en el predio de la ex ESMA. Marcos también es parte del directorio de ese espacio, inaugurado el 24 de marzo de 2004 por el ex

mandatario Néstor Kirchner.

Como presidente de la Asociación de Familiares de Desaparecidos Judíos en Argentina, formada en 1998, reclamó la intervención del gobierno de Israel ante la justicia argentina para que se identificaran a los muertos enterrados como NN en distintas necrópolis y pudieran colocarse en cementerios judíos.

También hicieron una campaña en los medios de comunicación israelitas para instalar en la opinión pública de ese país que la gestión del primer ministro Menagem Begin no hizo lo suficiente para buscar a sus desaparecidos ni exigir justicia por los delitos cometidos por la dictadura argentina en contra de integrantes de la comunidad judía.

Gracias a la labor de la organización dirigida por Marcos, en el año 2000, consiguieron entrevistarse con una diputada israelí, de un partido de ultraderecha, que iba de visita a Santiago de Chile. Su nombre era Naomí Blumenthal y se detuvo un día en Buenos Aires por insistencia de un periodista judío. El hombre la convenció de que debía escuchar ella misma las historias de las víctimas del terrorismo de Estado y sus familiares.

Marcos, con algunos otros compañeros de la Asociación, la llevaron a la sede de Abuelas de Plaza de Mayo, que en esa época no era más que un departamento alquilado, enfrente del mercado de Abasto. Traductor mediante, Estela de Carlotto le explicó a la mujer los casos de veinticuatro jóvenes judías que habían sido secuestradas embarazadas y cuyos hijos habían nacido en cautiverio y habían sido apropiados por represores. Lo que para los argentinos era tristemente conocido, dejó muy asombrada a la legisladora, que ignoraba por completo lo que sus correligionarios habían padecido en estas tierras. También se puso al tanto de lo sucedido con Mauricio y otros militantes.

Con el pañuelo blanco en la cabeza que le regaló Estela, regresó a Israel y tal como había prometido, intercedió para que el parlamento aprobara una Comisión Israelí por los Desaparecidos Judíos en Argentina.

De ese logro, se derivó un primer homenaje, realizado en 2003, que consistió en la inauguración de un bosque en Israel, en memoria de las víctimas judías del régimen de facto. Allí, en las rocas típicas del terreno, se tallaron sus nombres para que quedaran inmortalizados.

En suelo argentino, el primer acto en honor a los 1900 jóvenes judíos que jamás volvieron a sus casas, organizado por una entidad oficial de la comunidad, tardó casi treinta años en llegar. Recién el 7 de diciembre de 2004 la AMIA recordó a los desaparecidos, en un evento en el que participaron, además de los familiares, el entonces Presidente Néstor Kirchner y la Senadora Cristina Fernández de Kirchner, quien años más tarde distinguiría a Marcos Weinstein con el premio Azucena Villaflor, por su trayectoria en la defensa de los derechos humanos.

El reconocimiento, tan tardío como necesario, se llevó a cabo en la plaza seca del edificio de la mutual, ubicado en Pasteur 633, reconstruido tras el atentado de 1994 que lo había destruido por completo. En ese día histórico quedó inaugurado un altorrelieve en bronce, llamado “Ellos están”. Su autora, la artista Sara Brodsky, es madre de Fernando, desaparecido el 14 de agosto de 1979.

“Lo peor no es la maldad de los malos, sino el silencio de los buenos”, expresó en esa oportunidad Marcos, quien fue uno de los oradores. Una vez más, junto a otros luchadores como él, le había ganado otra batalla al olvido.

Hoy, con 86 años, además de ejercer todavía su profesión de forma particular, sigue dando pelea desde todos los lugares posibles: no sólo pertenece al directorio de Espacio Memoria, sino que también con la Fundación Memoria Histórica y Social Argentina, en conjunto con el Departamento de Extensión y Bienestar Estudiantil de la Escuela “Carlos Pellegrini”, continúa otorgando, como cada año desde el 2000, el premio “Mauricio Fabián Weinstein”.

Con ese galardón se distinguen a los jóvenes del colegio

que realizan distintas obras de arte, tanto plásticas, musicales como literarias, destinadas a preservar la memoria de los más de cuarenta estudiantes y docentes de la institución desaparecidos durante la última dictadura militar.

Marcos, de esta forma y de muchas más, cada día trabaja para que tal como escribió alguna vez el poeta Paco Urondo, arda el amor y la memoria, hasta que todo sea como lo soñamos, como en realidad pudo haber sido³⁹.

³⁹ Versos del poema "Dame la mano", de Paco Urondo: "Arderá el amor/ arderá la memoria/ hasta que todo sea como lo soñamos/ como en realidad pudo haber sido".

BIBLIOGRAFÍA

- Beláustegui, R. (2008) *El eco de tus pasos*. Buenos Aires: Sin editar.
- Camarasa, J. (2009) *El verdugo. Astiz, un soldado del terrorismo de estado*. Buenos Aires: Planeta.
- Cortázar, J. (1981). Negación del olvido. En R. Mattarollo (Ed.). *Estrategia represiva de la dictadura militar. La doctrina del "paralelismo global"* (pp. 83-89). Buenos Aires: Colihue.
- Daglio, J. (2009) *Padres de la Plaza: 10 recorridos posibles*. Buenos Aires: Senda.
- Eisenstaedt, E. (2014). *Padres de Plaza de Mayo. Memorias de una lucha silenciosa*. Buenos Aires: Marea Editorial.
- Herrera, M. (1987). *José*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto.
- Pérez, A.L. (2008). "Siempre estarás en mí", en *Viva*, 1676. Buenos Aires: Arte Gráfico Editorial Argentino. Pp. 8-18, 15/06/2008.
- Vicente, N. (2006). *Augusto Conte: Padre de la Plaza*. Buenos Aires: Galerna.
- Wornat, Olga (2002). *Nuestra santa madre: Historia pública y privada de la Iglesia Católica Argentina*. Buenos Aires: Ediciones B Argentina, Grupo Zeta.



Los hombres imprescindibles

Crónicas sobre Padres de Plaza de Mayo

En el relato construido durante los 31 años ininterrumpidos de democracia en la República Argentina, luego de la última dictadura cívico-militar instaurada en 1976, existen figuras de un indiscutido protagonismo. Sin dudas, las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo encabezan esa lista, debido a su labor en defensa de los derechos humanos, incluso bajo la aplicación del terrorismo de Estado.

La dimensión y la perdurabilidad de su lucha, junto con el coraje y la abnegación demostrada, las convirtieron en un símbolo de paz a nivel mundial. Sin embargo, no ocurrió lo mismo con los padres de los jóvenes desaparecidos, es decir, sus esposos, que lucharon codo a codo con ellas, que las protegieron, que las acompañaron y las sostuvieron cuando fue necesario.

No sólo realizaron el mismo peregrinaje que sus mujeres por comisarías, hospitales, cuarteles, ministerios y parroquias, sino que además debieron, con todo el dolor a cuestas, seguir trabajando para llevar el pan a la mesa familiar en la que sobraba un plato.

Basadas en el relato de vida hecho por seis de estos hombres, las crónicas de este libro tienen por objetivo realizar un aporte a la elaboración de la memoria colectiva sobre ese período de la historia argentina reciente que tanto duele aún y que, aunque pase el tiempo, nunca dejará de hacerlo.

Visibilizar estas experiencias; darles voz a los que durante décadas fueron anónimos combatientes por la memoria, la verdad y la justicia; poner de relieve los vínculos permanentes entre lo individual y lo colectivo, son sólo algunos de los propósitos que guiaron este trabajo.

Bruno Palermo, Julio Morresi, Rafael Beláustegui, Teobaldo Altamiranda, Oscar Hueravilo, Marcos Weinstein. Seis nombres, seis crónicas, mil emociones.

